

# LA SALVACIÓN DEL ALMA

**Una Conquista del Amor De Dios**



Glenio Fonseca Paranaguá

# LA SALVACIÓN DEL ALMA

**Una Conquista del Amor De Dios**



editora **IDE**

Copyright © 2018 by Glenio Fonseca Paranaguá

Tapa:  
*Ed Cardoso Marketing Digital*

Diagramación:  
*Flávio Sousa Gomes*

Traducción:  
*Raul Marcelo Angaroni*

Revisión:  
*Rubén Isaías Chacón Villarroel*

Bibliotecária: Zoraide Gasparini CRB/91529

---

P242s

PARANAGUÁ, Glenio Fonseca

La salvación del alma: una conquista del amor de Dios / Glenio  
Fonseca Paranaguá. — IDE, 2021.  
160p. ; 14 x 21cm.

1. Teología de Salvación. 2. Salvación. 3. Alma. 4. Fe. I. Título

CDD: 234

---

2021

Todos los derechos de esta edición son reservados a la

EDITORA IDE LTDA  
Rua Piauí, 211 - Sala 28  
86010-907 - Londrina, PR  
Teléfono: +55 (43) 3334-3717  
[www.editoraide.com.br](http://www.editoraide.com.br)

Programa Literatura con Propósito  
Libros para Líderes Cristianos

# Índice

Prólogo de la Versión en Español,	7
Introducción,	13
La Salvación del Alma I,	19
La Salvación del Alma II,	29
La Salvación del Alma III,	37
La Salvación del Alma IV,	47
La Salvación del Alma V,	57
La Salvación del Alma VI,	65
La Salvación del Alma VII,	77
La Salvación del Alma VIII,	85
La Salvación del Alma IX,	93
La Salvación del Alma X,	101
La Salvación del Alma XI,	111
La Salvación del Alma XII,	119
La Salvación del Alma XIII,	129
La Salvación del Alma XIV,	139
La Salvación del Alma XV,	149



# Prólogo de la Versión en Español

Desorientado en su caminar errante, el ser humano deambula sin rumbo fijo buscando respuestas por los intrincados laberintos de un complejo sistema de cosas creadas por el hombre sin Dios. Agobiado en su crisis de identidad, el hombre intenta saciar su sed en un mundo seco y desértico, donde el destello sugerente de sus codiciados “oasis”, no son más que espejismos ilusorios, pues todo lo que el mundo tiene para ofrecernos, con su pintoresco abanico de oportunidades, carecen de efectividad para remediar la angustia enraizada que subyace en el alma del hombre. Nada es verdadero en este corroído mundo adámico, nada es real, todo es ilusión, pues todo lo que vemos, y aun lo que hayamos conquistado mediante el sudor, desaparecerá de nuestras manos en solo un pestañear, como las pompas de jabón apenas son atrapadas.

Ya en la adolescencia, cuando perdemos la inocencia de niños, nos tornamos conscientes que en nuestro interior se oculta una realidad inadecuada, temerosa y en conflicto. Este descubrimiento rápidamente nos pone en fuga e intentamos cubrirnos, disfrazando nuestro carácter fallido con una

personalidad inventada. Fingimos ser lo que no somos y comenzamos a actuar todo el tiempo representando un personaje “ideal”, pues si alguien descubriera nuestra patética realidad, seguramente nos rechazaría.

La historia del hombre a partir del malogrado Adán es la historia del hombre y su disfraz, pues el principio de las “hojas de higuera” le acompañará en todas sus generaciones. Lamentablemente nadie ha podido escapar a este juego macabro de vivir un agotador auto engaño durante todo el tiempo. Todos los seres humanos creamos nuestro propio “personaje travestido”, mal cubierto con atuendos miserables, detrás del cual ocultamos nuestra frustrante decepción interior.

El alma del hombre, esa parte inmaterial compleja y misteriosa, cual abismo insondable, clama silenciosamente por algo que aplaque su abatimiento interior, pero el mundo no tiene medicina para su mal, apenas algún analgésico que le satisfará con un efecto placebo, más sin poder de cura.

Esta historia dantesca tiene una faceta más triste aún, pues una buena parte de los hijos de Dios, y me refiero a aquellos que han sido regenerados por la Gracia de Jesucristo, siguen padeciendo los mismos síntomas y frustraciones que los incrédulos. Me atrevo a decir que muchos de aquellos que por la Gracia de Dios fueron nacidos de nuevo, transitan por la vida confusos y perturbados, por no haber logrado vencer el azote que les tortura, cargando en sus lomos el peso de las heridas. La impotencia y la debilidad ante ciertos pecados y vicios que muchos hermanos no han podido superar, les sumerge en un estado de frustración crónica, y aun sabiendo



que ya son propiedad de Jesucristo, nunca han experimentado su Paz, y mucho menos el Gozo pleno que es característico en la vida de los hijos de Dios. Esto ha llevado a muchos creyentes verdaderos a una vida de frustración permanente, y más aún cuando buena parte de las Iglesias del tiempo presente han fracasado en el ministerio de “cura de almas”, y como resultado hallamos por doquier hermanos en Cristo solitarios, verdaderos hijos de Dios dispersos, abatidos, lamiendo sus llagas en soledad. Lamentablemente vemos con tristeza que muchas Iglesias parecen estar viviendo una dispensación adelantada, pues dejaron de ser una sala de terapia para el herido y se transformaron en un implacable tribunal de Justicia, ignorando por completo que el Señor, hoy, “está salvando, no está juzgando”.

Otros, cargando la misma angustia, pero con una irrenunciable necesidad de comunión, han sabido arreglárselas para permanecer allí congregados, ocultando su tormento detrás de un “disfraz religioso”. Estos no son hipócritas, pero el escenario no les alienta y buscan refugio mostrando ser lo que no son, pues si se presentaran tal como son, saben que no serían aceptados.

Escribo este prefacio con conocimiento de causa, porque así fue mi vida durante al menos, veinticinco años de creyente. Trataba de cargar una insostenible culpa, por los reiterados fracasos en mi lucha contra la pornografía, viviendo en fuga permanente para ocultarme de un dios severo, al cual consideraba un implacable regente cósmico que seguramente aguardaba la oportunidad para acertar su mejor golpe sobre un miserable fugitivo como yo. La “idea distorsionada” de

un “dios tirano”, formado a nuestra imagen y semejanza se había enraizado en mi mente, lo cual me sumergía en una angustia crónica ante mis reiterados esfuerzos fallidos en lograr “dar con la medida”.

Fue hace muy pocos años que, por su Gracia, Dios reveló el bendito Evangelio de Jesucristo, quien abrió mis ojos para ver que el Todopoderoso me amaba desesperadamente a pesar de mi condición. Comprendí que el Evangelio es la buena noticia de libertad que recibe un atormentado recluso aguardando su sentencia. Me hizo ver, que mucho antes que el cronómetro del tiempo iniciara su cuenta, Él me había escogido en el Amor de Cristo apartándome para sí, a pesar de saber cómo sería yo, porque no existen sorpresas para Dios. Sin importarle el estado de mi ruina Él me amó. Descubrí también que la especialidad de este Amante de la Eternidad, es escoger gente rota como yo e ir transformándola a la Imagen de su Hijo. Sí, mi querido hermano, porque para eso vino Cristo, para librarnos de nuestras flaquezas y salvarnos de nosotros mismos. La Obra de Dios en nosotros, en el tiempo presente, es transformarnos a la Imagen de su Victorioso Hijo. Y hacia allí nos dirigimos, es solo cuestión de tiempo.

El presente libro: “La Salvación del Alma”, una Conquista del Amor de Dios”, escrito por la luminosa pluma del Pastor Glenio Fonseca Paranaguá, está destinado específicamente para los verdaderos hijos de Dios que, por su gracia, ya han sido salvados de la condenación del pecado, pero no consiguen victorias sobre el denso historial de su pasado que permanece aún gravitando sobre sus vidas.

La Salvación del Alma no es el resultado de la meritocracia, sino una amorosa y paciente conquista divina. Es la conquista de nuestra voluntad, mediante el Amor de Cristo.

Querido lector: ¿Te has preguntado alguna vez, como podrías hacer para que alguien te ame voluntariamente, sin que hayas de utilizar ningún mecanismo de negociación, coacción o extorción, como ser el interés o quizás la culpa, la vergüenza o el temor? ¿Piensas que el Omnipotente necesita tomar prestado algún instrumento ideado por Satanás o el hombre caído, para llevar adelante su obra? Por supuesto que no. Dios obra exclusivamente a través de su propia naturaleza. La Salvación del alma es una obra exclusiva del Supremo Artista que, sin violentar nuestra libre voluntad, va cautivando nuestro corazón mediante la fuerza de su amor, al punto de saber que somos seres tan amados que solo podemos responder amándole voluntariamente.

Nuestra parte en este “andar” es hacerlo junto a Él, asidos de su mano en completa dependencia y confiando en su Palabra; de esta forma podremos participar activamente en esta metamorfosis interior, que como dijo alguna vez el Bautista, *es necesario que él crezca y que yo desaparezca*.

El libro no habla de fórmulas, métodos o preceptos, simplemente expone principios que debemos conocer y que surgen de dos acontecimientos “históricos”: La Cruz, y La Resurrección. Es necesario que el creyente conozca el cómo, y el cuándo el Señor aplica las virtudes de la obra redentora Obtenida y Consumada en el Calvario.

Le invito a disfrutar de este libro, que seguramente mediante sus páginas el Espíritu Santo le conducirá a experimentar

el anhelado reposo para su alma, donde el Amor de Cristo, como en el texto del Cantar de los Cantares, será el Sello de Dios que inundará su corazón desalojando todo estorbo que se interponga en nuestra relación con él. El celo de Dios se propuso lograr esto contigo y lo hará con la fuerza más poderosa del universo. *Porque fuerte como la muerte es el Amor, y obstinados son los celos, como el Seol, y sus llamas, llamaradas de YHWH. Las muchas aguas no podrán apagar el Amor, ni los ríos podrán extinguirlo...* Cantares 8:6-7.

Raul Marcelo Angaroni

# Introducción

Nos llevó 15 domingos en nuestra comunidad desarrollar el tema sobre “la salvación del alma”. Ha sido un verdadero desafío abordar este asunto desde sus varios aspectos. Sin embargo, comprobamos el impacto producido en muchos de nosotros al descubrir un tema fundamental, que aunque bastante complejo por cierto, fue desarrollado de una manera sencilla y práctica.

Para llevar adelante nuestro proyecto utilizamos como sistema pedagógico el instrumento de la repetición, a fin de que cada uno de los aspectos particulares de la salvación pueda ser bien “rumiado” antes de ser digerido y asimilado.

Procuramos mostrar que la salvación no fue un paliativo circunstancial debido a un accidente inesperado, ni un remiendo ocasional para parchar la grieta producida por una fatalidad imprevista. Antes del origen de todas las cosas, el Concilio Trinitario había visto, previsto y pre-ordenado todo el proceso de la Creación, así como todos los instrumentos desplegados para la Redención sobre los efectos del pecado. Toda la existencia siempre ha estado delante de sus ojos, todo ha sido conocido y aprobado de antemano.

No hay sorpresas para Dios, de modo que la Salvación del ser humano caído fue pre-ordenada mucho antes de la creación del mundo. T. Z. Koo dice: “El Reino de Dios no existe por tus esfuerzos, ni tampoco por los míos. Existe porque Dios Reina. Nuestra parte apenas es poder entrar en él, permaneciendo bajo su soberana voluntad”.

Para el Teólogo norteamericano J. Blanchard: “La Soberana elección de Dios es el “patrón” donde está enmarcado todo el Universo. Deje de lado esta gloriosa Verdad de la elección incondicional de Dios y verá como, no solamente todos los cristianos saldrán de la Iglesia, sino también todas las estrellas del cielo caerán, y todas las páginas de la Biblia serán arrancadas”.

“La base de la elección incondicional de sus santos es exclusivamente la Voluntad Soberana de Dios; aunque la única base para la condenación de los réprobos es definitivamente el pecado, su propio pecado”.

Decía Juan Calvino: Siempre es bueno recordar que el pecado no ha tenido origen en Dios, pero fue previsto por la Trinidad, porque la Biblia declara que el Cordero de Dios fue inmolado *desde antes de la fundación del mundo*. Apocalipsis 13:8; 1 Pedro 1:20<sup>1</sup>.

Por lo tanto la Salvación comienza en la eternidad pasada, dentro de la voluntad de Dios, cruza por la historia

---

<sup>1</sup>NOTA DEL TRADUCTOR: A la mente natural, este pasaje de la Biblia podría resultarle absurdo, puesto que Jesús fue crucificado hace casi dos mil años atrás. Pero nosotros entendemos que Dios no está sujeto a los límites del “tiempo y espacio”, por lo cual la ofrenda (Cristo) ya estaba dispuesta sobre el altar (la Cruz) desde la eternidad, antes del tiempo. Hechos 2:23; 4:28. El “Concilium Trinitario” fue quien estableció el remedio antes del surgimiento de la enfermedad.

irrumpiendo durante el tiempo y el espacio, y culmina allá, al final de las “eras”, en la Obra completa y consumada de Jesucristo. En esta operación divina, por un lado se ve a Dios obrando “Monérgicamente”, o sea que solo la Trinidad es quien actúa, más por otro lado él trabaja Sinérgicamente, y aquí es donde el ser humano debe responder y corresponder a la acción divina. Para Whatchman Nee, nosotros “no tenemos necesidad de inventarnos medios para llamar la atención sobre nuestro trabajo. Dios en su soberana providencia puede asumir tal responsabilidad”.

Por lo tanto podemos afirmar que en este proceso histórico existen tres tiempos para nuestra salvación. Primero: Hemos sido salvos en nuestro espíritu de la condenación del pecado por la obra de Cristo; segundo: Estamos siendo salvos (ahora) del poder del pecado en nuestra alma, por la Vida de Resurrección del Hijo de Dios; y tercero: Seremos salvos de la presencia del pecado en nuestro cuerpo, por la Venida Gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

La salvación de nuestro espíritu ocurre de manera Monérgica. Esto quiere decir que solo Dios es quien opera regenerando y dándole vida a nuestro espíritu muerto mediante el Espíritu Santo y en base a la obra exclusiva y suficiente de Cristo. En cambio, en la Salvación del Alma la acción ocurre de manera Sinérgica, pues Dios es quien actúa y yo voy respondiendo mediante la fe, confiando en Él de manera voluntaria. Por último, en la salvación de nuestros cuerpos también será Dios únicamente quien opere de manera Monérgica, pues solo Él puede obrar dicha transformación. La Trinidad nos vestirá entonces con cuerpos glorificados, sin relación

con el pecado: *El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la Gloria Suya...* Filipenses 3:21.

Durante todo el período de estos 15 domingos, estuvimos involucrados exclusivamente en lo que sería la “segunda etapa”, o sea en la Sinergia de nuestra salvación y esto es lo que vamos a estar repitiendo y desarrollando aquí en este libro. Muchos hermanos y amigos me han pedido que se publique esta obra, a fin de que otros puedan tener acceso a este tema tan importante. Por lo cual, luego de hacer algunos pequeños ajustes, ahora la estamos presentando, pidiéndole al Padre que su Nombre sea Glorificado, que su pueblo llegue a ser edificado, y que el mayor número de vidas puedan ser salvas para la Gloria de la Santísima Trinidad, que ahora opera en nosotros, desde la Eternidad hasta la Eternidad.

El alma muchas veces consigue camuflar sus verdaderos sentimientos y fingir que está alegre por algunos instantes; sin embargo, existe un volcán interior que vomita su lava de angustia y dolor.

¿Cómo podré convivir conmigo mismo, si yo mismo no me acepto? Me preguntó un suicida frustrado. Mi alma tiene hambre de aceptación incondicional. Mi alma carece de ese Amor furioso de Dios.

El salmista logró comprender su crisis existencial: *En Dios solamente está acallada mi alma; de Él viene mi salvación.* Salmo 62:1. Desde la más profunda soledad sale en busca de su verdadera identidad. Solo conmigo mismo en mi angustia, me desespero; pero a solas con Dios mi alma obtiene reposo, porque ha descubierto un Amor que no tiene fronteras.



La Trinidad es una sólida Roca donde puedo afirmar mis pies, es un espacio abierto donde mi alma logra respirar, es un castillo indestructible, y no hay ser alguno quien pueda derribarlo. “Si Abba es de hecho nuestro seguro refugio, no nos haremos dependientes de la compañía de otras personas a fin de distraer nuestra bienaventurada soledad, pues ahora en soledad disfrutamos de la plena comunión con Emanuel”.

Pero mi alma anhela mucho más que “Dios con nosotros”. Ella clama solo por Él. Es una hambrienta pasión por intimidad con Él. Lo quiero todo para mí, encerrarlo si pudiera en mi interior y así no querer correr el riesgo del Edén, donde Adán, distraído de otras cosas, perdió la comunión con su Creador. En aquella oportunidad Dios estaba afuera de él, pero hoy Él ha hecho de mí su morada permanente<sup>2</sup>. Dice Jesús: *El que me ama, mi palabra guardará, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.* Juan 14:23. (katoikésai).

No necesitamos ser embadurnados con elogios, así como tampoco debemos temerle a las críticas implacables. Tenemos abundante provisión de Leche Espiritual que mata el hambre y nos sacia todos los días en nuestro caminar seguro. Dios nos ama tal como somos, y esto es suficiente para apaciguar y serenar nuestra alma como niño amamantado que reposa satisfecho en el regazo de su madre. Sí, mi alma dentro de mí, es como un niño amamantado. Salmo 131:2.

---

<sup>2</sup> Efesios 3:17. *Para que “habite” Cristo por la Fe en vuestros corazones...* Esta maravillosa declaración que el Señor nos da por medio de Pablo es totalmente confortadora. La palabra habite aquí es “katoikésai”, y significa una “morada permanente y para siempre”. Katoik.

La salvación del alma es nuestra historia de día en día en la obra de la Redención. Usted hoy se encuentra aquí como invitado a examinar esta Obra, y también para ayudarnos a ver otros aspectos que no fueron abordados en este libro, y además, por qué no, aun para modificar en el futuro algo que exija corrección, en una posible quizás, nueva edición. Agradezco su participación.

Como he escrito al principio este es un trabajo práctico y sencillo, que seguramente servirá de gran ayuda para algunos hermanos. No se trata de una obra de tono académica, con la estructura y formalidad que este tipo de trabajo hubiese demandado, aunque no por eso el libro deja de obedecer a las reglas básicas de la comunicación. Por esto mismo alabo al Señor por su Gracia, y oro a él para que su pueblo sea ricamente bendecido.

En el Amor del Amado.

# La Salvación del Alma I

*Jesucristo... a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. 1 Pedro 1:8-9.*

La Trinidad es Dios, y Dios es el creador de todas las cosas. El Creador jamás ha sido creado, porque si hubiese sido creado sería una mera criatura. Dios, el Creador, fue quien creó al ser humano a su propia imagen y semejanza. Pero, el hombre a pesar de llevar tan digna distinción entre todo lo creado, jamás podría llegar a ser como su Creador. Lamentablemente, la paradoja de esta historia ocurrió cuando la criatura que fue formada con una voluntad completamente libre, ejerciendo dicha facultad para escoger, no se conformó con ser “criatura”, sino que tomó la fatal decisión de querer ser como su Creador.

Dios fue el creador del ser humano, y de todo cuanto existe, pero él no ha sido el autor o generador del pecado. Dios creó al hombre con capacidad de querer y de poder, pero este poder quedaba relegado a los límites de la criatura, porque jamás su querer o su poder le alcanzarían para llegar a

ser como Dios. El pecado es fruto del indomable deseo que erupciona desde esa fuente de anhelos sin medida que es el ser humano en sí mismo.

*Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Santiago 1:13-15.*

Dios como creador formó al ser humano, pero no fue Dios el creador del pecado. La creación del hombre ha sido una obra Divina; mas el pecado es exclusivamente resultado de la manufactura humana. No fue Dios el autor del Pecado.

Entendiendo esto, alguien podría llegar a preguntarse: ¿Dios no podría haber creado un ser humano programado para que no pecase? ¡Claro que podría! Pero en ese caso debería haberlo hecho sin esa “voluntad libre”, y... ya no sería un hombre, sino un mero Robot. Por ejemplo, un ser creado con lo que se considera un “libre arbitrio”, o sea esa libertad y facultad de tomar una decisión con autodeterminación, aunque jamás logrará ser como Dios, es muy probable que tuviese el “deseo” de intentarlo.

El pecado no es otra cosa que esa furiosa rebeldía de la criatura de querer ser como su Creador. Y esa misma rebeldía ha sido la matriz de todo el caos que existe hoy en el mundo caído. Detrás de la catástrofe que se yergue en las relaciones humanas, y aun la pérdida de la energía de este universo material, se debe a un desorden cósmico que llamamos pecado.

Adán ha sido puesto por Dios en el plano tridimensional, pero también llevaba consigo la capacidad de percibir y comunicarse en una esfera distinta. Este “ámbito” es trascendente a la tercera dimensión en donde todo es enteramente material, porque esta facultad le confería al hombre la capacidad de percibir también el terreno espiritual. Por lo cual, para que el hombre pueda desempeñarse con libertad en ambas esferas, Adán fue creado “tricómodo”, palabra que quiere decir que está compuesto de tres partes distintas.

*Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un “alma” viviente. Génesis 2:7.*

El cuerpo físico del hombre fue formado del polvo de la tierra, pero luego Dios sopló en su nariz el fuego, o aliento de “vidas”, tornándose éste un “alma viviente”. Dios consumó así su labor en la creación del ser humano, formando al hombre con un cuerpo, un alma y un espíritu. Pero hoy no estamos viendo a esa criatura completa, como “aquél” recién salido de las manos del Señor, sino que, por causa del pecado, todo ser humano que nace hoy en este mundo carece de una de sus partes vitales, por lo cual se manifiesta de manera “dicotómica”, cuyo significado quiere decir “en dos partes”, o sea que vive con un cuerpo y un alma, porque a causa del pecado ya nace con el espíritu muerto, debido a que perdió la vida espiritual. Los hijos de Adán nacemos como una raza muerta espiritualmente.

El espíritu era una de las partes inmateriales e intangibles con la cual fue formada la criatura, y tenía una función específica, comunicarse con Dios. *Dios es Espíritu.* (Juan 4:24),

por lo cual la criatura formada para tener comunión con su Creador debería poseer una naturaleza espiritual. Su cuerpo, como parte física le serviría para desempeñarse en el mundo material; y por otro lado el alma como realidad interior, inmaterial, e intermediaria, sería quien establecería el nexo entre la esfera espiritual e invisible, y el mundo material y visible.

Lamentablemente, a partir de la caída, el hombre ha vivido de manera biológica y psicológicamente subyugado bajo la dictadura de la muerte, completamente ajeno y separado de la intimidad con su Creador. *...por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.* Romanos 3:23. En este estado de separación de Dios, la humanidad ha vivido toda su historia bajo la arrogancia de su “autoconfianza y de su autodeterminación”, y esta forma autónoma de vivir le ha causado muchos males.

No existe vida espiritual en el ser humano caído. Toda su “pseudo-espiritualidad” aparente no es otra cosa que una construcción generada por su propia alma, que en sus orígenes tuvo ciertos rasgos de trascendencia, pero hoy se encuentra completamente contaminada por el pecado. Peor aún, esa engañosa “espiritualidad” tiene su base exclusivamente en los sentimientos y las sensaciones que son procreadas por la misma alma, pero jamás serían provenientes del espíritu, porque éste está muerto. Todas estas “emociones” son motivadas por las atracciones del mundo físico.

Podemos entender entonces, que cada uno de los movimientos religiosos que se han visto en este mundo, fueron generados dentro de las fronteras de la propia mente humana, que aún permanece embriagada en la mística de los

sentimientos encarcelados en la penitenciaría y la superstición. Todo emprendimiento religioso siempre viene saturado de los más extravagantes enigmas esotéricos, y termina esclavizando al hombre bajo sutiles sistemas de control basados en el miedo, la culpa, la vergüenza, el interés y la obligación. Todas estas presiones son patrocinadas y comandadas por el alma desterrada en el Jardín del Edén.

El alma después de la caída se tornó en un sutil gobernante de la religiosidad humana a pesar de carecer de toda evidencia de vida espiritual. Toda religión que existe en este mundo, ha sido construida por las acrobacias sensibleras de la “Psique” proscripta, sin la más mínima relación con el espíritu. Toda religión es almática, es decir elaborada por el alma caída.

Sin el Nuevo Nacimiento, o dicho de otro modo, el Nacimiento de lo Alto, absolutamente nadie podrá tener acceso a una vida espiritual o entrar en el Reino de Dios. Todo comienza con un milagro. Sí, el milagro del Nuevo Nacimiento. Dios necesita “regenerar”, o lo que significa también, volver a generar una nueva vida en el ser humano caído, y “convertirlo” nuevamente en un ser “tricótomo”, tal como al principio, con un espíritu, un alma y un cuerpo.

El proceso de la Salvación de un ser humano, tiene su comienzo en la parte más profunda de nuestro ser, su espíritu; o sea que Dios inicia su obra salvífica desde adentro hacia afuera. Primeramente, el Espíritu Santo vivifica nuestro espíritu muerto, con la vida espiritual generada mediante el poder de la Palabra de Dios. *Abatida hasta el polvo está mi alma, vivifícame según tu Palabra.* Salmo 119:25.

El alma del hombre caído está abatida y degradada hasta el polvo de la tierra, tanto ésta, como el cuerpo, padecen los efectos irreparables de la caída y solo el milagro de la regeneración espiritual mediante la Vida de Cristo puede devolverle a la criatura el poder conectarse nuevamente con el Reino de Dios. La regeneración de la Vida Espiritual del hombre caído no puede ser otra cosa que un milagro de Dios.

Sin la vida espiritual, el alma del hombre queda sin rumbo, relegada a deambular dentro de la esfera del mundo caído. Es determinante primero, la regeneración espiritual, para que el alma pueda atravesar el vallado de bronce de la Tridimensión, e ingresar en las realidades de lo Alto. No existe la mínima percepción de las realidades divinas sin el Nuevo Nacimiento producido por el Espíritu Santo. *Porque nuestra alma está agobiada hasta el polvo, Y nuestro cuerpo está postrado hasta la tierra.* Salmo 44:25.

Una vez que el Espíritu Santo realizó la obra de la Regeneración de nuestro espíritu, aquél comienza con el proceso de la salvación de nuestra alma. La salvación del espíritu es un acto “monérgico” de la Gracia de Dios. Es exclusivamente una obra divina, pues solo Dios actúa en este proceso. Pero en el caso de la Salvación del alma, la operación es “sinérgica”, donde Dios obra con su iniciativa y el creyente responde con obediencia.

De un modo sobrenatural el incrédulo es “convencido” por el Espíritu Santo a través de la Predicación de la Palabra de Dios. Este hombre, quien antes resistía, ahora queda capacitado para percibir espiritualmente el Reino de Dios, y recibe con sumo gozo y beneplácito los efectos de la Obra



de la Cruz que fueron hechos en su favor. En este momento, aquel “incrédulo” rebelde, es atraído deleitosamente por la Palabra de Dios, quien lo transforma en un “creyente”, una nueva creación de vida surge en su espíritu muerto y a partir de ahora es un ser humano espiritualmente vivo. De todos modos, aún en su alma permanecen instalados los programas de la cultura, las tendencias, los deseos corrompidos, por lo cual su alma también debe ser salvada. El alma que vivió “apegada al polvo” mantiene todavía afectada su memoria por los efectos vividos en su historia, por los hábitos y las costumbres de este mundo caído. Ella permanece aún atrapada en la reminiscencia de su pasado y necesita ser liberada. El salmista comprendió muy bien este punto por lo cual oró al Señor: *Guarda mi alma, porque soy piadoso; Salva tú, oh Dios mío, a tu siervo que en ti confía.*

Vemos aquí en el versículo precedente, que no se trata de la salvación del espíritu, pues el salmista ya es un “piadoso creyente” que confía plenamente en el Señor, pero es consciente que su alma aún trae las dolorosas marcas de un pasado comprometido con el pecado.

Por otro lado Santiago marca muy bien la diferencia cuando se trata de la regeneración del espíritu: *El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.* Santiago 1:18. Fuimos regenerados por la Predicación del Evangelio, mediante la operación salvífica de la Palabra que genera Fe en el incrédulo (Romanos 10:17); sin embargo el Señor aún no ha terminado su trabajo.

Si continuamos leyendo vemos que tres versículos después, Santiago dice algo muy interesante: *Por lo cual,*

*desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.* Santiago 1:21. Antes, Santiago habló de la regeneración espiritual de la criatura, vivificando su espíritu muerto. Pero en este último versículo él aborda otra esfera de la redención, el despojamiento de la basura que traemos acumulada en nuestra alma. Esta limpieza es de carácter gradual y progresivo.

Fuimos “salvos en nuestro espíritu” mediante su muerte, llevándonos a nosotros a morir juntamente con Cristo; “estamos siendo salvos en nuestra alma” a través de la Vida de Resurrección de Jesucristo que ahora opera “en nosotros”; y seremos salvos en nuestro cuerpo en la venida de Cristo.

Solo aquellos quienes han sido “salvos, o regenerados en el espíritu” quedan habilitados a colaborar con el Señor en la salvación de su alma, que suele llamarse también, etapa de la “santificación”. La “salvación del alma” es también llamada en la Biblia la “santificación”. Por lo cual también entendemos que únicamente aquellos que están siendo “santificados” por el Señor, serán poseedores de cuerpos glorificados, allá en su manifestación, cuando complete en nosotros la obra que él mismo comenzó.

Aquellos que fueron regenerados, o vivificados en su espíritu, están facultados para involucrarse en la salvación de su alma, quedando así capacitados para perseverar, mediante su Gracia, hasta el fin, cuando reciban sus cuerpos glorificados.

Todos los regenerados están habilitados para ser santificados, y los que están siendo santificados, cuando él se manifieste, serán glorificados. *Mas nuestra ciudadanía está en los*

*cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas. Filipenses 3:20-21.*

La salvación integral del ser humano es el objetivo final de la revelación bíblica. Todo este proceso tiene su comienzo en la Eternidad pasada, cruza por el tiempo y el espacio, alcanzando la Eternidad futura. Durante el tiempo ocurre la regeneración del espíritu e involucra la salvación del alma, y aun la glorificación del cuerpo. Tanto la regeneración del espíritu, así como la glorificación de nuestro cuerpo, son una obra de carácter unilateral, es decir, una operación exclusiva del Dios Trino. Pero, en la salvación del alma, la iniciativa divina debe ser correspondida por el creyente. Durante este libro trataremos con más énfasis acerca de la salvación del alma.

Por favor le ruego que no se estrese demasiado si encuentra el libro de carácter algo repetitivo. Consideramos que la repetición es la mejor didáctica para el aprendizaje. El Apóstol Pablo inicia el capítulo 3 de la carta a los filipenses exhortándoles ... *A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro.* La Biblia es un libro de carácter repetitivo, y no sistemático.

Que el Señor sea Glorificado, y que el mayor número de personas sean liberadas y edificadas.



## La Salvación del Alma II

*Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Santiago 1:21.*

Adán fue creado un ser “tricotómico”, o sea: con un “cuerpo”, un “espíritu” y un “alma”. El cuerpo se desenvuelve dentro de las tres dimensiones, lo largo, ancho y profundo. El espíritu en cambio, fue hecho con el fin de que el hombre tenga su percepción en el ámbito espiritual, o sea, por encima y más allá de la tercera dimensión. Por otra parte el alma, tenía la finalidad de ser una realidad existencial intermediaria entre ambos planos de relacionamiento. *Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. Génesis 2:7.*

Debido a que el Alma, y el Espíritu, pertenecen a la parte inmaterial del ser humano, y como tal es bastante misteriosa, no son pocos los teólogos que sostienen que el Alma y el Espíritu son la misma realidad, pero la Biblia muestra que existe una notable diferencia entre ambos, y es la misma Palabra quien marca esa distinción a través del escritor de Hebreos. *Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que*

*toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.* Hebreos 4:12.

El Apóstol Pablo también sostiene esta misma disimilitud claramente manifiesta en las Escrituras, entre el alma y el espíritu cuando afirma categóricamente: *Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.* 1 Tesalonicenses 5:23.

Por otra parte Lucas, mediante la Palabra Inspirada relata el cántico de María, la madre de Jesús, quién también distingue la semejanza entre ambos: Entonces María dijo: *Engrandece mi alma al Señor; Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.* Lucas 1:46-47. Muy a pesar que en algunos pasajes de la Biblia los términos parezcan intercambiables, sinceramente no me parece que alma y espíritu sean la misma cosa. Creo rotundamente que el espíritu es el canal mediante el cual, tenemos la posibilidad de conectarnos con Dios, quién es Espíritu en esencia (Juan 4:24). Por otra parte mediante el alma nos vinculamos con las personas a través de los afectos, en una relación racional y emocional.

El ser humano apenas salido de las manos de Dios no tenía la Vida Eterna en sí mismo. Pero su espíritu estaba vivo para comunicarse con Dios mediante la comunión. La Vida Eterna se encontraba en el Árbol que estaba en el medio del huerto, y el hombre debería comer del fruto de la Vida del Árbol de forma deliberada. Sin embargo lo que él terminó ingiriendo de manera intencional fue el fruto del árbol equivocado, el del “conocimiento del bien y del mal”. Esta fatal

decisión de la voluntad de Adán, le desconectó del Espíritu de Dios porque produjo la inmediata muerte en su espíritu. Ante esta circunstancia de perder la comunión con el Señor y la percepción del mundo espiritual, el alma alienada toma el poder absoluto en las directivas de todas las acciones humanas.

Dentro de mi limitada apreciación de los hechos, el hombre fue creado tricotómico, o sea con un cuerpo, un espíritu y un alma, pero con el ingreso del pecado en su vida, el espíritu pasó a estar desconectado de la fuente divina por los efectos de la muerte, perdiendo su relación con Dios. De allí en adelante pasamos a vivir una feroz dicotomía de cuerpo y alma, donde esta última asume el papel de gerente general, pero también mentora de una “presunta espiritualidad”.

El alma del hombre caído, desterrado ya del Jardín del Edén, finge actuar como si fuese el espíritu, pero su desempeño no es otra cosa que un engaño como consecuencia de la caída. La simulación es una de las características predominantes en el ser humano “post pecado”. Consecuentemente el alma ya sujeta al pecado vive una impostura de vida espiritual, y en su fingimiento se engaña a sí misma, y también a muchos que se ilusionan con sus extravagancias místicas. Aún el alma del ser humano más sublime y de comportamiento noble que pudo haber existido sobre esta tierra, ha sido destituida de la Gloria de Dios. Por tal motivo el hombre caído carece de todo apetito espiritual, y su desenvolvimiento se resume en un “aquí y ahora”. El alma humana derrocha su tiempo en procura de deleitarse con las cosas de este mundo, y su único objetivo es recibir placer; pero lo más evidente es su absoluta

falta de interés por Dios y su Reino hasta que es regenerado de manera sobrenatural por medio del Espíritu Santo convirtiéndolo en un hijo de Dios.

Una vez renacida espiritualmente, esta persona necesita pasar por un proceso radical y progresivo de la salvación de su alma, debido a que ella vivió durante mucho tiempo en medio de una cultura perversa y mundana, gobernada por los instintos carnales. Todo el desarrollo o la capacitación que ella pudo haber logrado antes de su conversión, fue adquirida de una moralidad inculcada por medio de la educación, para aprender a controlar sus tendencias psicósomáticas que gravitaban en su historia. Pero el alma en estado caído es depravada, y está desconectada del espíritu, viviendo por cuenta propia.

El primer versículo abordado en este capítulo, habla del proceso que pretende desmontar toda la acumulación de nuestra basura moral, y todo tipo de suciedad que se ha instalado en nuestra memoria. Se trata del despojo de todo aquello que marcó nuestra historia en este mundo. El texto dice: *Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia* o sea removiendo y poniendo a un costado todo ese cultivo enraizado de viejas y maliciosas costumbres, pero no solo las inmorales, sino también aquellas por las cuales nos vanagloriamos y que especialmente utilizamos para llamar la atención. El alma se enorgullece de sus obras. Pero jamás debemos olvidar que solo los “nacidos de nuevo” quedan facultados para ejercer esta colaboración en la salvación de su alma.

*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos... Efesios*



4:22. Despojar es expoliar un muerto. ¿Qué quiero decir? Que a un muerto no se le roba, sino se le despoja, o sea quitarle las pertenencias al cadáver, pues éste ya no es propietario de nada de lo cual antes poseía, porque está muerto. Una vez que creemos y consideramos que el “viejo hombre”, o sea el “Adán” que traemos desde nuestro primer nacimiento, fue crucificado juntamente con Cristo y permanece muerto y sepultado para siempre, somos animados y exhortados por el Señor a quitar de nosotros el pestilente ropaje que vestía el finado, y también vaciar su baúl tirando a la basura todas las cosas que éste utilizaba en su pasado de vicios y vanidad.

Pero ¿Quién puede colaborar en este desmalezamiento durante su caminar? Solo aquél que, mediante la operatoria del Espíritu Santo, ha dado un gozoso recibimiento a la Palabra de Dios que le ha sido implantada. Por la obediencia<sup>1</sup> a la Palabra, entonces, queda habilitado para participar en este proceso. *...recibid con humildad la palabra implantada, que es poderosa para salvar vuestras almas.*

El venturoso recibimiento de la Palabra de Dios con toda mansedumbre, nos capacita para el desempeño de todo aquello que redundará en la liberación de ese cúmulo de residuos sórdidos amontonados en nuestra antigua manera de vivir.

Todo verdadero creyente es portador del Espíritu Santo, y por consecuencia cuenta con ese poder interior para llevar a cabo la continua y permanente tarea de desalojo de

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: La palabra “obediencia” proviene del Griego (akuo), que curiosamente también significa “oir”. Considero que la verdadera “Obediencia” de todo hijo de Dios, se lleva a cabo exclusivamente como resultado de haber “oído”.

todo aquello que compromete el dinámico proceso de Santificación.

El Apóstol Pedro hace la siguiente afirmación: *Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor.* 1 Pedro 2:1-2.

Aquel que posee la Palabra de Dios “implantada” en su corazón por el Espíritu Santo, es porque ha experimentado su propia muerte y resurrección juntamente con Cristo, por lo cual ahora reúne las condiciones de anhelar fervientemente, como niño recién nacido, la verdadera “leche espiritual que es la Palabra de Dios”. Este ahora se ha convertido en un ser espiritual, por lo cual lógicamente anhela el alimento espiritual.

De todos modos considero que es sumamente importante recalcar aquí y ahora, que aún esta cooperación del creyente en el trabajo de santificación no proviene de su propia autonomía, sino que es financiada por la Gracia de Dios conducida por el Espíritu Santo. *Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.* Romanos 8:13.

Existe una verdad irrefutable, que deberíamos tener como axioma: Todo proceso en la vida cristiana, desde la A hasta la Z, es patrocinada por la Gracia de Dios. No solo en la Justificación, sino también en toda la obra de la Santificación. Todo es promovido por Dios, mediante Dios, y para o hacia, Dios... *porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.* Filipenses 2:13. Para

muchos cristianos llegar a comprender esto puede resultar un atropello humillante y de muy mal gusto, ... pero Éste es el Evangelio Gracia de Jesucristo . Sin embargo esto no significa pasividad por parte nuestra, sino el reconocimiento de la necesidad absoluta de nuestra dependencia de Él.

Como enseñaba muy bien Jonathan Edwards: *En la gracia eficaz no somos meramente pasivos, ni Dios hace un poco y nosotros hacemos el resto. Pero Dios hace todo, y nosotros hacemos todo, Dios produce todo, y nosotros actuamos en todo. Pues eso es lo que Él produce, es decir, nuestros actos, Dios es el único verdadero autor y la única verdadera fuente, nosotros somos tan sólo los verdaderos agentes. Somos, en diferentes aspectos, totalmente pasivos y totalmente activos. (Vol. 2, 557, párrafo 64).*

Después de que nuestro espíritu ha sido regenerado por el nacimiento de lo Alto, o Nuevo Nacimiento, quedamos habilitados para el proceso de renovación de nuestra alma, mediante el mismo poder del Espíritu Santo que regeneró nuestro espíritu y que ahora habita en nosotros. *No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.* Romanos 12:2.

Pero el alma del nuevo creyente, ha permanecido mucho tiempo aferrada a un cuerpo viciado y en total dependencia de éste. En ese período, su historia fue construida por la civilización del pecado, y en su memoria aún residen impresos los hechos, formas, costumbres, y aún la misma cultura asimilada bajo una mentalidad caída y depravada, por lo cual se percibe el acento de ese lenguaje foráneo que trae del pasado. Por esto vemos que en todo hombre que ha

nacido de nuevo será necesaria una profunda transformación de su alma.

La salvación del alma no es una obra del hombre, sino una obra de Dios, por lo cual ésta debe llevarse adelante a su manera y estilo, sin embargo nos invita a colaborar en ella de una manera voluntaria. Hemos sido regenerados en nuestro espíritu, el cual ahora está vivo, para que mediante nuestra conexión con Dios, le correspondamos responsablemente para desinstalar toda la acumulación de basura sedimentada en nuestra alma durante mucho tiempo.

En este proceso que demandará el resto del tiempo que nos queda por vivir, el Señor utilizará situaciones de nuestra vida cotidiana, como las luchas, las angustias, los fracasos, y aún aquello que, a nuestro modo de ver, lo consideramos como nuestros “éxitos”, para hacernos “entender” nuestra absoluta discapacidad e incompetencia para transitar solos por esta senda, y podamos entregarle la conducción de nuestra vida rendidos completamente a Él. Por consecuencia, el proceso de la salvación del alma apunta a nuestra total dependencia de la suficiencia de Cristo en todo nuestro modo de vivir.

# La Salvación del Alma III

*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. Juan 4:24.*

Dios creó al Hombre “tricótomo”, esto es, con un cuerpo, un espíritu y un alma. Este es el orden que percibimos siguiendo el texto de Génesis 2:7: *Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.* Esto nos muestra muy claramente que cuando el simple polvo de la tierra recibe el fuego del aliento divino, éste se transforma en un alma viviente.

Si observamos con detenimiento, percibimos que Dios no sopló su aliento o fuego divino sobre ninguna bestia que puso sobre la tierra. Todas las cosas e incluso los animales vivientes fueron creados mediante su Palabra, en cambio, en la formación del ser humano, cuyo cuerpo “fue hecho” del polvo de la tierra como base de su naturaleza terrenal, le fue insuflado además el Espíritu de “Vidas”<sup>1</sup> tornándose éste un

---

<sup>1</sup>NOTA DEL TRADUCTOR: En los manuscritos “originales”, en Génesis 2:7, y *sopló en su nariz (niš-mat hay-yîm)*, o sea “aliento de vidas”. La palabra hebrea para vida es (*hay*) pero en este versículo aparece en forma plural (*hay-yîm*).

Alma Viviente. Esto nos muestra muy claramente que la humanidad fue formada para desenvolverse en tres esferas de comunicación.

El hombre está compuesto de un cuerpo físico que vive su vida biológica. En la lengua griega esta vida recibe el nombre de “*Bíos*”, tal como poseen todos animales para relacionarse con el mundo físico. Pero también, originalmente, recibe de Dios un espíritu “*Pneuma*”, y esto es para que su amada criatura posea también una “naturaleza espiritual” que le permita comunicarse con su Creador y disfrutar de la comunión con Dios, quien es Espíritu en sí mismo (Juan 4:24). No obstante, existe en el hombre una tercera realidad que es el “alma”, que en lengua griega se la reconoce con la palabra “*Psique*”. Esta última, resultante del vínculo entre las otras dos, el *Bíos* y el *Pneuma*, existía como intermediaria hablando ambos lenguajes, el biológico y el espiritual.

El cuerpo, recibiendo la vida “*bíos*” se vincula con el mundo físico. El espíritu es la parte que le habilita para establecer la comunión con Dios, quien es Espíritu. Y el Alma, impulsada por la vida “*psique*”, es el vínculo entre las otras dos, el cuerpo y el espíritu, hablando ambos lenguajes, biológico y espiritual.

En el jardín del Edén, el ser humano vivía en perfecta armonía con la Trinidad. El espíritu humano se comunicaba espiritualmente con el Espíritu de Dios quien le transfería toda su sabiduría para la integralidad de su ser. No existía ninguna discrepancia o desavenencia. Pero, cuando la serpiente sedujo el “alma” de la pareja mediante el “fruto deseable” para obtener el conocimiento, se produjo una ruptura entre el espíritu

humano y el Espíritu de Dios, por lo cual la raza humana entró en un colapso en la esfera espiritual. Desde allí en adelante vemos a la humanidad desconectada espiritualmente de Dios, existiendo de manera autómata mediante su alma en estado caótico, simulando una falsa espiritualidad. Pero no existe vida espiritual en el ser humano post pecado.

La muerte, espiritualmente hablando, había alcanzado a la humanidad, quien inicia un peregrinar cuesta arriba procurando, mediante el impulso de su alma, retomar el contacto perdido con el Espíritu de Dios. Mas todo su esfuerzo resulta inútil. Dios es Espíritu, y solo se comunica mediante un lenguaje espiritual con el espíritu del hombre. Separada de Dios, la raza de Adán es estimulada por su alma caída a fomentar una “religión” en el vano intento de volver a “re-ligarse” y retomar conexión con el Espíritu de su Creador, pero desprovisto de la “vida espiritual”.

Es necesario comprender que toda religión no es otra cosa que la escalada insuficiente del alma, en la presunción de “re-ligarse” con Dios en la cima de la montaña. Pero todo esto es un fracaso, porque Dios es Espíritu y solo se comunica con el espíritu humano, por lo cual es imperativo primero que la persona sea vivificada por Dios en su espíritu, para que pueda volver a relacionarse con el Espíritu de Dios.

La vivificación, ineludiblemente, precede a cualquier relacionamiento con el Dios Verdadero, pues exclusivamente solo los regenerados por el Espíritu poseen las condiciones para buscar “espiritualmente” al Dios Verdadero. Sin el nacimiento de lo alto jamás el hombre podrá relacionarse con el Altísimo. El nuevo nacimiento es el primer paso en la obra

salvadora, y es facultad exclusiva del Señor operar dicha gracia a favor de su pueblo.

Para David W. Dyed, “casi la mayoría de los creyentes de hoy equipara la palabra “salvación” con “ser nacido de nuevo”. Para ellos estas palabras son sinónimos en su significado y uso. Ellos, toman las expresiones “ser salvo” y “ser nacido de nuevo” como términos que poseen el mismo significado. Concuerdo con él en parte, porque considero que la “salvación” va mucho más allá.

Como venimos viendo en este estudio de carácter repetitivo, la salvación se aplica en tres tiempos; un pasado, un presente y un futuro. Yo “he sido” salvo “en mi espíritu” de la condenación del pecado, mediante la Obra de Cristo (en el pasado, cuando el Señor me regeneró y yo creí); ahora en mi presente, estoy siendo salvo “en mi alma” del poder del pecado, por medio de la Vida de Resurrección de Jesucristo operando en mi vida; y seré salvo en mi cuerpo de la presencia del pecado para siempre, en su Venida, cuando reciba de él un cuerpo glorificado semejante al suyo. O sea que “he sido”, “estoy siendo” y “seré salvo”.

Ser “nacido de nuevo” es el primer evento en una genuina experiencia cristiana. Este paso inicial involucra la Fe, el Arrepentimiento y el gozoso recibimiento de la Trinidad, en Cristo<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: Existe un atributo divino que es la Inherencia de Dios. Aunque es difícil de explicar y más aún de comprender, podemos decir que las tres Personas de la Trinidad, subsisten en un una y única esencia, porque Dios es uno. Esta Tri-Unidad Esencial hace que cuando una de las personas está presente, juntamente con ella están también las otras dos. Por tal razón, aunque hoy sea la persona del Espíritu quién nos habita y trabaja en nosotros, el Señor puede decir con absoluta verdad en el capítulo 14:23 del evangelio de Juan: ... ‘vendremos’ a él, y ‘haremos’ morada en él.



Esta es la única manera de ingresar a la familia eterna de Abba. A partir de allí, comienza la salvación del alma.

Una vez que Dios ha regenerado nuestro espíritu mediante el nuevo nacimiento, éste queda renovado de tal modo, que la Trinidad misma viene a morar en él. No obstante, debemos comprender que esta regeneración espiritual alcanza únicamente al espíritu humano, ya que los efectos de la salvación aún no se han extendido a nuestra alma y nuestro cuerpo.

La regeneración nos liberó de la “condenación” del pecado para siempre (Romanos 8:1); de todos modos los efectos de esta operación divina solo han alcanzado la esfera del espíritu con el fin de que podamos restablecer nuestra comunión con Dios. Sin embargo, todavía necesitamos ser salvados del “poder” que el pecado aún ejerce en nuestra alma hoy, durante nuestro presente. Lo anterior es un proceso continuo que se repetirá hasta nuestro último día sobre la tierra.

El escritor del libro a los Hebreos nos dice: *Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.* Hebreos 10:39. Es sumamente importante destacar primeramente lo que el texto marca de manera rotunda, y es el contraste entre aquellos que hemos sido regenerados por Dios, diferenciándonos de los apóstatas que no han nacido de nuevo y que pueden caminar durante algún tiempo junto a nosotros, pero después apartarse. Y sobre todo quiero acentuar el contundente significado de la palabra “preservación” que transcriben nuestras versiones actuales. La palabra “preservación” proviene del viejo verbo griego (*peripoieō*), vocablo que el autor inspirado fue

conducido a escribir y que significa conservar, reservar, comprar, mantener a salvo. Cuando comprendemos que hoy estamos cobijados en el hueco de su mano (Juan 10:29), es cuando nuestro agitado corazón desacelera, se calma nuestra ansiedad y recibimos su reposo. Ya no somos como un barco a la deriva, ahora somos sus hijos amados, y podemos caminar completamente seguros y afirmados en el ancla inmutable de que hemos sido salvos para siempre de la condenación del pecado; pero esto hoy alcanza solo a “nuestro espíritu”, y somos conscientes de que Dios tiene aún mucho territorio que conquistar en nosotros, pero ya no quiere hacerlo solo, por lo cual nos invita a caminar junto a él, asidos de su mano durante el resto de nuestras vidas y ser parte cada día de la maravillosa aventura de la salvación de nuestras almas.

Nuestra alma tiene un pasado, un historial, una memoria en la cual todo ha quedado registrado como en un software de computación. Todo lo que aconteció en nuestra vida quedó grabado en la unidad de almacenaje del alma humana. Y más aún, cuando comprendemos que nuestro mecanismo es tan complejo, y que también se ve afectado por esa información genético celular residente que hemos recibido como legado por parte de nuestros antepasados.

El salmista confiesa que su alma se encontraba profundamente perturbada, por tanto el clama: *Vuélvete, oh Jehová, libra mi alma; Sálvame por tu misericordia.* Salmo 6:4. Él estaba implorando por la salvación de su alma que sufría por las tribulaciones de su historia, e incluso de la cultura de su gente. Él era alguien que ya conocía al Señor, pero suplicaba por la salvación de su alma. El espíritu del salmista ya era

salvo, pero su alma aún se hallaba en el proceso de la salvación. El cristiano también puede admitir que el Espíritu de Dios habita en su “hombre interior”, mas su “hombre exterior” necesita ir siendo desconstruido por la Obra de la Cruz, mientras que al mismo tiempo el Señor, mediante su Vida de Resurrección, va edificando e imprimiendo la Imagen de Jesucristo durante el proceso de la salvación del alma. Podemos decir sin temor a equivocarnos que “ya hemos sido salvos”, pero aún “estamos siendo salvados”.

En la salvación de nuestro “espíritu” fue solamente Dios que obró en forma unilateral, pues el Espíritu Santo realizó la obra de vivificación abriendo nuestros ojos al mundo espiritual sin nuestra participación efectiva. Pero, cuando se trata de la salvación del “alma” involucra nuestra obediencia. Fuimos salvos por la Gracia, más ahora necesitamos ir creciendo en esa Gracia; sin embargo ese crecimiento no es ascendente, sino por el contrario, es un crecimiento hacia abajo, en humildad, comprendiendo que por más conocimiento de Biblia que hayamos adquirido, somos completamente ignorantes como para conducirnos solos, o para tomar alguna iniciativa en este proyecto, por lo cual necesitamos depender absolutamente del Espíritu Santo.

No debemos olvidar que Dios es Espíritu, y solo se comunica con nuestro espíritu, para que por medio del Espíritu Santo nosotros vayamos alcanzando la salvación y ser liberados de nuestra propia “autoconfianza”. Los mayores problemas del pecado en nuestra alma, y que son el estorbo más grande en la formación de la Vida de Jesucristo en nosotros, son: la autodeterminación, la autoestima y la autoconfianza

que nos mantienen soberbios, orgullosos, arrogantes, atrevidos, audaces y desobedientes a la Palabra de Dios, siendo estos problemas la contracara de Cristo Jesús quien vivió como hombre en absoluta dependencia de su Padre.

Este proceso será percibido cuando se manifieste en nosotros un quebrantamiento interior, y por el nivel de “obediencia voluntaria” en la vida de los hijos de Dios. Cuanto mayor sea nuestro placer en búsqueda por la voluntad de Dios, más claramente se percibirá nuestra evolución en la Salvación de nuestra Alma. La mayor evidencia que un alma manifiesta de que está en el proceso de su salvación, no son los “éxtasis”, sino la sincera y humilde obediencia a la Palabra de Dios.

No nos estamos refiriendo aquí a ningún tipo de obediencia movida por la vergüenza, la culpa, la obligación, el temor o el interés. No, me refiero a una obediencia por amor, libre y voluntaria.

La verdadera obediencia tiene un solo motivo, nuestra libre y amorosa conformidad a la voluntad revelada de Dios. Este es el verdadero reflejo de la Salvación del Alma.

En la medida que el Señor nos va revelando su voluntad, y esto es algo que él va administrando con sumo cuidado, paso por paso, debido a que él conoce lo complejo de la estructura de nuestro ser y sabe que somos polvo, también va requiriendo nuestra obediencia. Pero es interesante saber que Cristo reivindica nuestra obediencia en la medida que avanzamos y vamos uniendo nuestra voluntad a la suya durante toda esta operación sinérgica, y es allí cuando Él nos concede su propio “poder” a fin de que podamos corresponder a su autoridad plácidamente. ...y sus mandamientos no son

*gravosos...* 1 Juan 5:3. Esto significa que nosotros sus hijos podemos cumplir su voluntad con gozo y sentirnos satisfechos de haberle obedecido.

“Todos sus seguidores han sido redimidos y puestos en libertad para un propósito: que cada uno alcance las condiciones de poder seguirle. Seguir a Cristo es “obedecerlo a él”. Seguir a Cristo no es lo mismo que ajustarse a las exigentes formas de una religión, o ser parte de un sistema moralista. Seguir, en este caso, significa pertenecer a una Persona”. Esto nos lo expresa con mucha propiedad Evan H. Hopkins.

La salvación del alma es, en definitiva, el proceso paulatino de vaciamiento de nuestro “ego” de su autosuficiencia. Si consideramos que nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado juntamente con Cristo, acontecimiento que ocurrió hace ya casi dos mil años, deberíamos ir apropiándonos, día a día, de los efectos de esa muerte ocurrida en la Cruz. Dice el Apóstol Pablo: *llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.* 2 Corintios 4:10.

Cuando incorporamos a nuestro estilo de vida los efectos permanentes de la Cruz, la vida de resurrección de Jesús se manifiesta diariamente en nuestro modo de vivir. Reflexionando en esta senda Thomas Brooks afirmó: “Cuanto más amoldada está nuestra alma a Cristo, más seguros estaremos en promover sus intereses”.

La formación del ser humano y el tabernáculo del desierto poseen características similares. Éste último, debía ser levantado en tres compartimentos diferentes, que tipifican las tres esferas de la conformación del hombre. Y esto no es

coincidencia debido a que tanto el uno como el otro fueron diseñados para ser la Morada de Dios. En el tabernáculo, el lugar Santísimo representa al espíritu humano; el lugar santo simboliza el alma humana; y el atrio al cuerpo. Cuando Jesús murió en la Cruz para salvar al hombre, los Evangelios declaran que el velo del templo, el cual separaba el lugar santo del santísimo, “se rasgó”. Esto podría representar que el Espíritu de Dios que mora en el espíritu del creyente, ahora se infunde libremente hacia nuestra alma que está siendo salvada de su estilo de vida carnal.

Aquel que por la Gracia de Dios ha nacido de nuevo y tiene el espíritu vivificado, y mucho más aún, la Trinidad morando en él de forma permanente, ya tiene las condiciones dadas para corresponder en obediencia al Padre, en el proceso de la salvación de su alma. *Obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.* 1 Pedro 1:9.

# La Salvación del Alma IV

*Vuélvete, oh Jehová, libra mi alma; sálvame por tu misericordia. Salmo 6:4.*

Nuestro caminar por la lectura de este material procura que logremos alcanzar el entendimiento de lo que significa la salvación del alma. Considero que comprender este punto es de carácter fundamental para el proceso de maduración en la vida cristiana.

Hemos visto en los capítulos anteriores que el Creador nos hizo tricótomos; o sea con un cuerpo, un espíritu y un alma, pero a causa del pecado, el espíritu quedó desconectado de Dios recibiendo la muerte espiritual de forma instantánea<sup>1</sup>. Desde allí en adelante el ser humano vive de manera dicotómica, es decir, que solo se expresa mediante el cuerpo y el alma, siendo esta última, y en estado caótico, quien toma el comando de la situación.

De acuerdo al relato de la creación, cuando el alma queda unida al polvo de la tierra, ésta se “transforma en carne”.

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: Existen varias palabras en las Escrituras, en el original, que se traducen al español con la palabra “muerte”. Cada una de ellas tiene significados muy específicos. Pero siempre que se hable de “muerte” dentro del lenguaje bíblico el concepto dominante es de “separación”. Aquel que es considerado un muerto espiritual, significa que ha quedado separado de Dios.

Sin embargo toda carne que no tiene “vida espiritual” hace de la persona un ser “carnal”; por lo cual un ser humano carnal siempre será dirigido por su alma en todas sus determinaciones, sean éstas hechas para el mal... o para el bien.

El ser humano sin el nacimiento de lo Alto, o sea sin el Nuevo Nacimiento dado por el Espíritu, es carnal en todo lo que haga, sea esto malo o bueno. Una persona éticamente honesta y honrada, pero sin la Vida de Cristo, es moralmente carnal en todas sus acciones, de la misma manera que una persona perversa, amoral o rústica, también es carnal en todo su desempeño. La carnalidad es determinada por la fuente o procedencia. Todo lo que hacemos mediante el gobierno del alma caída a través del cuerpo, es carnal por más sublime y ético que parezca. Por ejemplo: cantar en la Iglesia himnos, si se hace con el fin de satisfacer los deseos del ego, es tan carnal como participar en una comparsa de carnaval. Todo aquello que busque la exaltación personal siempre lleva consigo impregnado el olor de la vanidad de la carne.

Cuando los deseos del alma se vinculan con los instintos del cuerpo, sean estos de carácter positivo o negativo, solo expresan actos carnales; y no me refiero exclusivamente a hechos de naturaleza “arrogante y vanidosa”, sino también a aquellos enmascarados actos de humillación mostrando un pálido rostro de vergüenza. Es decir, que la carnalidad no solo se exhibe en la ostentación de talentos que exaltan el alma humana, sino también en la auto-conmiseración actuada que pretende evidenciar una falsa humildad para “llamar la atención”; tanto lo uno como lo otro es carnalidad de punta a punta.



Jesús lo expresó con suma claridad: *Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.* Juan 3:6. Todos nosotros hemos nacido en este mundo como “carne”, en razón del dominio del alma sobre el cuerpo, por lo cual todas sus obras son consideradas acciones carnales. Pero, si por el Espíritu recibimos la gracia del nacimiento de lo alto, adquirimos la naturaleza espiritual que puede cambiar todo este proceso degradante de la caída. Cuando el Espíritu Santo vivifica nuestro espíritu que estaba muerto por la herencia que recibimos de Adán a partir de la Caída, desde el punto de vista espiritual, somos salvos de la condenación del pecado, o podemos llamarlo también, regenerados en nuestro espíritu por el Nuevo Nacimiento. El espíritu muerto es vuelto a la vida, y es allí donde comienza este proceso “dinámico y evolutivo” de la salvación del alma en su santificación personal.

Desde el punto de vista histórico, o cronológico, la regeneración es lo primero que ocurre en el creyente durante su proceso de salvación. Acontece aquí el Nuevo Nacimiento, donde el Espíritu Santo viene a morar al espíritu regenerado transformando al incrédulo en un creyente y abriendo sus ojos y sus oídos a la esfera espiritual, un ámbito que antes permanecía completamente velado para él. Entonces, a partir de allí el Señor inicia el segundo paso en la cronología de la aplicación de su obra redentora que es la salvación del alma. La salvación del Espíritu nos sobreviene de manera Monérgica, es una operación exclusiva del Espíritu Santo donde únicamente él es quien trabaja; pero en la segunda etapa, cuando éste da comienzo a la salvación del alma lo hace de

manera sinérgica, y esto significa que el Espíritu Santo actúa sobre el espíritu del creyente, para que éste voluntariamente coparticipe de esta acción del Espíritu en confianza y obediencia a la Palabra de Dios.

El apóstol Pablo, se expresa sobre estas dos áreas de la salvación de la siguiente manera: *Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.* Romanos 5:8-10.

El Sacrificio de Cristo en favor del pecador llevaba como objetivo salvarlo, en primer lugar de la “condenación del pecado” que pesaba sobre él; en segundo lugar del “poder de pecado” que lo domina; y en tercer lugar de la “presencia del pecado” que le rodea. Esta salvación total obrada por Cristo se aplica en estas tres etapas, bien diferenciadas entre sí y que corresponden a las tres partes que componen al ser humano, llevando el siguiente orden: al espíritu, al alma, y al cuerpo. En el texto precedente del Libro de Romanos, advertimos los efectos de esta salvación en solo dos áreas: En el espíritu por medio de la muerte de Cristo, ocurrida de una vez y para siempre cuando el pecador creyó; y en el alma, a partir de haber creído, a través de la “Vida de Resurrección” de Cristo que mora en el creyente, durante el tiempo presente, día a día y por el resto de su vida.

El Antiguo Testamento nos habla del Tabernáculo de Moisés levantado en el desierto. Si bien éste era de una realidad física, tipificaba en sus partes la realidad espiritual de la

excelencia de la Trinidad en su aspecto económico, pero también expresaba la figura del ser humano formado tricotómicamente a “imagen y semejanza” de la misma Trinidad. En este campamento, el “atrio” que era la parte de afuera, representaba al cuerpo del hombre. También estaba el “lugar santo” que era un cuarto intermedio y que prefiguraba el alma humana. Pero también había un tercer espacio llamado “lugar santísimo” que tipificaba al espíritu humano, y éste era el lugar de “más adentro” donde la “Shekiná”, o sea la Gloria de Dios, descendía para habitar esta frágil tienda, de la misma manera que el Espíritu de Dios viene ahora a morar en el espíritu humano cuando un pecador ha sido regenerado.

El Templo de Salomón también fue levantado con la misma configuración de tres partes. Pero en el día en que Jesús fue crucificado, sucedió un acontecimiento inusitado: *Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Marcos 15:38.* Ésta era una cortina muy gruesa y pesada, que separaba el lugar santo del lugar santísimo. Pero esta apertura, no hecha por manos humanas, abrió un canal de comunicación entre ambos sectores. Este acontecimiento nos lleva a pensar que también existe ahora una conexión entre el espíritu vivificado y el alma del creyente. Esta rotura, o desgarró, obrada de manera sobrenatural, desde arriba hacia abajo en el paradigmático telón de lino trenzado de color azul, púrpura y carmesí, que mantuvieron una incomunicación histórica entre dos espacios que debían permanecer siempre separados, ahora Dios había establecido una brecha de paso entre ambos. Esto es algo sumamente interesante, porque nos permite ver la acción divina operando

desde adentro hacia afuera, es decir, desde el espíritu humano, donde reside el Espíritu de Dios, viabilizando su santidad hacia el alma del creyente, en un proceso diario, continuo y progresivo, generado por la Vida de Resurrección de Cristo que circula ahora a través de la hendidura hecha en el “velo rasgado”.

Con toda seguridad creo que este acontecimiento histórico, la rotura del Velo del Templo, apuntaba a la operación del Espíritu Santo que reside ahora en el espíritu regenerado del creyente. Hoy el poder de la Vida de Resurrección de Cristo puede operar libremente desde adentro hacia afuera con su capacidad de salvar del poder que el pecado ejerció sobre el hombre, contaminando la historia de su alma caída. Pero tengamos en cuenta que solo después de la salvación de nuestro espíritu quedamos facultados para participar en la salvación de nuestra alma poluída por el pecado de la raza adámica y de su práctica existencial. *Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano.* 1 Corintios 15:1-2.

Yo percibo claramente aquí que los creyentes ya habían recibido en su espíritu el Evangelio de la Salvación, sin embargo, aún se encontraban en el proceso cotidiano de la salvación de su alma. De acuerdo con algunos traductores de las Escrituras, las palabras “ser salvo”, en muchos textos, deberían haber sido traducidas como “estar siendo salvos” a causa del tiempo del verbo que en el original está en forma pasiva. Si vemos, por ejemplo, el siguiente versículo: ...*porque*

*todo aquel que invocare el Nombre del Señor estará siendo Salvo.* Romanos 10:13. Esto presupone una salvación continua durante su presente, por lo cual esto se está efectuando hoy en el alma del creyente.

Otro texto, muy conocido, es la salvación del carcelero de Filipos, que podría haber sido traducido con toda seguridad de la siguiente manera. *Cree (con toda confianza) en el Señor Jesús, y estarás siendo salvo tú, y toda tu casa.* Hechos 16:31.

El Espíritu Santo dio, absolutamente por gracia, vida espiritual, fe y arrepentimiento al carcelero de Filipos cuando vino a morar en su espíritu; y este obrar soberano de Dios le habilitaba entonces, dándole la capacidad para participar en la salvación de su alma mediante la libre y voluntaria obediencia a la Palabra de Dios.

Ante la Predicación del Evangelio, o sea ante la Proclama del Mensaje de la Cruz, el Espíritu Santo genera vida espiritual en el incrédulo que estaba muerto; a partir de allí el Espíritu y la Palabra quedan implantados en el creyente, generando las condiciones para que éste ahora pueda acompañar activamente y correspondiendo a la voluntad de Dios en la salvación del alma. Y esto puede hacerlo debido a que ya es una “nueva criatura”, porque su espíritu ha sido regenerado por la Gracia. Santiago 1:21.

La salvación del alma es también conocida en la biblia como la “santificación”. Ésta, es vista como un proceso de edificación de carácter dinámico y progresivo, avanzando en constante desarrollo, y es fruto de la manifestación de la Vida de Resurrección de Cristo en el creyente. *Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de*

*Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Efesios 4:13.*

Cuando nacemos de nuevo, nuestro espíritu es “vivificado”, es decir, que ha pasado de un estado de muerte, a vida; ahora es salvo de la “condenación del pecado” (Romanos 8:1). Sin embargo, nuestra alma y nuestro cuerpo, permanecen aún bajo los efectos del pecado, por lo cual necesitan de una salvación efectiva de su “poder” y de su “presencia”.

Para consolidar lo expuesto hasta ahora, sinteticémoslo en tres puntos:

1. Hemos sido salvos de la condenación del pecado en nuestro espíritu, por el “sacrificio y muerte” de nuestro Señor Jesucristo, quien nos dio muerte a nosotros también juntamente con Él. Esto es un acontecimiento que ocurre una única vez y para siempre, siendo éste una operación exclusiva del Espíritu Santo.

2. Una vez que hemos sido salvos en nuestro espíritu, Dios comienza la salvación de nuestra alma, pero ya no por la muerte, sino por medio de la Vida de Resurrección de Cristo que ahora actúa “en nosotros”. Este proceso también es llevado a cabo por el Espíritu Santo, que ahora habita nuestro espíritu y que es el único que sabe realmente como conducir esta segunda etapa de la salvación, pero ya no lo hace él solo, de manera Monérgica como en la etapa anterior, sino que espera nuestra correspondencia amorosa, libre, y voluntaria, en obediencia a la Palabra de Dios que nos ha sido implantada. En esta etapa de la salvación existe una “sinergia”, donde el Espíritu actúa tomando la iniciativa, pero esperando que nosotros respondamos en obediencia a la Palabra de Dios.

3. Para finalizar, la última etapa y culminación de su Obra Redentora, será cuando el Señor venga a buscar a su Iglesia, donde nuestros cuerpos serán glorificados “arrebátándonos” para siempre de “la presencia” del pecado.

En definitiva la Salvación de Dios, por medio de la Fe, es la siguiente: Hemos sido “salvos en el espíritu” de la condenación del pecado, exclusivamente por acción divina; estoy siendo “salvado ahora en mi alma” del poder del pecado en una acción cooperativa; y seré salvo para siempre “de la presencia del pecado”, también como en la primera etapa, por la acción unilateral por parte del Señor, puesto que solamente Dios puede *...transformar nuestro cuerpo de humillación a la semejanza del cuerpo de la Gloria Suya...* Filipenses 3:21.





# La Salvación del Alma V

*Entonces mi alma se alegrará en Jehová; se regocijará en su salvación. Salmo 35:9.*

*En el principio creó<sup>1</sup> Dios...* a partir de la nada. Absolutamente nada existía antes de la creación, y únicamente por la voluntad del Señor existen y fueron creadas todas las cosas. Aun así ninguna cosa que Él haya llamado a la existencia, lo fue porque Dios haya tenido necesidad de algo, o porque alguna cosa, o quizás todas ellas juntas puedan añadirle alguna pizca a su Eterna Gloria y Magnificencia. No, Dios nunca necesito de nada, sin embargo la “nada” llegó a ser para Él el todo de su creación; aun así toda la plenitud del inconmensurable universo, es como “nada” delante de Él.

Dios no necesita absolutamente de “nada”, ni de “nadie”, para hacer todo cuanto quiere. El “creó” de la nada el universo y “formó” del polvo de la tierra al ser humano, a su Imagen y Semejanza. Dios es el Creador de todo y “nada” ni “nadie” puede en ninguna manera impedir aquello que Él quiera hacer. El vidente, profeta de Dios, lo vio así: *Aun antes*

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: “*Creatio ex nihilo*”, es una terminología en latín, que se utiliza en Teología y Filosofía, y hace referencia a la creación a partir de la nada, sin la utilización de ninguna materia preexistente.

*que hubiera día, yo era; y no hay quién de mi mano libre. Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará? Isaías 43:13.*

La trinidad formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz el “aliento de Vidas”, por lo cual el hombre fue hecho un “alma viviente”. Como hemos visto en este estudio de La Salvación del Alma, el hombre fue formado tricótomo, cuerpo, espíritu y alma, pero por causa de su propio pecado se degradó tornándose en un ser dicotómico, separado de Dios en razón de su muerte espiritual.

El Apóstol Pablo nos describe muy claramente este hecho con las siguientes palabras: *Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.* 1 Corintios 2:14. En los mejores manuscritos antiguos, el término griego que nuestras versiones traducen “natural” es: ψυχικός, o sea psíquico, almático. Otras versiones traducen “hombre animal”, cuya expresión significa que la persona está gobernada por su alma en estado caótico, “incapacitada para percibir las realidades espirituales”. Somos una raza caída e incapaz de alcanzar la comunión con Dios por nosotros mismos. El ser humano natural vive por su capacidad biológica y psicológica, y quizás mediante una buena educación y un gran esfuerzo logre llegar a ser una persona moralmente digna, de gran sensibilidad emocional, de muy alta cultura e incalculable conocimiento... sin embargo se encuentra espiritualmente muerto. Un bebé nace en este mundo con un cuerpo y un alma caídos, y desde que es un embrión requiere alimento, cuidado y luego educación para que se desenvuelva como ser humano, sin embargo, jamás

tuvo vida espiritual en sí mismo. El hombre natural se encuentra totalmente desprovisto de vida espiritual. La raza adámica está completamente desconectada de la comunión con Dios.

La existencia humana caída se manifiesta a través de un individuo rebelde, incrédulo, ensimismado, autónomo, egoísta, depravado y sin la más ínfima inclinación hacia el Ser de Dios. Solo después del milagro de la vivificación espiritual, o nuevo nacimiento, su espíritu vuelve a ser reconectado con Dios y puede así gozar de la Vida Divina en su existencia humana. Aquí volvemos a ver a un ser humano nuevamente tricótomo y ahora “capaz” de responder espiritualmente al proceso de la salvación de su alma.

Cuando el Espíritu Santo viene a morar para siempre en nuestro espíritu vivificado, inicia una nueva fase en nuestro ser que es la salvación progresiva de nuestra alma. El poder de la Vida de Resurrección de Cristo, mediante el Espíritu Santo, comienza a limpiar nuestra alma de toda basura acumulada y a curar las heridas y traumas que marcaron nuestra historia. Aquí ocurre algo muy especial. El Espíritu Santo es quien siempre tiene la iniciativa en la conducción de esta obra ejecutando su accionar, y nosotros correspondemos a su gestión en sumisión y obediencia. En esta íntima y amorosa interacción que se produce entre el Señor y nosotros, con el paso del tiempo se va convirtiendo en una actividad cada vez más placentera.

La salvación del Alma, o crecimiento espiritual, llamado también “el proceso de santificación”, es la disciplina que nos encamina a la madurez, y es exclusivamente una

“Obra de Dios” de comienzo a fin, por lo cual toda la gloria deberá dirigirse siempre exclusivamente a Él. El mismo Dios, que de la nada creó el universo y que también tiene contado aun los cabellos de nuestras cabezas, ejecutará su accionar en nosotros aprovechando todas las cosas, las circunstancias y situaciones como él lo considere oportuno para favorecer nuestro desarrollo, y hará también que respondamos a su obrar de manera “voluntaria”.

Veamos como el Apóstol Pablo comprendía este proceso progresivo de la Gracia: *Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.* Filipenses 2:12-13.

La buena voluntad del Espíritu Santo hace que nuestra voluntad débil e indispuesta, desee hacer también la voluntad de Dios de buena voluntad. A. W. Pink escribió con gran precisión: “El Espíritu Santo hace algo más en sus elegidos que en aquellos que no lo son; Él opera en ellos “tanto el querer como el hacer por su buena voluntad”.

La elección del creyente solo puede ser entendida por la salvación del alma, y este proceso está determinado por el vigoroso deseo de búsqueda de la Santidad de Dios. Sin la santificación de nuestra alma nadie verá al Señor (Heb. 12:14), pero tampoco, sin la Obra del Señor en nuestra alma, nadie alcanzará jamás la santificación.

Cuando tenemos la certeza que la Trinidad vino a morar en nuestro espíritu a fin de que el Espíritu Santo se

manifieste a través de nuestra alma, podemos afirmar en rigor a la verdad, que el poder de Dios es quien nos habilita para que podamos hacer, de buena voluntad, la voluntad de Dios. Es por este camino que se da el crecimiento en “Gracia sobre Gracia” en el proceso de alcanzar la estatura del varón perfecto, Cristo Jesús.

¡Alabe a Dios por su plena Gracia! Porque muy por el contrario de lo que comúnmente se cree, nuestro crecimiento espiritual no depende de “nuestra obediencia personal en sí misma”, sino que nuestra obediencia personal depende de la operación de la Gracia de Dios actuando en nosotros. Creo firmemente que yo he alcanzado el grado de madurez que la Gracia de Dios me ha posibilitado alcanzar. Sin embargo, no significa que yo esté tan maduro como la Gracia aún me llevará a estar, porque *por la Gracia de Dios soy lo que soy*.

Existe un entendimiento muy equivocado al respecto de esto y que nos puede llevar a padecer de gran ansiedad y frustración, si intentásemos obtener santidad espiritual a partir de nuestro esfuerzo personal, olvidando que tanto “el querer como el realizar” vienen por el mover de la Gracia de Dios operando en nuestro hombre interior.

Creemos que la Vida Cristiana comienza con la vivificación espiritual operada por la Gracia del Señor en su Soberana Voluntad, y que se nos es aplicada por medio del Espíritu Santo. Creemos también que la Santificación es ejecutada por la Vida de Resurrección del Señor Jesucristo que ahora nos habita, y se desenvuelve mediante el poder del Espíritu Santo. Creemos que este proceso de desenvolvimiento y desarrollo de la vida espiritual es “un Don” exclusivo de la

Gracia que nos motiva desde adentro favoreciendo que la voluntad de Dios ahora sea nuestro sumo placer, por lo cual nosotros respondemos a esta acción divina voluntariamente en nuestra manera de vivir. Pero también quiero afirmar, para que quede bien claro, que nuestro desarrollo espiritual no significa ninguna pasividad de nuestra parte, así como tampoco se basa en ningún activismo de la carne. El crecimiento espiritual se desarrolla en la iniciativa motivadora del Espíritu Santo y no en nosotros, pues nosotros caminamos detrás de él a fin de corresponder a su accionar con una respuesta amorosa y voluntaria dentro de una íntima comunión con el Señor.

Consideramos entonces, que no existe vida espiritual sin el nuevo nacimiento operado por una acción unilateral de la Divina Trinidad; así como tampoco existe santificación alguna sin la respuesta libre y voluntaria por parte del creyente a los impulsos de conducción del Espíritu Santo. Sabemos que ya hemos pasado de muerte a Vida, porque amamos al Señor y amamos a los hermanos, pero también porque ahora existe en nosotros un anhelo por la Santidad, aunque éste aún sea algo incipiente.

Este proceso de santificación, o salvación del alma, no es una carga que debamos llevar ni una imposición obligante bajo reglas que nos sometan con amenazas, sino la alegría de poder vivir con regocijo la voluntad de Abba. Este es un proceso lento, paulatino, pero irreversible, pues se trata de una obra financiada y sustentada por Dios mismo ...*estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.* Filipenses 1:6.

El crecimiento espiritual, o la salvación del alma, aunque se pueda notar en muchos hermanos, consiste más en el desarrollo de la “raíz”, que queda fuera del alcance de la vista, que en la expansión exorbitante de la “copa” que puede ser contemplada por los observadores. Existe un gran peligro en aquello que puede “ser visto” y es el orgullo que genera cuando el creyente es elogiado por su progreso en la Fe.

Necesitamos avanzar en nuestra vida espiritual, pero tengamos en cuenta que este avance debe quedar fuera del centro de atención y de los aplausos. La santificación es un proceso paulatino y progresivo, y para que este desarrollo permanezca limpio debemos mantenernos bien distantes de las alabanzas de los demás. ¡Aquél que busca admiradores, termina siempre perdiendo su carácter de adorador! El crecimiento espiritual es primeramente y ante todo, delante del Trono de Dios.

Me gusta mucho el pensamiento de A. W. Pink: “Así como la desesperanza e impotencia son las primeras sensaciones que abordan al pecador por intentar ayudarse a sí mismo en la experiencia de una genuina conversión, así también la pérdida de toda confianza en “sí mismo” es el factor principal para el crecimiento en la Gracia”. Aquí no se halla lugar para la “auto estima”, y mucho menos para la “auto confianza”.

Para Thomas Watson: “Un cristiano en desarrollo no es como el sol de Ezequías, que regresó hacia atrás; ni tampoco es semejante al sol de Josué, que permaneció estático; antes bien es como quien permanece siempre avanzando en progreso de su santidad, elevándose en el crecimiento que da Dios”.

Creer en Dios es prosperar en la Gracia, reposando en el descanso que nos da la confianza en la suficiencia de Cristo.

Jesús fue categórico en este punto de la vida cristiana: *Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.* Mateo 11:29. La salvación del alma no es otra cosa que reposar confiadamente en el Sacrificio de Cristo. El “yugo” donde Cristo y el pecador estuvieron unidos fue la Cruz; luego de la experiencia espiritual de nuestra muerte juntamente con él, recibimos la certeza de que ahora Cristo es nuestra nueva Vida en su Resurrección.

De esta sustitución la “vida” del alma (*psique*), por el poder de la “Vida” de Resurrección de Cristo (*zoe*), comienza el proceso progresivo de la salvación del alma. Por tal razón, nuestro crecimiento espiritual no se halla en el fruto de nuestro frustrante esfuerzo personal mediante la mentalización psíquica, sino por la manifestación de la “Vida de Cristo” en nosotros.

Por tanto, “la manera correcta de crecer, no es aquel modo estimado a nuestros propios ojos”, sino que es crecer para la Gloria de Dios.

Aquel que nació de nuevo crece en santidad.



# La Salvación del Alma VI

*Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso,  
y salvará el alma de los pobres. Salmo 72:13.*

Hace un tiempo atrás alguien me hizo la siguiente pregunta: ¿Cree Usted que la Trinidad es Omnipotente? ¿Piensa Usted que el Dios trinitario tiene el poder suficiente para salvar completamente al pecador? ¿Entonces, si Dios posee ese tremendo poder, por qué no ha efectuado la salvación de una sola vez? ¿Por qué Dios ha resuelto salvar al hombre en etapas? ¿Respóndame por favor porque no entiendo?

Cuando recibí esta metralla de preguntas disparadas como en una ráfaga a quemarropa, y cuyas complejas interrogantes no podría nadie responder con una simple frase, debí tomarme primeramente un tiempo para respirar mientras procuraba hacer mis consideraciones al respecto. Intentaré con la guía del Señor, repetir aquí aquellas respuestas de modo ligero y acorde al conocimiento que poseo, pero voy a empeñarme en dar algunas consideraciones adicionales que vienen al caso. Mi primera respuesta sin pensar demasiado fue tajante: “La Trinidad es Omnipotente mi estimado amigo”.

Me llena de confianza y seguridad al leer a Samuel Rutherford, un escritor del siglo XVII, que afirmando con toda certeza proclamaba: “Mi Fe no halla lecho donde descansar... a excepción de la absoluta Omnipotencia de Dios”. Por otra parte, me parece estar escuchando, lleno de satisfacción a C. H. Spurgeon, el célebre predicador del siglo XIX, exponiendo a voz en cuello: “La Gloria de la Omnipotencia de Dios está en actuar a través de las Improbabilidades”.

¡Dios es Omnipotente! Sobre este atributo divino a ningún creyente genuino le cabe la más mínima duda; sin embargo, Dios también es “Soberano” y como tal actúa con perfecta Sabiduría en cada uno de los asuntos sin que nada escape a su control, y esto muy a pesar de que nuestras mentes limitadas no alcancen a comprender lo elevado de sus caminos (Isaías 55:8-9).

Dios posee el poder suficiente para salvar en forma completa y de una sola vez, pero no le ha placido aplicar los efectos totales de esta maravillosa salvación “en un solo momento”, pues Él tiene “sus razones”, aunque nuestra razón restringida y tridimensional no alcance a percibir el maravilloso diseño esbozado por el diestro Artista. El Salmista nos da una muy buena y segura pista cuando expresa: *Nuestro Dios está en los Cielos, todo lo que quiso ha hecho*. Salmo 115:3.

Entonces podríamos preguntarnos con referencia al versículo: ¿Y qué es lo que él quiere? La respuesta está expresada en forma taxativa en el Libro a los Hebreos 11:6: *Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan*.

El mundo espiritual solo es percibido mediante la Fe, y esa Fe, conducida por el Espíritu mediante su Palabra, es la única llave que nos ha sido dada para penetrar en dicha realidad. Solo viviendo por Fe podemos contemplar las perfecciones Divinas. “Nuestra teología nunca será correcta, mientras en nuestros corazones no se haya invertido en el conocimiento del Dios Supremo que nosotros poseemos, infinito en poder y perfección” Dice acertadamente William S. Plumer, (Sec. 19). Y a esto solo se accede mediante la Fe.

Por lo tanto entendemos que dentro de esa Sabiduría y Perfección Divinas nos encontramos con que él nos proveyó su “Salvación Integral y Completa”. Sin embargo Dios ha querido aplicarla en tres etapas, y pienso que su objetivo es nuestra participación efectiva como creyentes en dicho proceso. Dios salva al ser humano en tres tiempos: Pasado, presente y futuro. Lo salva de manera definitiva, pero le ha placido hacerlo de manera progresiva.

Lo voy a graficar del siguiente modo:

1. Él nos salvó (tiempo pasado) en nuestro espíritu: Cuando deambulábamos por el mundo huyendo como fugitivos, ciegos y sordos, gobernados por nuestros instintos y pensamientos, metidos en nuestros propios asuntos, ajenos a toda perspectiva divina... “Su Gracia nos alcanzó”. Él le dio vida a nuestro espíritu muerto, abrió nuestros ojos y nuestros oídos espirituales aplicando de manera unilateral la Obra de Cristo Jesús realizada en el Calvario. Hoy él es nuestra realidad y le percibimos con certeza y a partir de allí somos plenamente conscientes de su existencia.

2. Él nos está salvando (tiempo presente) en nuestra alma: Todas las tendencias de nuestra humanidad caída que aún residen en nuestra alma, y que como una fuerza gravitatoria nos presionan hacia lo terrenal, Dios con su infinita Gracia comienza su trabajo de limpieza aplicando la Vida de Resurrección de Jesucristo, que ahora mora en nuestro interior mediante el Espíritu Santo. Pero ya no trabaja de forma unilateral como en la primera etapa, sino que ahora nos convida a nosotros a trabajar con él, pero no forzándonos, sino esperando nuestra respuesta voluntaria.

3. Él efectuará la salvación de nuestro cuerpo (tiempo futuro), y ésta también será una obra hecha exclusivamente por el Señor, porque solo su poder puede, a nuestra carne mortal, vestirla de inmortalidad y darnos cuerpos incorruptibles semejantes al suyo, cuando Él regrese por su esposa.

La caída de la raza adámica se produjo a través del acto voluntario de un ser humano que era “moralmente consciente y responsable”. Pero la salvación de los hijos de Dios es llevada adelante mediante un proceso, en el cual él regenera primeramente el espíritu muerto por la Gracia, y esta resurrección espiritual se produce de manera unilateral porque un muerto no puede resucitarse a sí mismo, de modo que a partir de allí el hombre queda habilitado para trabajar junto al Señor en el siguiente paso que es la salvación del alma, que también es llamada la Santificación, donde Dios nos invita a formar parte de esta segunda etapa que él mismo conducirá, pero donde ya él no va a hacer solo el trabajo, de manera monérgica, sino que ante su accionar nosotros iremos respondiendo voluntariamente a su Palabra y por su Espíritu.

La salvación del alma o santificación, es un proceso constante y progresivo, pero debemos tener bien en claro que no se trata de una técnica o un sistema de desarrollo que nos lleva a la superación personal o a la perfección, porque seguramente esto nos expondría al peligro del orgullo y la soberbia por haber alcanzado cierto grado de superioridad. No, la salvación del alma tiene por objetivo conducirnos a la dependencia de la “perfección de Cristo”, creciendo pero hacia la “humildad y sumisión” a él.

El espíritu ha sido salvo de una vez y para siempre, pero el alma del ser humano, donde radica nuestro yo, debe ir siendo salvado día a día de todo aquello que la envanece. No existe peligro mayor que los vientos de la exaltación soplando sobre la vida de aquellos que creen en Cristo Jesús. La soberbia de la fe es una realidad que podemos hallar en los corazones más insospechados. Para este mal endémico es necesario un quebrantamiento del ego. El salmo 72:12 dice: *El librará al indigente que pide auxilio.*

Sin quebrantamiento o vaciamiento del alma humana no habrá ningún crecimiento en la vida espiritual. Así como no existe el menor rastro de vida espiritual en el “hombre viejo”, o llamado también “el viejo Adán”, tampoco existe ningún “hombre nuevo” sin el constante y permanente vaciamiento de su Alma. La plenitud de la Vida de Resurrección de Cristo solo puede manifestarse en aquellos que viven invariablemente la experiencia del “morir de Cristo” en su alma cada día.

Un día mi espíritu fue resucitado y vivificado de una vez y para siempre, pues el propio Espíritu de Dios vino a

morar en mi espíritu; pero la salvación de mi alma, o sea la salvación de mi propio “YO”, es un proceso que acontece de día en día. Jesús decía sobre este asunto: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígam.* Lucas 9:23.

Estimado lector, si Usted considera seriamente el llamado que Jesús hace en el versículo precedente, la parte que dice: “*Si alguno quiere...*” entenderá que este “*querer*” es el deleitoso deseo que solo puede experimentar aquel que conoce que es “muy amado” por el Señor. Y que nadie puede “*negarse a sí mismo y tomar su Cruz*”, a excepción de aquel que “sabe fehacientemente” que, a pesar de no reunir ningún tipo de condiciones en sí mismo, ha sido y seguirá siendo para siempre muy “amado y aceptado” por Él.

Solo puede tomar su Cruz cada día aquel que tiene la Vida de Cristo morando en su propio espíritu. ¡Ningún ser humano nacido en este mundo podría recibir jamás semejante invitación a menos que desde su interior el Santo Espíritu le conduzca a hacerlo! Entonces lo hará y no solo de manera voluntaria, sino también abrazará esa Cruz con sumo placer.

El alma caída carga con el estigma de recuerdos frustrantes y heridas ulcerosas que sangran permanentemente y que la mantienen asfixiada, llena de rencores y berrinches inadecuados. Por tal razón es necesaria una obra permanente, constante e insistente del Espíritu Santo para desconstruir todo el cúmulo de incoherencias que se desarrollan en toda alma humana desterrada del Edén.

El Apóstol Pablo nos da la “llave” en el libro de Colosenses al proponer lo siguiente: “*Si habéis muerto y resucitado con*

*Cristo*” (acontecimiento histórico, ocurrido hace dos mil años, pues a nosotros también se nos dio muerte allí y fuimos sepultados, y resucitados “juntamente con Él”) ...*Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia.* Colosenses 3:5-6.

Entonces, hago aquí la siguiente pregunta: ¿Quién tiene “la capacidad” para hacer morir la naturaleza terrenal? Solamente aquel que ha sido vivificado en su espíritu por medio del Espíritu Santo. Sin la Vida de Resurrección de Jesucristo actuando en nuestro interior, somos absolutamente incapaces de desarticular o amputar nuestro egoísmo.

La mortificación de la carne no es “un producto” de manufactura humana por más empeño que se le imponga, sino una obra que requiere el poder “sobrenatural” de la Vida de Resurrección de Jesucristo operando permanentemente en nosotros. No existe mortificación sin la Vida de Cristo.

La salvación del Espíritu es instantánea; la salvación del alma lleva un desarrollo diario, continuo y paulatino. Hasta que no tengamos un cuerpo glorificado no tendremos un alma totalmente madura y perfecta. Cuando hablamos de la perfección del creyente en su caminar por este mundo, estamos hablando de su crecimiento; pero este avance nunca se logrará a causa del atolondrado esfuerzo humano, sino en la dependencia de la suficiencia del Señor Jesucristo. Cuanto mayor sea nuestra dependencia de la Gracia del Señor mayor perfección y madurez alcanzaremos en la vida cristiana.

Un creyente maduro no es una persona autónoma e independiente; muy por el contrario, puede desarrollarse en

la vida espiritual alcanzando un estado de madurez, solo creciendo en subordinación a la voluntad de Dios. Un “hombre natural”, como lo llama la Escritura, es alguien que se “auto-conduce”; en cambio, el creyente maduro sabe que es un indigente pero conducido por el Altísimo.

Es interesante ver el contraste que existe entre el índice de medición que utiliza el “hombre natural” y el “altímetro” que se utiliza en el Reino de Dios. El hombre del mundo comienza su acrecentamiento en escala ascendente de 0 a 10; es decir, desde su nacimiento, cuando es completamente dependiente de sus progenitores, avanza en su formación hacia la independencia total cuando éste llega a la madurez. Pero en Cristo la escala de medición es totalmente opuesta. El hombre “nacido de nuevo”, que ha ingresado al proceso de la santificación o salvación del alma, su caminar hacia la madurez en la Gracia de Dios es de 10 a 0, totalmente inversa a la que utiliza el mundo caído. Así ahora va camino hacia su desconstrucción, su vaciamiento y completa dependencia del Señor.

La oración del versículo del Salmo 72, que encabeza este capítulo “...el Señor salvará el alma de los *“pobres”*”, en otras versiones traducen “indigente”, y de acuerdo al concepto bíblico de la palabra, un “pobre” en aquellos días era alguien que no poseía absolutamente nada y que dependía de la misericordia de otro para seguir subsistiendo. Este es el verdadero sentido de la palabra en nuestra actitud como creyentes. Somos tan “carentes” para transitar este terreno que necesitamos una absoluta dependencia del Señor. El Pecado lleva como propuesta la “independencia” y el crecimiento



del ser humano “bajo pecado”, siempre en procura de su elevación; mas la salvación del alma nos invita a la humillación, en sumisión obediente y dependencia constante en amor a Jesucristo.

Algo muy importante y que debemos tener muy en cuenta es que nuestra alma no se santificará por nuestra “obediencia en sí misma”, aunque entendemos que la obediencia sea esencial en este proceso. Siempre es saludable recordar que la “obediencia” solo tendrá sentido si es promovida por la Vida de Cristo que opera en nosotros. Porque existe una “obediencia extraña” financiada por el “ego” y esto no es otra cosa que “egolatría pura” y es completamente incapaz de mantenernos fuera del “altar” o las pasarelas de exhibición. Al “ego” le resulta imposible obedecer sin vanagloriarse.

Y me atrevo a decir en verdad que jamás se hallará a alguien que haya sido salvo por su propia obediencia, sino por la “Obediencia de Cristo Jesús, *quien se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.* Filipenses 2:8. Por tal motivo Él nos ha hecho partícipes de “SU OBEDIENCIA”, para que por medio de dicha obediencia podamos obedecer de corazón, por amor a Aquél quien nos salvó de la rebeldía carnal del pecado tornándonos sumisos a Él.

Podemos decir como Bárbara R. Duguid: “De una manera muy dulce y amorosa, Dios abre nuestros ojos para que podamos arrepentirnos y maravillarnos de que Cristo quiso dejar las Glorias del Cielo, para venir a morir por grandes pecadores como nosotros. Cuando nos encontramos en el

desierto, la Obediencia de Cristo obrada en nuestro favor puede convertirse en una amada doctrina”. Completamente de acuerdo. Es la Obediencia de Cristo por nosotros lo que despierta nuestra obediencia a Él.

Cuando mis ojos se abren para verme a mí mismo y saber cuán incalculable es el grado de pecador que soy, y cuán indigno e inmerecedor de la Gracia de Dios, entonces puedo apreciar cuán enorme es esa “GRACIA” que me mantiene seguro aun a pesar de mis fracasos constantes. Tengamos siempre presente que “el fracaso y la debilidad” son dos ingredientes inseparables e insustituibles en el proceso de la salvación del alma, pues el menor atisbo de autosuficiencia bastaría para anular mi dependencia del Señor.

A pesar del paso de los años y del crecimiento que podamos haber alcanzado, jamás podremos llegar a decir que soy un cristiano maduro, evolucionado y completamente sano, pero sí, que aquello que soy, lo soy por su Gracia. Mis constantes fracasos y frustraciones solo me conducen a apreciar “cuán amado soy por mi Padre” y cuán cuidado soy por la Suficiencia de mi Señor. En sintonía con el Salmista puedo proclamar: *“El Señor es mi Pastor” ¡Ya no quiero más nada!*

¡Gloria a Dios por nuestros fracasos! Esta expresión que pareciera irreverente o un contrasentido, sin embargo no lo es, porque su Gracia opera allí, en nuestras flaquezas. La Vida de Cristo se expresa en nuestra muerte. Su Todo se acrecienta en nuestra nada. Es maravillosa la forma en que Dios actúa. Los santos del Señor nacen desde la impotencia. Agradezca al Señor por sus fracasos, por su impotencia, por sus debilidades, y quiero agregar también, deseando que

no me mal interpreten y se entienda conforme al contexto de lo expresado hasta aquí... agradezca a Dios aun por sus pecados que nos posicionan primeramente a ver nuestra propia miseria y realidad, y a la vez nos conducen a la sumisa dependencia de Él.

“El pecado es la declaración de independencia de Dios formulada por el hombre”; pero la salvación del alma de esos pecados que aún presionan en nosotros es promovida por la renuncia del andar en la autonomía de nosotros mismos, en procura de un “vivir diario” en la absoluta dependencia de Señor.

Soli Deo Gloria!!!



## La Salvación del Alma VII

*Sálvame, oh Dios, porque las aguas han  
entrado hasta el alma. Salmo 69:1.*

Este salmo nos habla del sufrimiento del Mesías frente al terror de la muerte. Y es una figura de su “bautismo en la Cruz”. Muerte que Él mismo decidió asumir, focalizada en la salvación del alma y en la liberación de un pueblo en medio de una humanidad caída y separada de Dios por la arrogancia del pecado. Por más que nos dispongamos a meditar en este asunto jamás lo alcanzaremos a dimensionar en su plenitud, porque es un hecho que trasciende los límites de la comprensión humana.

El clamor de Jesús en Getsemaní es el grito agónico que erupciona desde las profundidades de su alma oprimida por la tristeza de su angustia existencial. Como dice John Trapp: “El Hijo de Dios ha vivido sin pecado, mas no sin tristezas”. *Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Mateo 26:38.* Aquí es donde Jesús, el hombre, vivió su más grande crisis de depresión al asumir la carga del pecado de su pueblo amado y escogido desde la Eternidad pasada.

El alma humana post pecado es una entidad destituida de la comunión con su creador, y en su alienación perdura en su

existencia fabricando medios para intentar de alguna manera satisfacer su falta de identidad. La muerte del Mesías nos habla de la conquista de Jesús no solo sobre el poder aprisionador de la muerte, sino también por la liberación del alma humana esclavizada por los efectos de la rebeldía Edénica. Y esto, aunque nos cueste entenderlo, es el mayor milagro de todos.

Dentro del proceso de la revelación bíblica existe un hecho realmente intrigante en los primeros capítulos del Génesis. Al hablar del aumento del “linaje de los hombres sobre la tierra”, asunto que personalmente considero que se está refiriendo a la descendencia de Caín, cuando hubo un cruzamiento entre los “hijos de Dios” y las “hijas de los hombres”, hubo un casamiento mixto entre dos linajes bien diferenciados. *...viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.* Génesis 6:2.

Comprendo que este texto ha sido interpretado desde otras corrientes de pensamiento, mas para mí se trata del ayuntamiento de los descendientes de Set, la familia de los hijos de Dios, con algunas mujeres de la descendencia de Caín, o sea la familia de los hijos de los hombres. Veo aquí un casamiento mixto. La mezcla de dos culturas diferentes que generaron una especie de gigantes tanto en lo físico como en lo psíquico.

Este cruzamiento ha tenido como consecuencia el engendramiento de un “tipo” de raza definido por la palabra hebrea “*Gibbor*”, por lo cual se los definió como los “*Gibborin*”, que al español, las distintas versiones la vuelcan como “los valientes”, “héroes de renombre” o “poderosos”. Podemos apreciar que esta raza no desapareció en el Diluvio, pues la vemos

surgir nuevamente en la descendencia de Cam, encarnado en *Nimrod, vigoroso cazador delante de Jehová*. Génesis 10:9.

Considerando el contexto del pasaje, este vigoroso o poderoso cazador es descrito por el texto sagrado con una actitud desafiante “*delante de Jehová*”. Entonces yo me pregunto: ¿Qué es aquello que alguien pudiera “cazar” delante del Jehová? No me parece que sean animales, como leones, antílopes o elefantes, no... considero que son almas, sí, las almas de los hombres. La más grande cacería del humanismo no son trofeos de animales, sino las almas vinculadas a la cultura del Anticristo que busca la entronización del ser humano en el panteón de la serpiente teomaníaca. Aquí se desentraña una pista que nos conduce a los orígenes de los grandes megalitos del pasado, como los Zigurat, y todos los lugares altos que fueron elevados en todas las culturas alrededor del mundo antiguo.

Sin embargo el hombre moderno no es diferente, ya que no puede cambiar por sí mismo. Éste, al igual que sus ancestros, busca su trascendencia hoy proyectándose en los podios, los palcos, las plataformas de exhibición y, por qué no también, los púlpitos del presente. Los cazadores de almas son los alpinistas del poder, los arquitectos de pirámides, torres y todo aquello con lo que pudieran lograr auto-elevación y así destacarse del resto.

Esta es la sutil cultura de la “meritocracia” y ha sido por siempre la disciplina de las Élités en sus cursos de postdoctorado en el engaño, para la captura de las almas carentes. Toda criatura nace caída y vacía de significado e identidad en este mundo, pero al mismo tiempo con una efervescencia que le impulsa hacia las cumbres, los domos y las cúpulas.

Todos los seres humanos desembarcamos en este mundo con una furiosa inclinación hacia los tronos y la edificación de altares. Por ello financiamos el ingreso inmediato de los niños a las asignaturas de dominadores del planeta. La vida en la tierra esta subyugada por ambiciones cósmicas y el alma vive construyendo plataformas de lanzamiento para proyectarse como un barrilete que busca el lugar más alto que los demás, y así tornarse más notorio para los espectadores de este dantesco espectáculo de querer ser como Dios.

El alma empoderada es el fruto de la serpiente y de la altivez cultural Nimroideana del Zigurat, que solo invierte en la escalada jerárquica y en la celebridad humana. Nuestra alma se afana por la idea de grandeza, notoriedad, importancia y poder. El alma no regenerada se encuentra embriagada por el anhelo de gloria.

Somos una raza caída, embadurnada con cal. Somos barro pestilente que mientras se revuelca en el polvo ambiciosa conquistar los cielos. Somos el alimento de la serpiente (Génesis 3:14) que vive su mitomanía de la idealización. Fingimos ser lo que no somos ni tenemos condición de serlo, mientras vivimos en la hipótesis apolínea de la perfección. Somos como sapos en el fango que vive la pretensión de ser un príncipe encantado. Este es el cuento de hadas de la altivez del alma humana.

Entonces fue aquí, en este nauseabundo pantano de las ambiciones frustradas donde Cristo Jesús se encarnó. *Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado.* Salmo 69:2. ¿Qué es lo que Él vino a hacer a este mundo caído y depravado?



Vino a salvar las almas ensoberbecidas por el pecado. Vino a salvarnos de nosotros mismos.

Esta generación de almas alucinadas, engañadas, narcisistas, terminó ahogándose en el pozo de la imaginación por la loca pretensión de contemplar una imagen idealizada. La fuerza del egoísmo asfixiante presiona de tal modo que hunde en el maloliente barro a todas las almas que nacen en este mundo regido por la cultura del alpinismo. Pero Dios por su indescriptible Gracia decidió salvar a un pueblo exclusivamente suyo, celoso de buenas obras.

Fue entonces cuando Jesús se encarnó. El Dios de la Eternidad, Puro, Santo, e Incontaminado, no escatimó el tomar la forma del mismo barro en el fangoso lodazal por amor a estos pigmeos terrenales con almas de gigantes, aunque sometidos bajo la implacable ley de la muerte. Fue allí entonces que Él voluntariamente se dirige hacia la Cruz para deshacer las consecuencias producidas por el envenenamiento de la serpiente. La muerte de Jesús tiene el poder de vencer el dominio de la muerte, mientras que a la vez anula los efectos que las toxinas producen en el alma de su pueblo, o sea esa compulsión adictiva de elevarse hacia el altar.

El ser humano creado tricótomo, cuerpo, espíritu y alma, acabó siendo dicotómico con la caída. El espíritu ha sido desconectado de su Creador, mientras que el alma aprisionada en el cuerpo de barro, como una droga-dependiente aspira al podio, en su epopeya de divinización. “... *como dios seréis...*” Serás dios... soy dios.

Jesús llega hasta la Cruz y allí deshace el encantamiento de la serpiente, anulando el sutil poder de la muerte. Luego

desde la tumba abierta, da Vida al espíritu muerto, constituyéndolo en su propia morada que él mismo habita con sumo placer por medio del Espíritu Santo. Mediante esta Vivificación espiritual, la Trinidad inicia en el espacio y el tiempo la Salvación de un pueblo para sí mismo proyectada desde la Eternidad.

Alguien alguna vez ha dicho: “La Gracia está especialmente asociada con los hombres en sus pecados, mientras que la Misericordia generalmente está ligada a los hombres en sus miserias.” Por otra parte, San Agustín busca traer más luz a este trágico cuadro diciendo: “La Gracia de Dios no busca hombres “aptos” para la salvación, sino que los “hace aptos” para recibirla”.

El Apóstol Pablo ve esta frase de la siguiente manera: *Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.* Romanos 8:9. Si ya hemos sido regenerados, el Espíritu Santo es quien toma el control en nuestro espíritu; pero el problema ocurre en que nuestra alma y nuestro cuerpo aún permanecen bajo los efectos de la caída y necesitan que la eficacia de la Salvación comience a aplicarse desde adentro hacia afuera.

Aquí, en esta vivificación, acontece algo muy interesante. Veamos: *Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia.* Romanos 8:10. El cuerpo, que es la vasija de barro que contiene al alma, se encuentra aún bajo el dominio de la muerte; más aún el cuerpo sin el alma solo es un cadáver. Pero la cuestión va mucho más allá: *Y si el Espíritu de aquel*

*que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.* Romanos 8:11. Aquí vemos al Espíritu Santo habitando en su morada, es decir, en nuestro espíritu, salvando nuestro cuerpo mortal. Esta operación salvífica obrada por el Espíritu es de carácter integral, salva el “soma” como la “psique”, porque como hemos visto anteriormente, el cuerpo (soma) sin el alma (psique) no es otra cosa que el cadáver de un difunto.

Por consecuencia podemos ver entonces que la salvación del alma es un proceso permanente donde el Espíritu Santo opera desde adentro hacia el alma, mientras que ésta responde en obediencia pero de manera voluntaria y placentera. No se trata de una acción unilateral por parte del Espíritu Santo como en el caso de la regeneración, sino que es un acto que conlleva la coparticipación y correspondencia del creyente, que ya es espiritualmente salvo, cooperando con la Obra del Espíritu Santo en el propósito de desintoxicación de toda la basura acumulada en los escondrijos más recónditos de la memoria de su alma que quedaron instalados durante el tiempo de su historia<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: Considero importante para el entendimiento del lector, que esta operación salvífica realizada por el Espíritu de Dios en el alma del creyente, esperando su participación efectiva durante el proceso, no es la ejecución de un procedimiento forzado o regentado mediante una ley exigente que amenaza con severidad bajo temor a un castigo si no obedece. No, sino muy por el contrario, es la sutil conquista del Amor de Cristo que, sin ejercer violencia, rigores o asperezas, nos va atrayendo muy delicadamente con su Amor. El Amor de Cristo es la energía más poderosa del universo, pero no es violenta, no somete, ni ultraja; sin embargo, desmorona toda resistencia y atrae nuestro corazón de tal modo que nuestra voluntad se entrega al deseo de amar lo mismo que Dios ama. Esta es la Obra de Cristo en nosotros.

D. W. Dyer, en su libro “De Gloria en Gloria” dice: “Como Usted debe haber supuesto, este proceso continuo de salvación está sucediendo ahora en nuestra “segunda parte”, o sea en nuestra alma. Cuando nacemos de nuevo, nuestra “primera parte”, es decir nuestro espíritu, ya ha sido salvado. En el futuro, cuando el Señor Jesús regrese por nosotros en su Gloria, nos salvará transformando nuestra “tercera parte”, o sea nuestro cuerpo. Pero hoy, Él está haciendo un trabajo paulatino y continuo en nuestra “segunda parte”, nuestra alma. Sin embargo esta etapa es “sinérgica” y significa que Dios y el creyente trabajan juntos.

Podemos ver cómo todo este proceso se desarrolla adecuadamente en la vida cristiana, en los siguientes versículos de la Escritura: *Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.* Romanos 8:12-13.

Todo el proyecto de Dios es sustituir, poco a poco, nuestra vida terrena y corrupta por su Vida Eterna y Gloriosa. Este es el significado del término “salvación del alma”. Fui salvado ya en mi espíritu, estoy siendo salvado hoy en mi alma, y seré salvo en mi cuerpo. Amén.

## La Salvación del Alma VIII

*Nuestra alma escapó cual ave del lazo de los  
cazadores; se rompió el lazo, y escapamos  
nosotros. Salmo 124:7.*

Hemos caminado hasta aquí por el sendero de la salvación del alma, buscando comprender primeramente que, cuando el Señor creó al hombre, lo conformó básicamente en tres esferas distintas: Cuerpo, espíritu y alma, lo que lo hace un ser “tricótomo”. Pero en consecuencia de su caída en pecado, éste se tornó en un ser “dicotómico” (Cuerpo y Alma) como resultado de su muerte espiritual.

El cuerpo de Adán fue hecho del polvo de la tierra, al que Dios le insufló el “aliento o espíritu de Vidas”, resultando el ser humano en un “alma viviente”. El cuerpo, biológicamente se relacionaba con el mundo físico, mientras que el espíritu servía para relacionarse con Dios, quien es Espíritu en sí mismo. El alma era quien servía de intermediario entre ambas esferas, la física y la espiritual. Como consecuencia de la ruina provocada por su pecado, el espíritu quedó desconectado de Dios perdiendo su función espiritual. A partir de allí, con el espíritu muerto, el alma pretende desempeñar esta función “espiritual”.

En razón de este trágico acontecimiento, muchos frecuentemente consideramos que los seres humanos están compuestos de una parte material y otra inmaterial. Estos dos componentes son muchas veces expresados con la dualidad de “cuerpo y alma” o “cuerpo y mente”, dando un enfoque dicotomizado del ser, y ampliamente aceptado.

Sin embargo, lo más trágico de todo esto es que el hombre, en este estado caído, no tiene posibilidad de comprender la realidad espiritual. Su mente “natural” o “psíquica”<sup>1</sup> no puede percibir aquello que es “espiritual”, simplemente porque no hay “vida espiritual” en el espíritu muerto de todo ser humano desterrado de Edén. Así también, el alma caída quedó separada de Dios, más aún, degradó en un estado profundamente caótico y absolutamente contaminada. Por esta razón, antes de que el Señor pueda comenzar su proceso de la salvación del alma, precisa primero dar Vida al espíritu muerto mediante la regeneración o nuevo nacimiento, operado por medio del Espíritu Santo<sup>2</sup>.

Hasta aquí hemos descrito al ser humano en su composición de acuerdo al orden en que fue creado, primero el cuerpo, luego el espíritu y finalmente el alma. Pero vemos que por causa del pecado su espíritu murió, pasando desde allí en adelante a ser cuerpo y alma. Lo interesante de todo esto es que con la regeneración espiritual o el nuevo nacimiento ocurre la vivificación del espíritu muerto, cambiando, a

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: 1 Cor 2:14: Cuando en el siguiente pasaje dice: “*pero hombre natural*”, la palabra “natural” es traducido de la palabra griega ψυχικός (psíquico) que sería también “almático”, o sea aquel hombre que vive exclusivamente en los designios de su alma, careciendo de vida espiritual.

<sup>2</sup> Efesios 2:5.

partir de allí, el orden de todo nuestro entendimiento, haciendo que ahora el ser humano sea visto como “espíritu, alma y cuerpo”.

A Pablo, el apóstol, le fue revelado por el Espíritu Santo este procedimiento de salvación, por lo cual se dispuso a describirlo de este modo, desde adentro hacia afuera: *Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.* 1 Tesalonicenses 5:23.

Antes, nuestra comprensión era desde afuera hacia adentro, de lo concreto hacia lo abstracto, mas nunca llegaba hasta el espíritu, pues estaba muerto, o sea desconectado de Dios. Mas ahora comienza desde adentro hacia afuera, de lo espiritual a lo racional, y de allí hacia la vivencia física. Por lo tanto, el verdadero creyente peregrina en su vivir, desde el espíritu hacia el alma, y mediante ésta desempeñará su expresión corporal en su modo de ser existencial.

El Espíritu Santo viene a habitar en lo más íntimo del creyente, es decir, en el espíritu que ha sido vivificado, y desde allí obra por medio de la Palabra para producir la reacción del creyente en el proceso de la salvación de su alma. La Vida de Resurrección de Jesucristo se establece como la matriz para la santificación del creyente que “ya ha sido salvado”.

“La salvación del alma no es un acto aislado o un único evento, sino que es parte de un proceso al cual debemos prestarle suma atención”. En esta área del procedimiento, Dios no quiso trabajar solo, como en el caso de la creación del mundo o en la regeneración del espíritu, sino que es una obra donde el creyente es convidado a participar en esta operación

divina. Aquí el Espíritu de Dios comunica la vida al espíritu humano, mientras que a la vez, el hombre responde desde adentro hacia afuera.

Nuestros padres pecaron justo en el momento en que se hallaban fuera de la intimidad con Dios. Fue un tiempo de desatención cuando recibieron la visita de la serpiente. Ambos fueron seducidos con el deseo de adquirir “conocimiento”, como lo muestra el texto siguiente: *Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.* Génesis 3:6.

Examinando la agenda de la pareja, parece que la ingrata visita se produjo a la hora del crepúsculo, porque el Señor, de acuerdo a las Escrituras tenía comunión con ellos por la mañana. Pues cuando ellos *...oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.* Génesis 3:8.

La historia del “pecado” encierra una maraña de enredos con múltiples escondrijos. De allí en adelante, el alma habría de ser la protagonista con máscaras, disfraces y libretos, buscando ocultar su descalificada e inadecuada identidad, disfrazándose con atuendos idealizados en el engañoso drama de la serpiente. Todo indicaría que existió una noche amarga y oscura del alma humana, entre la desobediencia de la pareja y el ajuste de cuentas de la mañana siguiente.

El alma desalojada de la presencia de Dios sufre en medio de las angustiantes tinieblas de la tristeza. Aquí se halla el epicentro de su desesperación existencial, que impulsa a



todo ser humano en procura de paliar el sufrimiento mediante el agotador e ineficaz dinamismo de la religión.

El alma fuera de la presencia divina vive la mitomanía de la serpiente de pretender ser como Dios. Padece un síndrome de impotencia, autonomía e independencia rigiendo la conducta de alguien que no sabe qué hacer en el terror de una noche tenebrosa.

El alma vive en un completo caos existencial. El ser humano pos pecado es un tablero de complejidades idealizadas, y cuando esto viene mezclado con las tendencias genéticas, tradiciones culturales y traumas personales dan a luz todo tipo de reacciones confusas que dejan al alma sin posibilidad de un diagnóstico cierto.

Absolutamente toda alma en su naturaleza adámica viva y activa, sufre algún tipo de duda, desorden o dolencia psíquica en distinto grado. Las estadísticas pueden variar, pero no hay error en la evaluación. Podemos afirmar con certeza que el 100% de la población mundial padece alguna anomalía seria en su "personalidad". No existe nadie, "en Adán", psicológicamente hablando, que sea perfectamente saludable. Parece algo exagerado pero es real.

Vean el diagnóstico que da el Señor mediante su profeta, sobre el alma del pueblo de Israel, su propio pueblo: *¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente.* Isaías 1:5.

Este es el verdadero diagnóstico para el ser humano, por lo cual es necesario que sea diligentemente atendido para la salvación del alma. Solo cuando nuestro espíritu fue vivificado por el Espíritu Santo de Dios, quedamos habilitados y

en condiciones de procesar la extracción de toda basura almacenada en los escaparates de nuestra historia psíquica.

Supongamos que yo sea portador de “trastorno de personalidad narcisista”, pero Dios ha regenerado mi espíritu. Convengamos que esta patología está caracterizada por una visión exagerada de sí mismo (cuadro clínico llamado “Grandiosidad”). Pregunto: ¿Cómo debería ser tratado en mi anomalía? ¿Cómo podría ser libertado de esa egolatría que me hace semejante a un “pavo real exhibiéndome en el palco de la vida”?

Las personas que padecen dicho trastorno esperan siempre ser tratadas con deferencias y adulaciones, sin embargo, ellas sí pueden explorar y juzgar a las otras, porque suponen que su superioridad lo justifica. Las relaciones de éstas se caracterizan por la necesidad de admiración, mientras que a la vez piensan que los demás sienten celos o envidia de ellas.

Pero ahora que he sido salvo en mi espíritu cuento con el poder de la Vida de Cristo que habita mí, y me capacita para creer y obedecer la Palabra de Dios.

En el Jardín del Edén el espíritu de Adán podía tener comunicación con el Espíritu de Dios, pero la Trinidad nunca llegó a habitar en el hombre. Por tanto, hubo una brecha o espacio de tiempo para que aconteciera la caída o separación de Dios.

Mas por el nuevo nacimiento, en virtud de la Obra de Cristo en la Cruz, la Trinidad toma el control y posiciona al espíritu humano en la dirección correcta, y ahora ya regenerado, financia desde allí una operación capaz de ser correspondida por el creyente necesitado.

Toda persona de alma débil es dependiente interiormente del Todo Poderoso y reúne las condiciones para corresponder perfectamente al proceso de salvación de su alma. En el Salmo 72:13, el salmista dice: *Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso. Y salvará la vida de los pobres.* Pero si el alma aún mantiene su altivez y no alcanza a ver con clara consciencia su verdadera flaqueza y miseria, Dios patrocinará su humillación por medio de la Obra de la Cruz, a fin de que cobre consciencia cierta de su realidad.

Aquellos demasiado orgullosos, Dios necesita humillar. El va a trabajar continuamente en sus vidas y expondrá sus flaquezas de muchas formas.

Si hemos sido salvos en nuestro espíritu por la “muerte de Cristo Crucificado”, entonces podemos ir siendo salvados en nuestra alma por la “Vida de Cristo Resucitado” manifestada en nuestro hombre interior. Por tanto, a causa de nuestras flaquezas, llevamos siempre en nosotros la muerte de Cristo: *Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.* 2 Corintios 4:10.

La salvación de nuestra alma recorrerá un camino de quebrantos permanentes, hasta que aprendamos a vivir en plena dependencia de nuestro Padre. Dios por su Amor y su Gracia irá demoliendo toda confianza puesta en nosotros mismos para hacernos enteramente dependientes de Él. “Apropiarnos de todo aquello que Jesús compró para nosotros requiere de nuestra parte Fe y Obediencia. Él ya ha hecho su parte, pagó enteramente todo el precio de nuestra redención”. Ahora, por nuestra parte, solo es necesario creer y obedecer. Amén.



# La Salvación del Alma IX

*Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. Romanos 13:11.*

Muchos piensan que la salvación es únicamente el nuevo nacimiento, y en realidad lo es, porque a partir de allí el ser humano completo, espíritu, alma y cuerpo pasa a ser propiedad de Jesucristo, quien nos compró pagando el precio de nuestra redención, nos justificó poniéndonos “en pie”<sup>1</sup> sobre la base de la Justicia de Cristo y nos trasladó “del reino de las tinieblas al Reino de su Amado Hijo”<sup>2</sup>, por lo cual ahora Dios nos ve no solo en la “posición en Cristo”, sino también nos ve como si viera al “Propio Cristo”. Si bien esto es algo totalmente consolador, aún así este Nuevo Nacimiento no debe verse como “una meta en sí misma”, sino como el “punto

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: 1 Juan 5:19: *Sabemos que somos de Dios, y que todo el mundo yace bajo el poder del maligno.* Es sumamente importante conocer cuál es nuestra verdadera “posición legal”. Es una terminología forense, en la cual nos estableció el Señor por el nuevo nacimiento. Dios nos ha dado un nuevo “origen” en Cristo, y ahora estamos posicionados legalmente y “en pie”, sobre la base de la Justicia de Cristo (Romanos 5:19); y esto a diferencia del mundo caído que “yace bajo”, o sea postrado, no está en pie, apenas se arrastra esclavizado bajo el poder de Satanás, quien opera en ellos a través de su “simiente” o sea, el “viejo hombre” que los habita.

<sup>2</sup> Colosenses 1:13.

de partida”. Debemos entender que, aunque somos enteramente de su propiedad al momento en que nacemos de nuevo, existen áreas en el ser humano que deben ser transformadas. Por tal razón, es necesario ver la salvación en términos más amplios, no solo como una experiencia pasada acontecida en nuestra historia, sino también como un proceso que continúa operando durante el tiempo presente.

En este estudio estamos abordando la salvación en sus tres tiempos: pasado, presente y futuro, o sea la salvación que ha tenido lugar en el espíritu, la que está teniendo lugar en nuestra alma y aquella que alcanzará a nuestro cuerpo. Hemos sido salvos de la condenación del pecado en nuestro espíritu por el nuevo nacimiento, y con base en la muerte del Señor sobre la Cruz; estamos siendo salvados en el presente, del poder del pecado en nuestra alma, por medio de la Vida de Resurrección de Cristo que hoy opera en nosotros; y seremos salvos para siempre de la presencia del pecado en nuestro cuerpo cuando el Señor regrese por nosotros.

En el texto que encabeza el presente capítulo, Pablo, hablando a la iglesia de Roma estimula a los hermanos exhortándolos a estar alerta, tanto en la vida espiritual como en la pureza moral. El tiempo es corto, no solo en lo personal sino también porque la “dispensación de la gracia” está llegando a su fin, por lo cual todo letargo o distracción en lo pueril y temporal debería dejarse a un lado, puesto que nuestra Salvación está más próxima que nunca. Nuestro Señor viene por nosotros a llevarnos a la casa del Padre.

El apóstol le está hablando a creyentes que ya han sido salvados, cuyos espíritus fueron regenerados y poseen la

vida de Cristo. Por esta razón deben permanecer bien alertas en sus almas, pues la salvación completa se está cumpliendo. Él se está refiriendo al tiempo como un “*kairos*” divino, un momento específico determinado por el Señor y en este proceso de maduración él les advierte: La noche está avanzada, y se acerca el día. *Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz.* Romanos 13:12.

Podemos ver en esta advertencia que Pablo compara esta “era presente” con una noche de pecado que está llegando a su fin, porque ya se percibe, aunque tenue, una pequeña franja de luz en el horizonte que pregona el pronto amanecer para los creyentes en Cristo. Esto significa que debemos descartar de una vez por todas el resto de basura acumulada en nuestra historia, y todo aquello que aún nos mantiene como “esclavos de la cultura de este mundo pervertido”.

Todos los hijos de Dios que han sido regenerados en el espíritu aún llevan recuerdos desagradables y costumbres que aprisionan sus almas. Aunque hemos sido salvos de la condenación del pecado los efectos purificadores de la salvación aún no han alcanzado nuestras almas librándolas de manera completa del poder de ese pecado. Por tal razón el Espíritu Santo nos habilita por la Gracia a participar de manera activa en este proceso de erradicación de traumas y pecados.

El ser humano posee un alma muy poderosa y ésta ha tomado la conducción de sus vidas con autonomía. Esto no solo le ha sucedido al mundo, sino que también ocurre en los hijos de Dios, porque siempre está presente “la tendencia” a la autodeterminación. Poseemos un alma altiva y con un carácter en constante resistencia a la dependencia del Espíritu

Santo. De la misma manera en que vivimos siendo atraídos por la fuerza de gravedad hacia el centro de la tierra, también en el alma existe una fuerza que la hace proclive a actuar siempre por cuenta propia y es muy reacia a someterse al gobierno del Señor; por esto necesitamos un quebrantamiento de lo alto y de sucesivas dosis de disciplina divina. La Trinidad continuará trabajando en nosotros por medio de nuestro espíritu, de manera que iremos soltando, paulatinamente, todos aquellos hábitos de las tinieblas mientras nos vamos revistiendo de las armas de luz.

Por tanto el apóstol afirma: *Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.* Romanos 13:13-14.

Este texto que hemos citado de la carta a los Romanos fue el pasaje que el Espíritu Santo utilizó para salvar a Agustín de Hipona. Este hombre tenía una madre muy piadosa y un padre pervertido, pero lo peor de todo era su propia naturaleza perversa. Él era un pecador inmundo. Existen pecados “considerados nobles” cometidos por gente refinada que, aunque están irremediabilmente perdidos, como son parte de una elite moral, para la mayoría son tolerados; más existe otro bando de pecadores depravados que no poseen nada a su favor y son para la sociedad completamente despreciables.

Agustín pertenecía a este último segmento de pecadores carnales y promiscuos de la raza caída. Un día oyó cantar a unos niños, mientras jugaban haciendo una rueda, un cántico que decía: *Tome y lea...* En ese momento, la letra de la canción le hizo recordar que alguien le había entregado un



papel como presente; entonces lo sacó de su bolsillo, lo abrió y pudo leer un texto escrito de la carta a los Romanos. Cuando lo leyó, la Gracia de Dios abrió su corazón y el Espíritu Santo lo regeneró.

Desde allí en adelante Agustín comenzó el dinámico proceso de la salvación de su alma valiéndose de la base del mismo texto. El Espíritu Santo comenzó su labor activa para que él fuese progresivamente removiendo toda basura acumulada en su alma. Este joven rápidamente pasó a obedecer la voz del Espíritu de Dios dirigida por la Palabra de Vida.

Pablo exhorta a los creyentes a librar el alma de escombros acumulados para caminar a paso firme a la luz del día. Que no se proyecten sombras ni escondrijos, tampoco excesos y faltas de sobriedad. Evitando las trasnochadas fiestas, embriagueces y glotonerías. Apartándonos de todo exceso, libertinaje, sobre todo de inmoralidad sexual, las lujurias, los ultrajes, enfrentamientos y provocaciones, disputas, partidismos ideológicos, rivalidades, contiendas y celos.

Toda impureza del tiempo pasado, toda mugre residual de costumbres antiguas y toda bazofia remanente de la vieja cultura necesitan ser extirpadas de los almacenes del alma. El trabajo de limpieza no solo debe ser diario, sino constante y permanente.

Ya no queda más lugar en nuestro ser para cosas enmohecidas o llenas de ácaros. El alma del redimido es un espacio que necesita de manera constante y permanente, nuevos aires de renovación y transformación.

La salvación del alma implica una renovación de la mente: *No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio*

*de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.* Romanos 12:2.

El término griego para transformación es “metamorphouste”, que en el presente contexto no solo implica un cambio de forma, sino una profunda y completa transformación “del corazón y carácter” de la persona. Éste es un proceso continuo donde el ser humano va perdiendo la semejanza de Adán<sup>3</sup> al tiempo que va transformando su ser en la semejanza de Cristo<sup>4</sup>, y en cuyo proceso él participa como un cooperador activo junto con Dios.

El Cristo que mora en nuestro espíritu tiene el propósito de cohabitar y conducir nuestra vida a través de nuestra alma. Pero como jamás violará nuestra voluntad, él continuará su labor de desconstrucción y reconstrucción e irá estableciéndose muy de a poco en nuestro ser, en la medida de que le vayamos otorgando voluntariamente el espacio día a día. Nuestra mente sufre un proceso de constante renovación por medio de una estrecha relación en la cual el Espíritu Santo obra, y nosotros correspondemos a ese obrar obedeciendo a Dios.

El mayor obstáculo es la dureza de nuestro “yo”, y esto se debe a que aún arrastramos el viejo estilo de vida que llevábamos antes de la regeneración, y aún acumulamos ese bagaje de autosuficiencia e independencia que no es fácil de ser desechado. Todo aquel que aprendió a vivir en el poder del alma difícilmente renunciará a esa autonomía de vida de un día para otro. Generalmente será necesario que el Señor permita

---

<sup>3</sup> Génesis 5:2.

<sup>4</sup> 2 Corintios 3:18.

que se frustré o lo conduzca al desprecio de sí mismo por su autogobierno independiente.

Aquellas almas más “autosuficientes” están necesitando de parte de Dios una medicina de humillación de mayor rigor. En estos casos Él trabajará con mayor esmero en sus vidas a fin de que sean quebrantadas. En tanto aquellas que “brillan por su capacidad”, Dios trabajará insistentemente a través de continuas frustraciones a fin de que se rindan enteramente a la suficiencia de Cristo

El Apóstol Santiago dice: “*Dios resiste a los soberbios*”; él no dice que Dios es indiferente o que lo deja pasar. Existe una fuerte oposición de Dios ante el alma arrogante. El tratará con el orgullo humano dando un golpe tras otro hasta transformarlo en “polvo” (Salmo 103:14). A partir de allí, el diestro alfarero podrá transformar ese barro en un vaso útil para su servicio.

¡Nunca seamos desconsiderados en esto!

La salvación de nuestra alma implica un quebrantamiento del ego. Ya no más “yo”, sino Cristo; ésta es la clave de este proceso. Es necesario que nuestra propia fuerza, nuestras capacidades, nuestras habilidades y nuestra autoconfianza lleguen a su fin, para que podamos ser usados en plenitud para la gloria del Padre. Todo rastro de egocentrismo será tratado por el Señor mediante el quebranto, pues Él quiere salvarnos de nosotros mismos.

La regeneración o salvación aplicada a nuestro espíritu lleva como objetivo librarnos de la “condenación” del pecado; en cambio la salvación del alma es el proceso que el Señor conduce para la paulatina liberación del “poder” que aún ejerce el pecado en nuestra manera de vivir.

Saulo de Tarso, inmediatamente después de su conversión, como es natural, intentó trabajar para Dios. Ni bien había roto la cáscara del huevo, salió catapultado procurando convertir a Cristo a todos los judíos de Damasco, pero... en la fuerza de su alma. *Pero Saulo mucho mas se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo.* Hechos 9:22.

Muy pronto llegó la persecución y se vio obligado a huir. Saulo, el judío cuyo nombre significa el “deseado o elegido” sale de la escena por tres años gracias a la providencia del Señor, pero cuando reaparece ya era diferente, su nombre ahora era Pablo, cuyo significado es “pequeño”. Éste retorna su labor, pero en una postura mansa y dócil haciendo gala de su nombre nuevo. A partir de allí él ya no quiere salir atropellando con sus propias fuerzas y a las apuradas trabajar para el Señor, pues aprendió durante sus años de soledad a percibir a Dios trabajando en él y a través de él. Saulo había muerto. Ahora es Cristo quien se manifiesta en Pablo.

Miremos lo que él mismo dice: *Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.* 1 Corintios 15:10.

La salvación del alma tiene ese propósito y quizás la expresión de Juan el Bautista tenga la afirmación más clara al respecto: *Es necesario que él crezca, pero que yo mengue.* Juan 3:30.

“Cuanto más elevado sea la posición del hombre en la Gracia, tanto menor se verá él mismo a sus propios ojos”.  
C. H. Spurgeon.

# La Salvación del Alma X

*Jehová guarda a los sencillos; estaba yo postrado,  
y me salvó. Vuelve, oh alma mía, a tu reposo,  
porque Jehová te ha hecho bien. Salmo 116:6-7.*

Este cántico es una proclama profética de gran alegría ante la obra realizada por el Mesías. Después de la Resurrección de Cristo se abre un nuevo horizonte para su pueblo. El alma del ser humano, antes angustiada y deprimida, queda ahora habilitada para regresar a su lugar de descanso. La Gracia, fluyendo en abundancia, es puesta a disposición del depresivo.

Luego de la “caída de Adán”, el alma tomando todo el control, reposicionó su brújula y encaminó su derrotero hacia las montañas. Somos una raza de alpinistas, siempre en procura de alcanzar las cumbres como si fueran tronos. Hay una maliciosa toxina que circula por las venas de todo ser humano caído, y es el virus del altar: “Y seréis como dios”. Estamos infectados por un sutil deseo de grandeza y si no la alcanzamos caemos en el pozo sumidos en una angustiada depresión.

Vivimos en una perturbadora ambivalencia; o nos ufanamos de habitar en una “cima imaginaria”, o por el contrario, en la fosa existencial sufriendo siempre una existencia

vacía de significado. Pertenece a una raza desconcertante que pretende conquistar el arco iris eterno; por esta razón nos tornamos más susceptibles a los desencantos. Nuestra historia, la mayoría de las veces se asemeja en gran manera al viejo cuento de “príncipes que se convierten en sapos”, transcurriendo nuestras vidas croando en los cenagosos pantanos de la depresión.

Nacemos aquí, en este maravilloso planeta azul conquistado por almas ambiciosas, pero muy propensas a los reveses de la vida que las convierte en intolerantes, resentidas e hirientes. Aunque nuestras aspiraciones sean los podios más insospechados, sin embargo, entre bastidores, perdemos completamente el control a causa de nuestro estresante complejo de inferioridad. El alma caída en el Edén padece de una patología crónica, de un inconmensurable miedo al rechazo, por lo cual transita su existencia representando un personaje ilusorio y así llamar la atención desde las plateas.

Ese grito sofocado en busca de aplausos no es otra cosa que la expresión más evidente de un ser perdido en sí mismo, que no logra alcanzar reposo y felicidad en nada que le ofrece este mundo caído, porque sabe que finalmente su destino quedará restringido a una fría lápida grabada con una inscripción que dice: “Yace aquí...” Una vida así no tiene sentido.

Por esta razón el salmista exclama: *Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Jehová te ha hecho bien.* Con más razón los hombres del día presente, frente al impactante testimonio de “aquella tumba vacía y el cuerpo del difunto levantado ‘de entre los muertos’ que sale andando en el frescor de la madrugada”, descubren que la historia humana ya no está limitada a

un simple entierro con una lápida escrita. Aquel que abrió la tumba desde adentro, es el mismo que abrió también las puertas de la “esperanza”, para que el desanimado y abatido se apropie de este supremo motivo de alegría, y que toda alma deprimida pueda danzar con regocijo en esta fiesta del Señor.

El miedo, el primer síntoma que manifestó el alma desterrada y que pasó a ser un implacable carcelero, perdió su poder. Nuestra temerosa cobardía que nos impulsaba a ocultarnos en los lugares oscuros temblando fue desalojada, y ahora podemos disfrutar libremente de la radiante luz del día. Existe una cura real para todas las “fobias del alma” y es que Jesucristo te aceptó en la Cruz tal cual eres, te aceptó y canceló todas tus deudas. Ya no precisas estar mendigando la aceptación de los demás, porque has sido aceptado por aquél que es único y sin igual.

¡Sí, existe verdadera cura para el alma que se recluye temblorosa en lo profundo de su ser! Cuando antes nos ocultábamos del “¿Qué dirán?” de los demás por temor a no ser aceptados, ahora podemos salir de nuestra guarida e ingresar con toda confianza a la sala del Trono y recibir los especiales cuidados de Aquél que nos Ama incondicionalmente y con Amor Eterno.

La salvación del alma es un programa de recuperación total para el creyente. Aquel que por la Gracia ha sido salvo en el espíritu cuenta con la absoluta garantía<sup>1</sup> de que el que

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: ...Y habiendo creído en él fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las “arras” de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su Gloria. Efesios 1:13-14. Esta maravillosa declaración que el Señor deja por escrito en su Palabra inerrante a través del apóstol, nos llena de confianza y absoluto descanso en la Obra Consumada del

comenzó la buena obra en nosotros la concluirá completamente. Jesús es un especialista en el tratamiento de todo tipo de patologías de aquellos que son atraídos hacia él. ¿Acaso el creador del ser humano no sabrá cuál será la terapia oportuna que precisa cada caso? Jesús no salva únicamente almas altivas por medio del quebranto, sino que también salva las depresivas abriendo frente a ellas los Portales de la Gloria.

Para aquellos que llegan a la Casa del Padre con un alma soberbia, él financiará su quebrantamiento y demolición total hasta reconocer que somos polvo; sin embargo, aquellas almas que llegan mutiladas y con heridas aún sangrantes, él las sanará completamente. El salmista exclama: *Estaba yo postrado (en mi alma), y me salvó.* Salmo 116:6.

Todos aquellos que han sido “regenerados espiritualmente” cuentan con la absoluta certeza que el Señor puede salvarles “psicológicamente”. ¡Si aún estás padeciendo algún tipo de timidez, quizás porque no fuiste aceptado por tus padres o tal vez has sido siempre rechazado y violentado en tus sentimientos, solo debes salir de allí y dirigirte hacia el “salón de fiestas” a celebrar con júbilo, porque has sido plenamente aceptado en Cristo Jesús!

Quiero volver a la frase del Salmo que dice; *Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Jehová te ha hecho bien.* El salmista

---

Cordero. La palabra “arras” viene de la lengua griega “arrabón” y se usaba como el sello que garantizaba que algo había sido del Cordero. La palabra “arras” viene de la lengua griega “arrabón” y se usaba como el sello que garantizaba que algo había sido adquirido, pagado y ya era propiedad del comprador. En las tres ocasiones que Pablo usa esta palabra, la relaciona con el Espíritu Santo que hoy ha hecho de nosotros su “habitación permanente y para siempre”. Efesios 3:17. El Espíritu Santo en el creyente no solo garantiza que somos de su propiedad, sino también que perfeccionará y completará la obra que Él mismo ha comenzado en nosotros.



aquí hace una auto-reflexión, como dialogando con su propia alma, y determina regresar al exclusivo lugar de reposo seguro, pues él experimentó la inconmensurable grandeza y magnanimidad de la Persona de Cristo en su corazón. Y este lugar de “reposo” es el seno de El-Shadai<sup>2</sup>.

En otro Salmo, el poeta, después de confesar que no hubo actuado con soberbia, declara en estos términos con paz en el corazón: *En verdad que me he comportado y he acallado mi alma. Como un niño destetado de su madre; como un niño destetado está mi alma.* Salmo 131:2. En estos dos Salmos encontramos dos percepciones distintas. La primera es la generosidad del Señor para con el alma angustiada. En la segunda vemos el apaciguamiento de la afanosa alma agitada como un bebe que satisfizo su hambre, reposando imperturbable en el seno de su madre. Estos son dos aspectos de la verdad que van de la mano y marchan juntos en la salvación del alma. Son dos visiones del mismo programa divino y ambas son imprescindibles para su desarrollo. Por un lado el “Señor quiere” libertarnos, y por otro, que en nosotros haya un anhelo también por ser liberados.

Si el mismo Dios es quien quiere curarme de esos horribles trastornos que atormentan mi vivir ¿por qué aún insisto en seguir cultivando esa timidez que me fue implantada por las circunstancias de la vida? ¡No! Ya no necesitamos seguir viviendo en el temor de la gente, pues hemos sido “aceptos” por la Gracia de Dios.

---

<sup>2</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: El nombre El-Shaddai significa: El Dios Todopoderoso y Omnipotente, aquél que todo lo provee. La mentalidad de los hebreos percibía en ese nombre: “El Dios de los grandes pechos que te amamanta”, y aparte de Él, no necesitas más nada.

Y este mismo tratamiento de fe puesta sobre la verdad de Dios no solo se aplica a la timidez, sino también es válido para sanar mis conflictos de culpa y de vergüenza. Muchos viven reclusos en las bodegas del alma, alimentando la culpa y la vergüenza, porque ignoran que el Cordero Divino, que quita el pecado del mundo y que también llevó sobre sus espaldas mis miedos, mi culpa y mi vergüenza, ya ha consumado su Obra.

Existe un gran número de creyentes que no predicán el Evangelio porque tienen miedo o vergüenza quizás por ser motivo de burlas. Tienen pánico del escarnio y de lo que los otros puedan decir al respecto. Este silencio fóbico, abarrotado de culpas, revela un alma saturada de vergüenza por causa de la baja estima distorsionada, fruto de una cultura enferma atiborrada de sofismas y preconceptos maliciosos.

Un viejo himno cristiano tiene una frase que dice: *¿Sabes hablar de todo aquello que en el mundo hay; más ni una palabra de Dios, que es quién todo lo da?* Entonces nos preguntamos: *¿Por qué este silencio? ¿Por qué este apocado retraimiento?* Es porque nuestro interior se halla en estado de indigencia y somos carentes aún de salvación en nuestra alma, para poder testificar libremente de la grandiosidad inigualable de la Gracia de Cristo. Debemos tomar consciencia y abandonar nuestra guarida.

La terapia divina de la Salvación del Alma es aplicada con eficacia para tratar tanto en las alturas de los montes como en la depresión de los valles, pues el profeta es bien categórico con la metáfora: *Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane.* Isaías 40:4.

Aquí vemos que Cristo quiere poner su equilibrio y armonía en las perturbadoras irregularidades de nuestro ser interior.

La Biblia nos muestra que el Señor está en contra de aquel que se exhibe con un “porte altivo”, con un alma atestada de sí misma que pretende “dar las cartas” en la Obra del Señor; más también se opone a aquella alma que es como la hierba rastrera, que se avergüenza de su Señor y deja de ser parte en la misión evangelizadora por miedo a ser criticado o ser tildado de gente fanática e irrelevante.

El Señor siempre que se comunica con nosotros lo hace mediante nuestro espíritu; pero cuando Él quiere comunicarse a través nuestro con otras personas se expresa mediante el alma, por lo cual ésta siempre debería estar presta y atenta a la conducción del Señor; pero muchas veces ocurre que en ese preciso momento en que Dios nos concede el privilegio de usarnos y expresarse a través nuestro, es cuando brota, como hierva mala, la timidez por miedo al rechazo creando así un impedimento para que Cristo mismo hable a través de nuestras vidas.

La salvación del alma tiene como propósito “salvar al creyente”, tanto del esnobismo de aquellos que con arrogancia y pedantería se perciben a sí mismos como gente “distinguida y elevada” en relación a sus hermanos, así como de aquellos otros cuyas almas se contraen en el temor huyendo a ocultarse entre las sombras por la vergüenza de “sentirse” exhibidos en sus flaquezas. Tanto los montes altos como los valles profundos requieren el paso de la motoniveladora de la Cruz de Cristo.

En el Reino de Dios no hay lugar para los cedros del Líbano que sobresalen empinados, duros e inquebrantables

que no permiten ser moldeados, así como tampoco para los “hipersensibles” que nadie sabe muy bien cómo tratarlos, porque una simple mirada o palabra inoportuna, la reciben como una ofensa y es motivo suficiente para una súbita erupción del mal humor, los enojos y las enemistades.

Tanto el alma presuntuosa que se ufana de sus “admirables talentos naturales”, como la deprimida que se esconde por el solo hecho de llamar la atención de los demás, ambas son evidencias de que el árbol del orgullo aún permanece dando frutos en nuestro interior. Solo existe un remedio para extirpar de raíz el mal del corazón humano y es la Obra radical y permanente de la Cruz de Cristo. Ésta va nivelando los excesos, tanto los de arriba como los de abajo y aun removiendo todos los escombros del lugar.

El clamor de David fue: *Vuélvete, oh Jehová, libra mi alma; Sálvame por tu misericordia.* Salmo 6:4. La labor de la Vida de Cristo en nosotros es liberarnos de todo residuo de orgullo que aún permanece adherido al alma, y éste generalmente se manifiesta tanto en la prepotencia del arrogante así como en aquel pusilánime subordinado, porque es tan perverso el pecado de proyección como el de omisión. El orgullo ejerce una fuerza gravitante en el alma que se expresa, no solo en el liderazgo “Diotrefiano”<sup>3</sup>, sino también por su contracara, la de aquel de personalidad retraída y vacilante. En la Casa de Abba no hay lugar para astutos empoderados ni para introvertidos con astucia. Ambos persiguen el mismo fin, llamar la atención de los demás.

---

<sup>3</sup> 3 Juan 1:9.

El Señor salva el alma soberbia que anhela ser admirada en los palcos, como aquella que desaparece por miedo de asumir su misión. Salva el alma que se esmera en destacarse por el solo efecto de obtener “aceptación” como aquella introvertida y solitaria que toma distancia por temor al rechazo.

Dice: D. W. Dyer: “Una buena parte de nuestra transformación en esta área es aquella que nos corresponde a nosotros, requiere fe. Obrar en Cristo y hablar de Cristo cuando es el Señor quien nos conduce a hacerlo, a pesar de que podamos estar “sintiéndonos” completamente inadecuados... requiere adherir nuestra fe a Él. Precisamos creer que cuando él nos está guiando a decir o a trabajar en algo, es él mismo quién nos sustentará, sean cuales fueren a nuestro criterio, los resultados de la misión. Necesitamos ejercitarnos en “oír su voz” para obedecerlo por medio de la fe, enfrentando los temores y flaquezas que aún podamos tener dentro nuestro”. ¡Salva, oh Señor mi alma!

Vuelve, alma mía, a tu sosiego, y descansa exclusivamente en el seno de El Shadai. Amén.



# La Salvación del Alma XI

*Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque  
estoy en angustia; se han consumido  
de tristeza mis ojos, mi alma también  
y mi cuerpo. Salmo 31:9.*

Por la fuerza de la expresión del texto precedente podemos entender de hecho, que el salmista expresa aquí su pesar desde las tres esferas de su ser: espíritu, alma y cuerpo. Si bien este es un Salmo de David, aquí su oración está describiendo claramente la pasión del Mesías. Seguramente David escribió este salmo durante su persecución por parte del Rey Saúl; sin embargo, la Soberanía de Dios mediante el Espíritu Santo, lo condujo a describir aquí los sufrimientos futuros del Cordero de Dios, cuando éste estaría siendo inmolado en el Gólgota.

Podemos apreciar en el versículo 5 una profecía del Jesús histórico rindiendo su espíritu: *En tu mano encomiendo mi espíritu. Tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad.* Salmo 31:5. Mas en el versículo 9 su alma y su cuerpo atribulados están siendo consumidos en lágrimas. En este Salmo se percibe, evidentemente, la tricotomía en la composición del ser humano.

Cuerpo, espíritu, y alma es el orden que vemos en el modelo de la creación en el Edén. Pero en razón del pecado,

se produce la muerte y desconexión del espíritu humano, por lo cual la raza adámica se torna dicotómica. A partir de allí, el alma y el cuerpo asumen el gobierno del hombre natural. En vista de esto, era absolutamente necesario, en primer lugar, la acción de la Gracia de Dios por medio de la cual el Espíritu viene y da vida resucitando al espíritu muerto de su pueblo, logrando entonces, que la obra de redención altere el orden en la conformación del ser humano. Ahora Dios comienza su labor por el espíritu, continúa por el alma y finalizará en el cuerpo. Por eso vemos en el Nuevo Testamento la descripción completa del hombre como espíritu, alma y cuerpo.<sup>1</sup>

Este orden invertido se manifiesta en la perspectiva de una nueva humanidad, un modelo completamente distinto al anterior, logrado en base a la Obra de Cristo Crucificado. Es un “nuevo hombre” con un espíritu vivo que toma el gobierno desde el interior de su ser.

Adán y Eva, antes del pecado, tenían comunión con Dios a través de sus espíritus; pero luego de pecar, y ante la muerte del espíritu, fue el alma quien asume el control de sus vidas dejando a Dios fuera de sus pensamientos. Éste ha sido el resultado concreto de la muerte espiritual, que el Dios Verdadero quede fuera de la esfera de percepción del hombre; porque “Dios es Espíritu”<sup>2</sup> y, como tal, solo se relaciona espiritualmente con el ser humano mediante su espíritu. Sin vida espiritual no existe posibilidad alguna de intimidad con Dios.

Cada ser humano que ha nacido en este mundo post pecado no tiene relacionamiento con Dios, pues él carece de

---

<sup>1</sup> 1 Tesalonicenses 5:23.

<sup>2</sup> Juan 4:24.



vida espiritual que le permita comunicarse con el Espíritu de Dios. Solo posee vida biológica y vida psicológica, pero ninguna señal de vida espiritual en su interior. Vamos a intentar ilustrarlo de la siguiente manera:

Un huevo, que puede ser de gallina, está compuesto de tres partes: la cáscara, la clara y la yema. En los establecimientos destinados para la producción y venta de huevos, se trabaja con “gallinas ponedoras” que son criadas exclusivamente para poner huevos. Todas son gallinas hembras, únicamente, porque en este negocio no hay necesidad de “gallo” que las fecunde, por lo cual no conviven con los machos; por tal razón estos huevos carecen de la “galladura”, o sea del espermatozoides generador de la vida. Pero en un gallinero común las gallinas están junto con los machos, a fin de que éstos puedan, como comúnmente se conoce en el lenguaje de campo, “pisar” a las hembras y transferirles su espermatozoides, de modo que los huevos “gallados”, con la vida en su interior, pueden engendrar pollitos.

Cualquiera que a simple vista pueda apreciar un huevo de gallina de criadero y compararlo con un huevo de gallina de campo, verá que ambos son exactamente iguales. No encontrará diferencia alguna. Sin embargo uno generará un pollito y el otro no. Ambos tienen cáscara, clara y yema, pero uno posee el “germen de la vida” y el otro no.

El ejemplo es fácil de entender, el huevo de la gallina de criadero ilustra al ser humano desconectado de Dios, sin la Vida de Cristo, porque su espíritu está muerto. No hay vida espiritual en el hombre natural, y para peor es su alma caída la que “baraja las cartas” en su aparente espiritualidad. Por

esta razón es imperativo que el ser humano sea primeramente regenerado por el Espíritu de Dios a fin de que pueda tener la Vida espiritual.

Los dos tipos de huevos aparentemente son idénticos, pero solo uno tiene vida, el otro no. Así mismo, tampoco debemos juzgar a las personas por su apariencia sino por la Vida de Cristo que se expresa a través de ellas. Tener una vida moral equilibrada y de apariencia impoluta no implica necesariamente tener la Vida de Cristo; mas tener la Vida de Cristo, con toda certeza, significa tener una vida moral digna, justificada y santa en este proceso de santificación permanente.

Así como el huevo “gallado” hará engendrar un pollito, del mismo modo un creyente regenerado, con toda seguridad desarrollará el verdadero carácter de Cristo. El apóstol Pablo afirma lo siguiente a los vivificados por el Padre: *Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.* Gálatas 4:19.

Una vez regenerado, el creyente comienza el proceso de santificación o la salvación del alma, que también es visto como la formación de la Vida de Cristo en nosotros. Esta Vida Divina que mora en el hombre interior se va expandiendo por medio del Espíritu Santo. La Vida avanza desde nuestro espíritu vivificado hacia nuestra alma.

En este paso dos cosas son imprescindibles: La acción del Espíritu Santo tomando siempre la iniciativa y la respuesta voluntaria y en obediencia por parte del creyente.

La salvación del alma, también conocida como “la mortificación de la naturaleza terrenal”, siempre es operada desde adentro hacia fuera: *llevando en el cuerpo siempre por*

*todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.* 2 Corintios 4:10. Viene desde adentro, desde la habitación y morada del Espíritu Santo y se va concretando en la experiencia vivencial de la nueva criatura.

Este proceso es semejante a la “galladura” o esperma en la yema. Solo a partir de allí el huevo puede engendrar un pollito; entonces la gallina prepara su nido acomodando sus huevos y cubriéndolos con sus alas. La formación de la Vida de Cristo en nuestra alma ocurrirá de forma semejante por la cobertura del Espíritu Santo.

Otro mecanismo importante que el Señor utiliza en este proceso son los “medios de Gracia” administrados por la Iglesia, y que nos conducen a obedecer la acción divina. Estos instrumentos de la Gracia de Dios pueden ser vistos en el versículo que dice: *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.* Hechos 2:42. La instrucción de la Palabra, la “koinonía” de la Iglesia, la Cena del Señor y las oraciones comunitarias.

Somos regenerados por el Espíritu de forma unilateral. Él generó Vida espiritual en nuestro espíritu muerto<sup>3</sup> de manera Soberana salvándonos de la condenación del pecado, pero su trabajo no termina allí, porque el pecado sigue presionando con su poder aún después de haber sido salvos; por eso vemos que su labor va más allá, el Espíritu continúa trabajando, pero ahora desde adentro, obrando en nosotros “el querer como el hacer”<sup>4</sup>, para que desarrollemos juntos y de manera efectiva

---

<sup>3</sup> Efesios 2:5.

<sup>4</sup> Filipenses 2:13.

la salvación de nuestras almas del poder del pecado. Esta obra es paulatina y progresiva en la comunidad de los santos.

Cuando creemos en Cristo como nuestro Salvador venimos a Él con un alma cargada de basura, traumas, heridas, culpa, vergüenza y una cultura completamente pervertida. Muchos hemos tenido una historia cruel, cargando con un pasado de abusos sociales y sexuales que han dejado su estigma grabado a fuego en nuestras mentes.

“La solución para las heridas más profundas es traerlas a la luz. Es preciso abrir nuestras vidas a Jesús y permitirle “ver” lo que nos ha acontecido. Necesitamos dejarlo tocar y sanar aun las heridas más violentas. Pero una vez más, en este proceso, es requerida la Fe. Debemos conocer y confiar en que Dios nos ama completamente y sin reservas. Necesitamos creer que él nos tratará con la más tierna bondad, pero debemos tener Fe, porque Él nos hizo y es el único que sabe cómo sanarnos y tratarnos con el mínimo sufrimiento”. Dice David W. Dyer.

Cuando el salmista dice, en el texto que encabeza este capítulo: “*Ten misericordia de mí, oh Jehová...*”, focaliza su oración en las angustias que carga en su alma atribulada; él suplicaba por la sanidad de su alma herida, por las marcas lacerantes grabadas en su historia y que la impulsan a descender al claustro interior, dolorida, avergonzada y solitaria.

Pero una vez que recibimos a Cristo como nuestro Señor y Salvador, ya somos nuevas criaturas y tenemos Vida Eterna. Cuando recibimos la Vida Eterna, expresión que en concreto significa que hemos recibido la Vida del Hijo Eterno en nuestro corazón, ya no corremos el riesgo de perderla, pues la Vida Eterna nos es dada con un propósito bien determinado, que

Cristo sea formado en nosotros<sup>5</sup>, de modo que es una dádiva divina e irrevocable. Dios no da ahora y quita después, ni tampoco *Él es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta*. Números 23:19. El problema consiste en la inadecuación de nuestra alma y en nuestra mente que duda, porque permanece en constante lucha con los recuerdos del pasado.

Todos los que han creído en Cristo, han sido perdonados de sus pecados, por lo tanto, muchos aún deben perdonar a aquellos que les han ofendido. Vuelvo a citar a Dyer cuando dice: “En muchos casos, personas que fueron heridas emocionalmente, han sepultado ese ultraje en su interior tan profundamente, que incluso hasta sus propias mentes han olvidado aquello que les aconteció. Ellos han reprimido tan severamente sus desgarradores sentimientos tornándose en lisiados emocionales en el proceso de pretender desaparecer lo sucedido. Esto sucede con mucha frecuencia, especialmente en casos de violación o abuso infantil”. Aquí la Iglesia del Señor debe ser un amoroso hospital para el herido.

Un alma convaleciente de sus heridas puede llegar a desconfiar de la Salvación de Dios. El grito agónico del poeta, es el gemido de un alma vacilante: *Señor ¿hasta cuándo verás esto? Rescata mi alma de sus destrucciones, mi vida de los leones*. Salmo 35:17. Las laceraciones y las úlceras con sangre que arrastran el alma como herencia de un pasado tumultuoso solo pueden ser sanadas por el “Médico que fue Herido”. Muchos verdaderos hijos de Dios transcurren sus vidas en una agonía sin fin, llorando en secreto, por el dolor que produce la llaga cruel y supurante de sus viejos estigmas.

---

<sup>4</sup> Romanos 8:28-30.

William Cowper, poeta del Siglo XIII, quien fuera uno de los mayores compositores de Himnos para la Iglesia, sufrió durante toda su vida una implacable depresión como resultado de los violentos abusos recibidos en su infancia. Su padre, un abogado muy influyente en su sociedad, enviudó temprano, buscó casarse nuevamente y rehacer su vida pero sin el niño, a quien despreciaba y lo consideraba un estorbo para sus futuros planes. Cuando William tenía apenas 8 años su propio padre le sugirió que evaluara la posibilidad del suicidio.

A los 11 años fue abusado en el colegio por alguien que “tenía zapatos grandes”; era lo único que lograba recordar. Desde allí en adelante, cada cumpleaños que terminaba en 1, es decir a los 21, 31... hasta los 61 intentó suicidarse. Murió de muerte natural en 1800 a los 69 años. En estos intervalos Cowper escribió varios Himnos maravillosos. Uno de ellos dice: *Hallé una fuente carmesí, que mi Jesús abrió; en la Cruz, por mí, muriendo allí, mi alma Redimió; Yo lo creo, yo lo creo; Jesús por mí murió, y por salvarme, allí el castigo padeció.* Percibimos aquí el lenguaje de un alma herida con violencia, aunque siendo salva muy lentamente.

El hábito del “impostor” es ocultar al falso “yo” y vivir detrás de bastidores por miedo a decir quién es y ser rechazado; mas el Cristo del Calvario realizó en tu favor una obra de aceptación “completa y perfecta”. Él te aceptó así, tal como eres, porque Él es el único que tiene el poder de transformar tu vida. Debemos creer esta verdad para hacer desaparecer el engaño en el que vivimos y desalojar a ese embustero cruel que vive en nosotros. *Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz.* Salmo 36:9.

## La Salvación del Alma XII

*Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel;  
porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue  
librada mi alma. Génesis 32:30.*

Jacob daba con la medida del típico ser humano caído. Poseía un alma obesa, fuerte y engañosa, que le atribuía la identidad del legítimo embustero. El propio nombre Jacob significa: Suplantador, y paradójicamente su historia registra el perfil de alguien que puede ser tenido por un perfecto embustero.

En la raza de los hombres caídos nos encontramos con dos tipos de personas; los pecadores nobles y los pecadores inmundos. Los nobles pertenecen a la elite moral de una raza renga, pero bien maquillada y desfilando por las pasarelas con la imagen de ilustre, pero al igual que los pecadores inmundos se quedan fuera de la fiesta, aunque estos últimos puedan padecer de hambre de una forma más severa. Lamentablemente ambos se quedan del lado de afuera de la casa de Abba, y ambos están condenados al castigo perpetuo.

En la categoría “pecadores”, están enrolados un sinnúmero de perfiles de individuos que se elevan desde los más sórdidos, hasta aquellos moralmente más refinados, pero no es otra cosa que una escala de valores que ha establecido este

mundo caído. La ventaja en este registro es solo de carácter psicológico, y la llevan aquellos que llegaron a ser más distinguidos en este mundo alienado, porque han sabido adaptarse a ciertos valores éticos que exhiben con elegancia. Sin embargo, su honorable exquisitez tampoco les alcanza; tanto unos como otros quedan fuera del banquete celestial. En la Casa de Abba solo los miembros de su familia tienen permiso para celebrar en la fiesta.

Jacob no pertenecía a la lista del “Jet set”, sino que jugaba en el equipo de los de más abajo, y su especialidad en este juego era el de “engañador”. En todos los partidos en que jugó, siempre su contrincante resultaba lesionado por golpes bajos. Su táctica predilecta era pasarlos por arriba sin ningún tipo de piedad. Se las ingenió para saltar por encima, pisándole las espaldas a su hermano mayor, trampeó a su padre ciego y al sabelotodo de su suegro. No caben dudas que Jacob era un luchador sumamente astuto.

El texto que estamos abordando trata de una lucha entre Jacob contra alguien que pertenecía a “otra dimensión”. Aquí él se encontraba en su cuarto juego, pero esta vez su lucha era con un ser extraterrestre, un “varón celestial”, posiblemente un ángel o quizás, el propio Señor.

Éste fue el principal combate de su vida, y la Biblia lo describe como una lucha dura y solitaria. *Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba.* Génesis 32:24. Aquí se percibe que Jacob despidió a la platea y quedó completamente solo en el campo de batalla. Considero firmemente que el combate que se libra en el alma humana queda fuera del alcance de cualquier espectador. Aquí no



existen estadios olímpicos ni escenarios de exhibición; la lucha del alma será siempre en soledad, sin asistentes, observadores o gente que aplauda. El lugar de la confrontación es completamente reservado, solo para el pugilista y Dios. *Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba.* Génesis 32:25. El enfrentamiento fue tenso y la lucha fue muy larga, mas el golpe fue certero.

El combatiente alcanzó el punto neurálgico y desgarró el nervio de la pierna del fugitivo, pues cada vez que Jacob lograba embaucar a alguien, inmediatamente se escabullía fuera de ese perímetro. Él era un profesional de las fugas, pero fue completamente noqueado en sus tácticas. Las almas obesas en su autosuficiencia, demoran mucho en rendirse, pues ellas se autoabastecen a sí mismas. El pecado los engorda en su vanidad y no resulta fácil sacarlos del autocontrol de sus vidas. Resulta mucho más sencillo contar las estrellas del firmamento en una noche oscura, que contar con la participación del alma en la desconstrucción de su propia altivez y autoconfianza. Jacob no era la excepción a esta regla, por lo cual necesitó ser noqueado por el Señor.

En el siguiente “round” se aprecia un marcado diálogo en procura de una respuesta apelativa: *Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices.* Génesis 32:26. La agonía<sup>1</sup> del alma en la oscuridad

---

<sup>1</sup> “Agonía” proviene de la palabra griega “agon” que significaba lugar de reunión, que luego, dicho lugar fue utilizado para los concursos o juegos realizados allí. Pero con mucha mayor frecuencia llegó a utilizarse para expresar la “emoción intensa que el alma manifestaba” por participar de ello. Hoy se utiliza para expresar “la tensión emocional que sufre el individuo por la lucha entre la vida y la muerte”.

de la noche solo pierde su intensidad en la bendición fulgurante de la madrugada de la resurrección.

Siempre será necesaria la “Luz de la Aurora”, pues sin ella nos sería imposible vislumbrar los traumas lacerantes que afectan nuestra alma. Las personas laceradas sepultan en su interior tan profundamente sus heridas, que se hace imposible un diagnóstico cierto con una cura efectiva sin el faro terapéutico que irradia la Resurrección de Cristo. Los estigmas de la muerte desaparecen ante el fulgurante resplandor de la “Luz de la Vida”<sup>2</sup>.

Sin embargo, aunque había sido herido, el luchador no estaba rendido pues en él aún había fuerza suficiente para que continuase peleando. Jacob quería la bendición, pero demandaba que sea hecha a su manera y con sus condiciones, porque aún se obstinaba en seguir pretendiendo dar las cartas en el juego. Hoy se ven muchos hermanos que han recibido el nuevo nacimiento, sin duda; sin embargo no renuncian a la pretensión de querer tener el control de sus vidas. Quieren la salvación de Dios con toda certeza, pero también quieren ser ellos mismos quienes comanden su propia santificación, a su modo, con sus reglas y expectativas.

La salvación del alma solo puede ser realizada ante la presencia del Médico Herido. En este largo tratamiento, hay aspectos que son de carácter ineludible, y uno de ellos es: “Quitar las malolientes vendas que cubren nuestras llagas y exponerlas a Jesús”. Él debe tocar nuestras heridas; es más, Él “quiere sanar” nuestras heridas. Mis viejas laceraciones, reseca

---

<sup>2</sup> Juan 1:4.

y encallecidas, claman sedientas por el refrescante bálsamo del Calvario, y sé que la cura de mi dolor está en sus manos, heridas por mi pecado. Pero esto requiere, de hecho, la negación de mi propia identidad: “Ya no más yo, sino Cristo...”<sup>3</sup>

El caso del “paciente” de nuestra narrativa tuvo su momento crucial, cuando el “varón” que luchaba con Jacob le preguntó: - ¿Cómo te llamas? El respondió: - Jacob. Génesis 32:27.

Aquí parece haber un rompecabezas, pues su propio nombre era también su “alias<sup>4</sup>”. Sin embargo ahora percibimos su declaración como la confesión de un reo penitente. Jacob se declara transgresor, como diciendo: “Yo soy un embustero en este escenario”. No existe nada mejor que la luz de la aurora del amanecer celestial y la verdad para autenticar la identidad real de las personas.

En aquella mañana radiante llegó a su fin la carrera de un fugitivo histórico. *Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.* Génesis 32:28. Aquí vemos algo muy interesante y a tener en cuenta: En esta larga lucha, la victoria la obtuvo aquel que fue “derrotado y vencido”, y el trofeo lo recibió el contrincante que besó la lona.

El viejo embustero, Jacob, el insuperable atleta de las trampas, aquel granuja autosuficiente que se apoyaba en la destreza que tenía para desarrollar su astucia, murió al clarear

---

<sup>3</sup> Gálatas 2:20.

<sup>4</sup> Alias: Un apodo o pseudónimo (nombre falso) es utilizado como una alternativa a su nombre verdadero. Un “alias”, entre otras cosas, hace referencia a alguna característica física de la persona o a algún rasgo de su personalidad. Aquí en el caso de Jacob, su propio nombre expresaba las tendencias “arteras” de su persona.

el alba; de allí en adelante comienza la historia de un “príncipe rengó” que ya no puede caminar solo, y aunque ya pertenecía al plantel de la para-olimpiada de la vida, aún intentó una jugada maestra: *Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí.* Génesis 32:29. Vemos el alma del pugilista, que aun noqueado, sigue insistente.

Jacob, golpeado y dolorido, aun quería saber más sobre su Señor. Afortunadamente solo tenemos la referencia bíblica de que aquel lugar se llamaba Peniel (a Dios se lo conoce cara a cara). No es a través de un seminario teológico o por alcanzar cierto nivel académico que podemos conocer la identidad de nuestro Padre, sino por medio de una relación íntima y amorosa con él. El “conocimiento de Abba” no se aprende en las aulas, no es material de estudio, sino un conocimiento de amor, de recámara, de proximidad. Dios siempre se revela al espíritu de sus hijos, y mediante el espíritu busca intimidad cara a cara con nuestra alma dentro de este proceso permanente donde estamos siendo salvos, día a día, de nuestra vieja historia.

Venía rayando la luz del alba cuando “Israel” cruzó Peniel. *Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera.* Génesis 32:31. La revelación del Dios Verdadero, procede de la Luz emanada del resplandor de la gloria del Padre<sup>5</sup>, que es el propio Hijo Divino. *Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz.* Salmo 36:9. Israel es el nombre nuevo que recibe Jacob después de su

---

<sup>5</sup> Hebreos 1:3.

nacimiento de lo alto, y él dice que su alma comenzó a ser salvada en Peniel, esto significa, delante de Dios, cara a cara con Él. Esta salvación de su alma no fue un único acto divino, sino un proceso permanente en la comunión personal con el Señor.

“Solo cuando nos observamos ante la exposición de Su Luz y Dios nos revela lo absurdo y vano que somos, podremos apreciar, con el tiempo, los cambios en nuestra alma”. Solo la iluminación del Espíritu Santo, junto con la Palabra del Altísimo, es la que desmorona toda fortaleza de miedo existencial que obstruía nuestra alma, abriendo la puerta del espíritu, donde reside la Vida de Cristo, para que sane nuestra alma herida y la libere completamente de la culpa y la vergüenza que soportábamos como resultado de repulsivas inclinaciones y manías despreciables.

“Entonces Él nos muestra su verdad que nos hará libres de la esclavitud de la existencia que estábamos padeciendo. Esta renovación de nuestro modo de pensar, nos conduce más y más, a inclinarnos al control del Espíritu Santo. Cuanto más ponemos nuestros pensamientos bajo su control, más nos irá transformando en la propia expresión de Cristo mismo. Esto es lo que realmente un creyente debería experimentar”, dice con suma certeza: D. W. Dyer, en su libro: *De Gloria en Gloria*.

Un caudaloso manantial de Vida de Resurrección fluye ahora desde nuestro espíritu<sup>6</sup>, y es la que opera en la liberación de nuestra alma, que junto con la iluminación del Espíritu de

---

<sup>6</sup> Juan 7:38-39.

Santo nos conducen a guiar nuestra obediencia. La misma Trinidad<sup>7</sup> actúa en el creyente, quien responde gozosamente con toda confianza manifestando la Vida de Cristo en su interior, para la Gloria de Dios.

*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.*<sup>8</sup> Mateo 16:25. Jesús llegó a nuestra vida y nos “salvó” en nuestro espíritu de la “condenación del pecado”, y ahora permanece en nosotros para “ir salvando” nuestra alma del “poder del pecado”. Vino y removió la mancha original que produjo el pecado, pero también para ir renovando nuestra mente atrofiada por el flagelo que dejó la vida de pecado en nuestra historia.

Desde Jacob hasta Israel fue solo un paso, en una sola acción dada por una estocada certera; pero desde Israel para adelante vemos andar a un príncipe lisiado, rengueando hasta el fin de su existencia. La salvación del alma es una terapia de debilitamiento constante, subvencionada por el Espíritu de Dios, pero exclusivamente para quien ya “ha sido salvo”, a fin de derribar todo apoyo y confianza en sí mismo. Será una metodología incesante, pues solo en nuestras flaquezas es perfeccionado su poder para sanar las heridas y contusiones de un pasado sin sentido. Nuestro único sostén está en aquel que comenzó la “buena obra” en nosotros, porque sabemos que la completará.

Jesús vino para salvar nuestras almas de forma completa. Él busca que nos transformemos en la “viva expresión”

---

<sup>7</sup> Juan 14:23.

<sup>8</sup> En Mateo 16:25, la palabra “vida” en los manuscritos griegos, es específicamente ψυχήν (Psique), o sea la vida del alma.

de sí mismo, y para este “propósito” no existen obstáculos o barreras que puedan impedirlo. Ni la esclavitud, ni montes escarpados o abismos demasiado profundos que no pueda cambiar, tampoco heridas o amarguras que no pueda sanar. Su poder es absoluto, su Gracia suficiente, y su Amor sin restricciones, aun para los casos más difíciles, *por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.* Hebreos 7:25.

Aquel que ha sido salvado en su espíritu, tenga la plena seguridad que el Señor también salvará su alma.





## La Salvación del Alma XIII

*De ceniza se alimenta; su corazón engañado le desvía,  
para que no libre su alma, ni diga: ¿No es pura mentira  
lo que tengo en mi mano derecha? Isaías 44:20.*

Hemos venido caminando muy lentamente en este importantísimo tema de la salvación del alma. El método utilizado hasta aquí, como se dijo al principio, es de carácter repetitivo, en una pedagogía interactiva con el fin de fijar bien este asunto que es de gran importancia, para que pueda ser bien digerido. El ser humano siempre será visto como un todo; es una unidad, pero una unidad compuesta de tres partes, de modo similar al ejemplo que hemos visto en el “huevo” en un capítulo anterior.

El Ser Humano fue formado en el Edén con un cuerpo, un alma y un espíritu, mas en razón de su pecado, el espíritu fue desvinculado de Dios y a partir de allí, toda la raza se tornó dicotómica, o sea con la actividad exclusiva del cuerpo y del alma. Hemos explicado esta realidad utilizando el ejemplo del huevo de gallina de criadero y el huevo “gallado” de la gallina de campo. Ambos están compuestos de tres partes, cáscara, clara y yema y ambos son aptos para comer, pero solo uno tiene el germen de la vida, el otro no.

Cada niño que nace en este mundo viene “dicotomizado”. El posee un cuerpo enteramente gobernado por la vida “bios” y siendo un bebé inmaduro depende enteramente de sus padres; pero también tiene un alma aunque en estado embrionario, es decir que su vida “psique” aún se encuentra muy limitada. Un bebé es un ser frágil e indefenso tanto biológica como psicológicamente hablando. Un niño sano que pasa por un proceso de crecimiento dinámico y armónico, tanto su cuerpo como su alma avanzan progresivamente en su caminar hacia la madurez en una escalada ascendente, que va desde la dependencia absoluta hasta alcanzar una autonomía del ciento por ciento de su potencia. Aun así, por más saludable que pueda llegar a ser durante su evolución, un bebé es portador de una naturaleza caída, por lo tanto crecerá como un incrédulo. Cuerpo y alma, según la Biblia, son llamados “naturaleza terrena”; mas cuando cuerpo y alma aparecen junto al espíritu muerto, siempre es denominado “viejo hombre”.

Jesús nació con una naturaleza terrenal. Su cuerpo fue el legado de su madre, por lo cual acusaba en su humanidad los efectos de la caída<sup>1</sup>; sin embargo su espíritu estaba vivo, pues él no fue engendrado por “voluntad de varón”, recibiendo el “esperma de Adán” como los demás seres humanos. La procreación generacional mediante la simiente del varón, es el medio por el cual el “viejo hombre” se diseminó por toda la raza constituyendo en pecadores a todos los seres humanos de todas las generaciones. Romanos 5:12. Sin embargo, Jesús

---

<sup>1</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: El cuerpo humano de Jesús sufría como nosotros frío, calor, dolor, cansancio, era mortal, cosas que no vemos en Adán antes de la caída.

jamás fue portador ni manifestó en su vida haber tenido el “viejo hombre” en su manera de vivir.

Un ser humano natural y saludable es aquel que posee un cuerpo sano y un alma educada para controlarse de la mejor manera posible en su existencia caída. El problema se encuentra en el hecho de que no posee “vida espiritual”, por lo cual es un “muerto” espiritualmente hablando, y su alma no tiene posibilidades de vivir en forma adecuada por causa del “viejo hombre” que es esclavo del pecado.

Vemos al Salmista muchas veces hacer la siguiente pregunta: *¿Por qué te abates, oh alma mía, Y te turbas dentro de mí?* Salmo 42:5. Más su respuesta fue siempre: *Espera en Dios; porque aún he de alabarle, Salvación mía y Dios mío.* Sin la realidad divina en el espíritu no existe la menor posibilidad de “equilibrio” para el alma humana.

Los bebés ya nacen en este mundo portando el “viejo hombre” que gobierna su naturaleza terrena atrofiada por el pecado. Esta designación bíblica se refiere al ser humano bajo los efectos de la rebeldía del pecado de Adán, por lo cual necesita la experiencia de ser crucificado juntamente con Cristo a fin de dar lugar a una nueva expresión, que es la vida de Cristo en el espíritu vivificado del “hombre nuevo”.

Los bebés crecen, pasan por el período de ser niños, luego adolescentes hasta convertirse en adultos, mas si no hubo nuevo nacimiento o regeneración de vida en su espíritu, su alma y su cuerpo podrán tener una vida “moralmente ética” y humanamente correcta, pero carente de significado y de valor alguno en su existencia.

Un alma sin la Vida de Cristo obrando desde el espíritu, queda totalmente fuera de toda perspectiva de lo eterno y sin la menor esperanza después de la muerte. Un ser humano “natural”<sup>2</sup> es marcado únicamente por las realidades terrenales, viviendo un “aquí y ahora” bajo una abrumadora ansiedad existencial respecto a su futuro, con un férreo control en cuanto a lo presente, y una tendencia culposa que trata de ocultar en relación a su pasado. Un alma fóbica, abarrotada de culpas y asolada por la vergüenza, sin perspectiva de la eternidad, es un “caos encarnado”, sumando en su haber constantemente todo tipo de complejos que la mantienen prisionera en sí misma. Este ser caótico, erotizado, mitómano y rebelde, no es otro que el “viejo hombre”, el siervo del pecado.

Es necesario ver aquello que se encuentra detrás del horizonte, porque el alma recluida en un cuerpo grita por algo más allá de las tres dimensiones, clamando en su desesperación al infinito; mas infelizmente no consigue entender lo que busca, ni cuál es la verdadera causa de su ansiedad, entonces se angustia con este mundo sin sentido, sabiendo que lo único que le espera es una lápida fría con una aterradora inscripción que reza: “Yace aquí...”. Sin el nacimiento celestial el ser humano se torna en un alma vacía y un cadáver en pie.

Alguien dijo con acierto: “La eternidad es para el espíritu del creyente como un día sin crepúsculo, mas para el alma del incrédulo es como una noche en la que jamás llega el amanecer”. La falta de perspectiva de la eternidad, oscurece los ojos del alma dejándola como presa en un cubo, sin puertas

---

<sup>2</sup> 1 Corintios 2:14.

ni ventanas, como “Huis Clos”, de Sartre<sup>3</sup>, o la Mônada de Leibniz<sup>4</sup>.

Así se encuentra el hombre posicionado<sup>5</sup> “en Adán”, totalmente desprovisto de aquello que es imperecedero, pero el alma es obstinada y no se rinde, sino que se empecina y lo sigue intentando y en su desconcierto se las ingenia para construir sus propias deidades, quienes, según el profeta Isaías, son sutiles formas de alimentarse de cenizas<sup>6</sup>. La idolatría no es otra cosa que un plato de cenizas en el menú famélico con el cual pretende nutrirse un alma miope, que al ver el mudo ídolo de barro acicalado, imagina que ha visto al “Trascendente” en el Altar. Sin embargo su dieta ni le alimenta ni le sana, ya que resulta tan ineficaz como aplicarle “ventosas a un cadáver”, porque únicamente el espíritu posee la capacidad<sup>7</sup> de percibir el terreno espiritual; mas el alma al contemplar una figura material mediante los ojos naturales, solo expresa sentimientos e imaginaciones deformadas, fruto de la caída. El alma es idólatra por naturaleza.

Todas las religiones que se han levantado en el planeta han sido el resultado de las aberraciones ópticas del alma caída, promovidas por un sentimentalismo cínico y una razón restringida. Dentro de la religión, el adepto es movilizado por

<sup>3</sup> “A Puerta Cerrada”, Obra de teatro existencialista, del Intelectual francés, Jean Paul Sartre.

<sup>4</sup> “La *monadología*”, La ciencia de la “unidad”, escrita en francés en 1714 por el filósofo Gottfried Leibniz.

<sup>5</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: Existen dos “posiciones de carácter legal” en donde puede hallarse el ser humano, y no hay tercer lugar: En Adán, con sus sinónimos “en pecado”, “en incredulidad”; o “En Cristo” frase que aparece más de cien veces en el Nuevo Testamento cuando se refiere a los creyentes genuinos.

<sup>6</sup> Isaías 44:20.

<sup>7</sup> 1 Corintios 2:14.

“emociones y sentimientos” de un alma desequilibrada y presa, que deambula desorientada dentro de las fronteras “*de una mente reprobada*”<sup>8</sup>; mas en el Evangelio se cree “espiritualmente” en la Palabra de Vida, pues el Señor nos ha dado la capacidad mediante el nuevo nacimiento para atravesar, por medio de Fe, el vallado de lo tangible y tridimensional. La fe se encuentra por encima de los sentimientos evacuados por un alma confusa; pues aun penetra más allá de los límites de la razón. Pero no se confunda, la Fe no es irracional, sino supra-racional, pues aborda lo trascendente, por encima de lo racional, hallando reposo en el ámbito de lo espiritual y eterno. Pero esta facultad es solo perceptible para el hombre que, por la obra de la Gracia, ha sido resucitado juntamente con Cristo del otro lado de la Cruz.

Un bebé nace con un cuerpecito pequeño, frágil y un alma minúscula; mas con el paso del tiempo, una alimentación saludable, educación y aun todas las motivaciones recibidas de su entorno, va desarrollándose normalmente hasta conseguir un cuerpo fuerte y un alma ensoberbecida. Como hemos visto anteriormente, la naturaleza terrena, cuerpo y alma, privada de la vida espiritual, degradó en un “viejo hombre” esclavo del pecado. Muchos cristianos de hoy en día, no alcanzan a comprender la gravedad de esta situación, ya que el ser humano “en Adán”, no solo es completamente incapaz del menor relacionamiento con Dios, sino que su estado y situación es de carácter terminal. El pecado es algo tan grave que no admite ninguna reparación posible, ni Dios puede curarlo<sup>9</sup>, solo le espera la muerte. Este es el motivo por el cual

---

<sup>8</sup> Romanos 1:28.

<sup>9</sup> Génesis 2:17: ...*porque el día que comieres de él, ciertamente morirás.*

el Señor incluyó a sus escogidos en su muerte, para hacerlos morir juntamente con Él en la Cruz del Calvario, pues no quedaba ninguna otra alternativa.

El Apóstol Pablo ve con fina claridad el propósito redentor: *Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido*<sup>10</sup>, a fin de que no sirvamos más al pecado. Romanos 6:6. Creo absolutamente que: ¡Nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado juntamente con Cristo! Por lo tanto, considerando seriamente que la Biblia es la Palabra de Verdad, y como tal no puede ni exagerar, ni disminuir en lo que respecta a su contenido, necesitamos luz para comprender cuando dice también: *Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros*. Colosenses 3:5. Entonces la pregunta: ¿Si nuestro “viejo hombre” ya ha sido crucificado juntamente con Cristo, muerto y sepultado para siempre, por qué debo hacer morir la “naturaleza terrenal”, o acaso no está muerta? ¿Será una contradicción de la Biblia? Seguramente que no. Aquí debo admitir, que la denominación bíblica, “viejo hombre” y “naturaleza terrenal” no son la misma cosa. Podemos ver a Jesús tener una naturaleza terrenal semejante a la nuestra, pero jamás evidenció tener el “viejo hombre”, y de ninguna manera pudo haberlo tenido, ya que éste solo es transmitido por el semen del varón, y Jesús no fue engendrado “por voluntad de varón”<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Romanos 6:6. La versión Reina-Valera, traduce “destruido”, cuando en realidad la palabra más exacta sería “anulado, hecho ineficaz, o quien pierde el poder”. A partir de allí, el creyente queda libre del dominio implacable que el “viejo hombre” ejercía sobre la persona.

<sup>11</sup> NOTA DEL TRADUCTOR: Ni el Señor Jesucristo en su engendramiento terrenal (Lucas 1:13), ni nosotros en nuestro Nuevo Nacimiento (Juan 1:13) fuimos engendrados por “voluntad de Varón”.

Entendiendo estas diferencias, considero que mi “viejo hombre” o sea, mi “viejo Adán”, que no es otra cosa que el “esperma de la serpiente<sup>12</sup>”, y que se diseminó en el mundo por todas las generaciones a través de la procreación, y que a mí, me fue transmitido por mi padre terrenal, fue crucificado, muerto, y sepultado juntamente con Cristo allá en la Cruz del Calvario, y éste es un hecho de carácter irreversible. Sin embargo, los efectos de la obra del Señor no se han aplicado “plenamente” a mi alma y a mi cuerpo en los cuales aún permanece la “naturaleza terrenal”, por lo que Dios continúa su labor, participándonos a nosotros en su proceso de salvación.

Como hemos venido viendo, Jesús realizó la salvación dándole muerte al “viejo hombre” que sometía a su pueblo por medio de su obra en la Cruz, y a todos los que murieron y fueron sepultados juntamente con Él, les dio Vida Nueva en la Resurrección de Cristo, pues también nosotros “fuimos resucitados juntamente con Él<sup>13</sup>”. Pero a pesar de que nuestro “viejo hombre”, que nos constituía posicionalmente en “pecadores” sometiéndonos al dominio del pecado, fue clavado y muerto con los mismos clavos que Cristo Jesús; aun así subsiste en nosotros una “naturaleza terrenal” que el Padre nos invita a vencer mediante el poder de la “Vida de Resurrección de Jesucristo”, que ahora permanece para siempre en nosotros. Hoy Dios trabaja desde adentro de aquel que ya ha sido salvo, para ir desintoxicando esa alma del poder del pecado.

---

<sup>12</sup> Génesis 3:15: *Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.*

<sup>13</sup> Colosenses 2:12; Romanos 5:11; Efesios 2:6.



Volviendo al ejemplo del bebé: Él nació frágil, dependiente e indefenso, mas con el tiempo se transforma en un ser humano dinámico, fuerte y con un alma vigorosa y dominante. Si esta persona, por la Gracia, “oye” el mensaje del Evangelio y cree en el Señor Jesucristo es salvo; sin embargo, aun comprendiendo que su espíritu ha sido regenerado, y que su viejo hombre ha sido crucificado juntamente con Cristo, muerto y sepultado para siempre, advierte que su alma continúa siendo prepotente y resistente a la acción del Espíritu Santo. Por esta razón, Dios debe continuar su trabajo, sin prisa pero sin pausa, durante el resto de sus días, en esta segunda etapa que es para la salvación de su alma.

Ahora podemos ver que después de haber recibido la Obra de la Cruz, esta persona se encuentra salva para siempre de la condenación del pecado, de todos modos, muchos aspectos de la salvación completa, si bien ya fueron obtenidos por Cristo, aún quedan por aplicarse a la esfera del alma que continúa siendo autoritaria y dominante. El alma que durante toda su vida aprendió a ser absolutista y mandona, no desaprende esa actitud de un momento para otro, pues si ha vivido como una reina autócrata y dictadora, no conseguirá fácilmente desaprender esas mañas y transformarse en una sierva dependiente.

La salvación del alma tiene que ver con la desconstrucción de una cultura pecaminosa, con sus traumas y pecados que fueron cultivados en su pasado. Por esta razón, aquellos que han sido regenerados siendo más jóvenes o como niños, y tuvieron acceso a un Iglesia adecuada, poseen mejores condiciones para ser libertos de la basura acumulada en su historia durante todo el proceso de santificación.

Concluyendo el capítulo quiero volver al texto original de Isaías. El mayor estorbo en el proceso de la salvación del alma es el cultivo de cualquier tipo de idolatría. Y es importante que sepa, mi estimado lector, que idolatría es cualquier cosa que enfríe el Amor por nuestro Señor Jesucristo, o aquello que desvíe, aunque muy ligeramente, nuestros ojos de Él, o también cualquier asunto que coloque al Señor en segundo lugar.

No piense falsamente que los ídolos son solo figuras construidas de material. Nuestra alma es idólatra por naturaleza. “Cuando albergamos nuestras propias ideas sobre el carácter de Dios, simplemente estamos construyendo en nuestras mentes un “falso ídolo” a nuestra propia imagen”. Entonces cuando Dios trabaja para salvar el alma, no está haciendo otra cosa que salvarnos de nosotros mismos, y esto es fundamental: *Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.* Romanos 8:29.

## La Salvación del Alma XIV

*El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará. Mateo 10:39.*

En el texto de Mateo que encabeza este capítulo, la palabra “vida” es traducción castellana de la palabra griega “*psique*” que figura en los mejores manuscritos antiguos. Ésta puede traducirse como “alma” o “vida”, o sea la “vida del alma” que es la vida psicológica del ser humano. Ésta habla del “yo”, de la personalidad, del carácter y de las emociones de aquel que tiene consciencia de sí mismo. Esta vida que está en la sangre, y según la descripción bíblica, tanto esta vida del alma (*Psique*) así como la vida del cuerpo (*Bios*), y con este último me refiero al mecanismo que moviliza biológicamente al ser humano, ambas forman parte de la “naturaleza caída”.

El cuerpo es movido por la sangre que circula en él y subsiste mediante el aire que respira, el agua y los alimentos. Esta vida “*bios*” o vida orgánica o también vida del cuerpo, es la que regula el funcionamiento de las células que alimentadas por el transporte sanguíneo mantienen el orden funcional; sin embargo, es la vida del alma la que da significado a la existencia humana, y esta vida también se encuentra en la sangre.

Como podemos apreciar, la sangre es el elemento principal en el funcionamiento de la vida “Bios” así como la expresión de la vida “Psique”. *Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.* Levítico 17:11.

Un cuerpo sin sangre es un cadáver; mas un cuerpo con toda su sangre y funcionando bien biológicamente, pero en estado comatoso, es como un muerto existente, pues carece de emociones, sentimientos y voluntad. El alma necesita de la sangre en un orden físico para poder manifestarse. Pero vemos el alma humana dominada por la pretensión de querer ser como Dios. Existe como una especie de “virus de altar y omnipotencia” que circula por el torrente sanguíneo de cada ser humano caído.

Por tal razón, el hombre, irrefutablemente debe pasar por una reconstrucción total. Como venimos viendo hasta aquí en este estudio que hemos sido creados tricótomos, más a causa del pecado, el espíritu fue desvinculado de Dios y nos tornamos funcionalmente dicotómicos, y bajo el dominio de un alma prepotente.

El alma desterrada del Edén es soberbia y siempre sale disparada en procura de ser el centro del mundo, o quizás si pudiera, seguramente intentaría lograr ser el centro del universo, para lo cual utilizaría todos los medios a su alcance sin ahorrar en costos y sin importarle tampoco los daños colaterales, pues es propulsada por ese síndrome de omnipotencia, al cual podríamos denominar: “teomanía”. Es muy posible que el texto inicial del presente capítulo, y que estamos examinando ahora, hable de la salvación del alma altiva.

Me atrevo a parafrasear este versículo haciendo una versión más ampliada de la siguiente manera: *“Aquel que en su egocentrismo quiera consumir su vida para satisfacerse a sí mismo, con toda certeza la perderá; más quién abdique el vivir su vida para sus propios placeres, por “Mi Causa”, Yo le aseguro que disfrutará de Mi Reposo y Mi Paz ahora y por toda la eternidad”.*

¡Esto suena completamente descabellado! ¡No puedo imaginar que alguien “quiera” desistir de sus propias motivaciones, gustos o intereses! Entonces nos hacemos la siguiente pregunta: *¿Cómo podría esa alma soberbia, ambiciosa y egocéntrica, que siempre se ha obstinado en conquistar los primeros lugares en la sociedad, justificando cualquier medio para alcanzar sus objetivos, llegar a “querer renunciar” a ese egocentrismo obstinado? ¡Solo si ocurriera un milagro!*

Felizmente los milagros existen, y se dan cada vez que el Señor vivifica el espíritu muerto, operando así el nuevo nacimiento en los escogidos de Dios. Solo la “nueva creación”<sup>1</sup> que surge en la Resurrección de Cristo, después de haber atravesado la muerte, “puede querer” negarse a sí misma, renunciando a todo lo que posee y aún hasta su propia vida. Solo el creyente en Cristo puede abdicar de sí mismo. El discípulo de Cristo es alguien que decidió renunciar a vivir su vida para sí, y seguirlo a Él, negándose a sí mismo y llevando su cruz diariamente.

Cabe aclarar aquí, que este movimiento interno de abdicación y renuncia para seguir a Cristo no está coaccionado por el interés, la culpa o la vergüenza, como tampoco por temor o por obligación; aquí el único agente movilizador es

<sup>1</sup> 2 Corintios 5:17.

el amor a Él, pues ninguna otra motivación haría legítimo tal seguimiento.

*Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.* Mateo 16:24. Sin embargo esta declaración del Señor solo será posible si has tenido la experiencia de haber muerto juntamente con Cristo en la Cruz del Calvario. El ser humano se tornó pecador cuando comió del fruto prohibido, y la muerte, en principio primeramente llegó a su espíritu, desconectándolo de Dios allí mismo en Edén. Sin la vida espiritual el alma asume el comando y surge allí un “principio de hostilidad” denominado por la Biblia el “viejo hombre”, el ejecutivo del pecado.

Este “agente ejecutor” al servicio del egoísmo humano gobierna por los espasmos compulsivos de un alma bajo discordia, desobediencia, orgullo, mentiras, odios, crímenes y todo aquello que va en contra de la saludable filiación de los hombres con nuestro Dios y Padre. Esta es la cultura del “anticristo”, con toda su aversión y rebeldía hacia la Gracia de Dios. El “viejo hombre” es el enemigo de Dios y se subleva constantemente en total oposición al Evangelio. Por esta razón, Jesús fue llevado a la Cruz *por “el determinado consejo, y anticipado conocimiento de Dios<sup>2</sup>”*, no solo como sustituto perfecto a favor de los suyos, sino también “para incluirnos en su muerte”; para que el “Adán” que arrastramos desde nuestro nacimiento terrenal, o sea, el “viejo hombre” también sea ejecutado en la Cruz juntamente con Él. De modo que “en su muerte, se haga efectiva también la muerte de mi “viejo hombre”, o sea la muerte de Adán, ése irreparable pecador

---

<sup>2</sup> Hechos 2:23.

que habitaba en mí, a fin de que permanezca eternamente allí crucificado para siempre con Cristo, en su muerte solidaria:

*Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.*<sup>□</sup>*Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.* Romanos 6:5-7.

¡Te alabo y te agradezco Padre mío, por aquello que haya sido mi “viejo hombre”, esa ciénaga pestilente que vomitaba desde lo más profundo de mi ser, como un volcán en erupción, todo tipo de inmundicias como: celos, iras, orgullo, pensamientos perversos, una mente errante, ansiedad constante, y deseos carnales. Hoy puedo creer con absoluta certeza que sea lo que haya sido, por la Gracia del Señor, ya fue crucificado juntamente con Cristo. Él me ha librado para siempre del autoritario dictador que moraba en mí, por eso te glorifico y te alabo mi Señor!

De todos modos y sin dudar de esta absoluta verdad, veo que aún tengo mucha dificultad con el pecado que reina en el mundo, así también con los registros de mi historia pasada que aún permanecen almacenados en los distintos compartimentos de la memoria de mi alma. Y es muy probable que sea esto a lo que Jesús se está refiriendo con “*perder su vida*”<sup>3</sup>. Vamos a darle una mirada.

Cuando el Señor dice: *No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.* Mateo 10:34. ¿Qué tipo de espada es ésta? No está hablando el Señor

<sup>3</sup> Mateo 10:39.

aquí de armas de guerra, ni de batallas para vencer un adversario; no, el Señor nos está hablando a través de una figura que representa algo mucho más profundo. Al decirnos que: “*los enemigos del hombre serán los de su propia casa, y que Él mismo vino a ser causa de disensión entre padre e hijo, hija contra su madre, y suegra contra su nuera...*”<sup>4</sup> el Señor apuntaba a esto: Que por su causa se desataría una contienda entre las almas; y lo que es peor aún, que el conflicto sería dentro de la propia familia, quienes se levantarían en completa oposición contra aquel que ha recibido al Señor Jesús. Es la guerra del incrédulo contra el creyente.

Quizás éstas sean las luchas más duras que pueda sufrir un creyente genuino y para poder vencer en la contienda tiene un único recurso, “perder la vida”. El cristiano debe experimentar el “golpe de la espada” sobre su propia alma. No hay alternativa, tiene que morir.

Esto podría ser semejante a la última estocada dada por el soldado romano al cuerpo del Señor cuando colgaba en la Cruz. *Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.* Juan 19:34.

Meditar en la Obra de la Cruz, examinando fielmente su Palabra, y conducidos por el Espíritu Santo, produce que destellos de Luz Divina emanen de ese “*misterium tremendum*”<sup>5</sup>.

El cuerpo humano del Dios encarnado colgaba de una Cruz como una maldición<sup>6</sup>, sostenido únicamente por tres

---

<sup>4</sup> Mateo 10:35-36.

<sup>5</sup> “*Misterium Tremendum*” es la terminología que utilizó Rudolph Otto, en su libro “*La Idea de lo Santo*”, para denominar a aquello que trasciende nuestra comprensión, eso que está más allá de nuestro alcance, lo “*numinoso*”, lo inefable pero a la vez cautivante.

<sup>6</sup> Gálatas 3:13; Deuteronomio 21:23.



grandes clavos; vomitado por la tierra maldita<sup>7</sup> como si fuera un elemento extraño y rechazado por el cielo mismo quien cerró sus puertas al pecado<sup>8</sup>, aquél Varón, desamparado de Dios moría solo. El Padre entregaba todo lo que tenía y nada se guardó para sí. El Hijo de Dios muriendo en la Cruz cargaba en su cuenta nuestra deuda impagable. El sabía que era necesario “perder para ganar”, sabía que la verdadera Vida se hallaba atravesando la muerte, al otro lado de la Cruz. El derramó toda su sangre por nuestra causa. Y aun su cuerpo muerto se entregó generoso a una última lanzada dada por aquel soldado romano para confirmar su deceso, vaciando el cadáver hasta la última gota de su sangre, porque Cristo ofreció toda su “Vida”<sup>9</sup>.

Sin embargo, y aquí se revela parte del gran misterio, aunque sea muy difícil de comprender y mucho menos explicar, Cristo Jesús no estuvo solo en su Cruz.

Su muerte no fue una muerte solitaria, sino solidaria, porque todos los suyos, los escogidos desde la Eternidad, estuvimos también allí muriendo con él en la Cruz del Calvario<sup>10</sup>. La lanza romana que constataba su muerte abriendo la carne de su costado, atravesaría no solo su propia alma<sup>11</sup> sino también las “nuestras”, pues allí estuvimos nosotros junto con todos los creyentes.

El misterio ocurrido en aquel “acontecimiento histórico”, la muerte de Cristo, es que juntamente con él nosotros estuvimos muriendo allí también.

---

<sup>7</sup> Génesis 3:17.

<sup>8</sup> 2 Corintios 5:21.

<sup>9</sup> Juan 15:13.

<sup>10</sup> Juan 12:32; Gálatas 2:20.

<sup>11</sup> Lucas 2:35.

A mi modo de ver, también Simeón profetizó sobre esto: *...He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.* Lucas 2:34-35. Jesús murió “a favor” del Israel de Dios, compuesto por gente de todos los pueblos, tribus, lenguas y naciones<sup>12</sup>. Los efectos de su muerte han sido compartidos con todos los creyentes en todo tiempo y por todo lugar. La espada que atravesó su alma, entre muchas otras cosas, provocó también una abertura en el grueso y oscuro velo que cubría nuestras mentes y nuestras almas, permitiendo que ahora sean expuestos a la luz los pensamientos y las intenciones de nuestros corazones, porque nos atrajo hacia sí mismo, allá entonces, en aquella Cruz. La sangre derramada fue exclusivamente de Él, pero los corazones abiertos fueron los nuestros.

Creo absolutamente que el viejo hombre de todo aquel que ha creído en Jesús ha sido crucificado juntamente con Cristo; pero es necesario que hagamos valer esta muerte real en el morir de Jesús cada día, a cada momento y en todo lugar<sup>13</sup>. El creyente es compañero y “conyugue<sup>14</sup>” en la muerte de Jesús, y la salvación del alma se va efectuando en la conciencia permanente del “morir diario en nuestra manera de vivir”. Cualquiera puede pensar que esta última frase parezca un contra sentido, sin embargo es una bendita y gloriosa realidad para el creyente genuino.

---

<sup>12</sup> Gálatas 3:26-29.

<sup>13</sup> 2 Corintios 4:10.

<sup>14</sup> “Conyugue”: Quien comparte el mismo yugo. Se usa como instrumento que unía en “yunta” a dos bueyes que tiraban juntos en el mismo arado.

Dice S. C. Lewis: “Muera antes de morir, pues después no habrá otra oportunidad”. Podríamos decir también: “Cree hoy que ya has muerto, antes de que llegue tu muerte”.

Podemos decir, todos los creyentes con absoluta coherencia, que ya hemos muerto con Cristo; mas también es necesario, que esa muerte real e histórica sea hecha efectiva en la experiencia diaria, llevando constantemente el morir de Jesús a los impulsos propios de mi alma, a fin de que la Vida de Resurrección de Jesucristo pueda expresarse en nuestro vivir cotidiano.

Las dos experiencias son indispensables, la Cruz y la Resurrección, la muerte y la vida, Una vez que he sido salvo en mi espíritu de la condenación del pecado, Dios me puso en el “Camino” de la salvación del alma de la presencia del pecado. Por tanto debo creer diariamente en esta Verdad.

Me gusta muchísimo el racional ejemplo empleado por A. W. Tozer: “El recién convertido es semejante a un hombre que aprendió a conducir su vehículo en un país donde los automóviles circulan por el carril derecho. Pero cuando éste viaja a otro país cuyo sentido del tránsito se conduce por el lado izquierdo y de repente llega a una rotonda, se ve forzado a tomar por el lado contrario al que le indica su mente. El debe desaprender su viejo hábito que ha sido instalado a lo largo de los años y establecer un nuevo patrón de conducción, y lo más difícil de todo esto es que este nuevo aprendizaje se da en medio del tránsito pesado”. Así debe ser durante nuestro camino, negarse a sí mismo, y vivir la Vida de Cristo en nuestra experiencia cristiana.

Una vez alguien me preguntó: ¿Cómo puedo reconocer que mi alma está siendo salva? Voy a señalar lo que yo llamo una prueba para saber si mi alma está en proceso de salvación.

El alma necesita ser testeada día a día, ya que la declaración de Jesús de *perder la vida* del alma significaría llevar la Cruz diariamente por la causa del Señor, quien nos dice lo siguiente: *El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.* Mateo 10:37-38. La constatación de que hemos sido salvos espiritualmente, y que ya comenzamos nuestro caminar en la salvación del alma, es porque vamos percibiendo, aunque a veces muy lentamente, nuestro desapego a todo lo superfluo y temporal, mientras que a la vez va cobrando importancia todo lo que permanece para siempre.

*Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día, pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.* 2 Corintios 4:16-18.

Cuando la Palabra del Señor, como Espada del Espíritu, cala en nosotros hasta lo más profundo de nuestro ser, una nueva realidad se va instaurando progresivamente, porque no solo penetra hasta separar el alma del espíritu, sino que exhuma toda la basura que hemos sepultado en la necrópolis de nuestro corazón. Esto no es una terapia psicológica de reconocer los traumas, aceptarlos, para intentar convivir con ellos, ¡No! Es la Obra del Señor que extirpa el mal por la raíz en un proceso dinámico, progresivo y amoroso, acompañándonos durante todo el camino hasta alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. ¡Alabado sea el Señor!

## La Salvación del Alma XV

*Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos. Jeremías 6:16.*

La Biblia siempre debe ser interpretada con la mente de Cristo. Todo texto de la Escritura, para ser correctamente explicado o expuesto, debe ser iluminado con la Luz de la revelación del Hijo de Dios. Por lo tanto el camino correcto, según mi opinión, es Cristo mismo, quien da reposo a mi alma. El Padre creó al ser humano sediento y solo la Trinidad posee aquella “verdadera bebida<sup>1</sup>” que puede saciarlo plenamente. El filósofo Blas Pascal consideró esto como “el vacío con forma de Dios” que existe en el corazón de toda persona, y solamente Cristo puede ocuparlo de modo pleno. O quizás también como lo expresa San Agustín: “nuestras almas permanecen insatisfechas y ansiosas, hasta que encuentran descanso en Ti”.

Cuando el Espíritu Santo da nuevo nacimiento a una persona, ésta viene al Reino de Dios portando consigo el

---

<sup>1</sup> Juan 4:13-14.

prontuario de su historia juntamente con un bagaje de recuerdos, contrariedades e infortunios. Lamentablemente no existe amnesia sobre nuestro pasado ni tampoco hay un comando cibernético que ejecute un “delete” en la memoria... ¡Pero gracias a Dios nacemos de nuevo! Sin embargo, aun cuando esta nueva naturaleza ha producido cambios trascendentes en nuestro espíritu, no quedamos desligados de aquello que hemos sido anteriormente, pues en nuestra mente, el registro del historial aún permanece intacto.

Nuestro espíritu ha sido vivificado gracias al Señor, pero nuestra alma no puede producir un apagado instantáneo a nuestro pasado. Toda alma viene a este mundo con un legajo impreso que va más allá de nuestro nacimiento físico, porque todos los seres humanos poseemos en nuestras células una compleja y gigantesca codificación genética que funciona en semejanza a un software de computación, y que supera todos los conocimientos científicos que hemos adquirido hasta el día de hoy; e incluso, existen “ciertas notas” recibidas en el lapso de nuestra vida uterina que aún gravitan sobre el alma humana, lo que la hace mucho más compleja de lo que podemos imaginar. Por lo cual una vez salvos en nuestro espíritu, Dios nos introduce inmediatamente en el proceso de la salvación del alma, y este tratamiento es diario, progresivo y permanente, hasta que se complete la redención total y nuestros cuerpos sean glorificados en aquel anhelado momento, cuando al sonar de la “trompeta”, el Señor regrese por su amada Iglesia triunfante.

Quisiera que al lector le quede bien claro los tres tiempos de nuestra redención:

Yo he sido salvo,... estoy siendo salvo,... y seré salvo.

La salvación del alma tiene también una propuesta sumamente alentadora para el creyente exhausto: Propone un “final de cuentas” y un “pleno descanso”.

Por causa del pecado, el alma se tornó el centro de comandos de nuestro ser, y esto hace que lleve una vida agitada y ansiosa por la obsesión de mantener el dominio y la autoridad. Tenemos un alma inquieta y siempre preocupada con su destino, lo que la hace estar frecuentemente temerosa y deprimida cuando mira hacia el futuro, padeciendo una fatiga crónica por esa obstinación en controlar aquello que no puede, sufriendo de manera permanente un estresante agotamiento existencial.

En razón de la resistencia e incredulidad de su propio pueblo, Jesús dice: *...Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.* Mateo 11:25. La salvación de la condenación del pecado es un milagro de la Soberanía del Padre, manifestada a sus hijos<sup>2</sup>.

Según la reflexión de A. A. Hodge, teólogo del Siglo XIX: “La revelación proviene del Padre, mediante el Hijo, por el Espíritu, más la redención es para el Padre, por el Hijo, mediante el Espíritu”. Siendo así, el hombre no consigue encubrir aquello que Dios revela, y él ha decidido revelarlo a los insignificantes por Su Gracia.

La Trinidad es Soberana, y opera soberanamente en la Obra de la Salvación del espíritu. Jesús ha sido bien enfático

---

<sup>2</sup> Mateo 16:17: Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

con su misión: *"Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar"*. Mateo 11:27. ¿Esto se ve bastante claro no? La Trinidad se oculta de los "meros teólogos amantes del saber", pero se revela a simples "teófilos", o sea, aquellos que por la Gracia han sido hechos amigos de Dios. De todos modos, esa amistad con Dios, presupone una obediencia sincera por parte de aquel que fue hecho amigo de Dios.

Charles Spurgeon solía decir a sus alumnos: "mis queridos amigos, tengan como regla general, que el Espíritu del Señor no hace por nosotros aquello que nosotros podemos hacer". Fuimos hechos amigos de Dios para hacer su voluntad. Jesús fue muy enfático y objetivo al afirmar: *Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando*. Juan 15:14. Una vez que hemos sido salvos en nuestro espíritu, quedamos facultados y habilitados a cooperar activamente en todo el proceso de la salvación de nuestra alma. Como amigos del Señor, él nos invita a participar en esta etapa, pero jamás debemos olvidar que esta labor no es nuestra conquista personal, sino que continúa siendo "Su Obra de Redención", y nosotros apenas sus colaboradores.

Sin embargo, para que nuestra tarea en esta actividad sirva con eficacia, exige un primer requisito, nuestro punto de partida como colaboradores deberá ser desde el reposo del Señor, porque todo el esfuerzo y empeño que podamos poner nosotros, no se afirma en nuestras propias acciones, sino en el ámbito de nuestra confianza en Dios, pues podríamos decir que el único trabajo desgastante, pero valedero, es el perseverar



en la Fe. Considero que nuestra labor puede resultarnos de lo más difícil, y también sumamente provocador, porque tenemos un alma hiperactiva y con inclinaciones de autosuficiencia, y cuando ésta es quitada de la función de Jefe, y puesta en la única tarea válida que puede hacer, que es permanecer con fe en la dependencia de la Soberanía del Señor, esto le provoca una crisis de agotamiento desgastante.

Jesús mostró muy claramente dónde debemos invertir nuestras energías mientras caminemos por este mundo atiborrado de demandas. Veamos como lo expresa la Biblia en la Nueva Traducción Viviente: *No se preocupen tanto por las cosas que se echan a perder, tal como la comida. Pongan su energía en buscar la vida eterna que puede darles el Hijo del Hombre. Pues Dios Padre me ha dado su sello de aprobación. Nosotros también queremos realizar las obras de Dios – contestaron ellos–. ¿Qué debemos hacer? Jesús les dijo: – La única obra que Dios quiere que hagan es que crean en quien él ha enviado”.* Juan 6:27-29. Solo aquellos que mediante la fe consumen sus energías en “confiar” en Jesús, no correrán el riesgo de dar pasos en falso, o como dice Pablo, como quien “golpea al aire”<sup>3</sup>, sino que tendrán la plena certeza de estar involucrados eficazmente en Su Obra<sup>4</sup>.

La lucha más grande que pueda experimentar un creyente durante su vida en la tierra, es lograr pleno reposo “creyendo y confiando en la Palabra de Dios”, a pesar de lo adverso de las circunstancias. No es para nada fácil ser

---

<sup>3</sup> 1 Corintios 9:26: *Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire.*

<sup>4</sup> Efesios 2:10: *Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.*

desconstruido de nuestra autoconfianza y confiar exclusivamente en lo que Dios dice: *“No tengas preocupaciones sobre cualquier cosas que sea, por más insignificante que sea, aún eso sería demasiado para ti; pues ese es Mi trabajo. Y tu trabajo solamente es descansar en Mí”*.

Entonces surge la pregunta: ¿Cómo puede un alma ansiosa y precavida, que arrastró durante años esa inercia de habérselas arreglado sola, llegar a entender que para hallar pleno descanso deberá desacelerar su estresante ajetreo y confiar absolutamente en Cristo? Dejar de actuar por cuenta propia, para descansar confiando en la acción divina, es una completa locura para un alma que siempre ha sido la gerente ejecutiva.

- ¿Y ahora entonces, como sigo? Dirá el alma por “no saber qué hacer”. Quizás Juan Calvino tenía razón para decir: *“No podemos descansar en las promesas de Dios sin obedecer sus mandamientos, y obedecer requiere Fe, y creer no es tan fácil como quisiéramos”*.

Aunque la fe sea algo simple para el espíritu, porque éste percibe lo invisible<sup>5</sup>, no le resulta tan fácil al alma acostumbrada a las evidencias. Solamente por la Gracia divina el ser humano puede obedecer la voluntad divina, y es aquí donde reside la gran lucha entre el hombre interior y el hombre exterior, y es una lucha exhaustiva que requiere perseverancia. *...no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. 2 Corintios 4:18.*

---

<sup>5</sup> Hebreos 11:27: *Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible.*

Entrar en el reposo del Señor no significa ausencia de esfuerzo, sino ausencia de ansiedad por ejercer el gobierno en toda circunstancia. Antes, nuestra alma se enseñoreaba tomando el control de la situación; pero ahora ella actúa bajo el gobierno del Espíritu Santo quien conduce nuestro ser desde adentro hacia afuera. Antes, el alma empoderada, era quien se auto-conducía, mas ahora, en una sumisión voluntaria, es conducida por el poder de lo alto que mora en el espíritu vivificado. El alma ha sido siempre el Capitán del navío y nunca se conformó en ser un subalterno o emisario, por lo cual nuestro agotamiento crónico siempre ha sido generado por nuestro “yo ejecutivo”, quien pretende continuar siendo un caudillo dominante. En definitiva, el reposo es el resultado de una “substitución de gobierno”, o sea hay que deponer a aquel “rey viejo y necio, que no admite consejo<sup>6</sup>”, y substituirlo por el Rey de los Siglos que ha hecho su morada en mí y a quien me abrazó con toda confianza.

Debemos comprender que ahora todo depende de nuestra respuesta a su invitación, pues el Hijo de Dios ya nos ha hecho “libertos” de la esclavitud, y ahora somos verdaderamente libres<sup>7</sup>. Él jamás violentaría la voluntad de alguien que él mismo ha liberado; por eso nos invita, como un caballero y con sumo respeto, a descansar confiando en él<sup>8</sup>.

Deberíamos preguntarnos: *¿Qué nos trae seguridad, sosiego o descanso? ¿Son acaso nuestros proyectos, nuestro ingenio, nuestra sagacidad? ¿Confiamos en nuestro desempeño,*

---

<sup>6</sup> Eclesiastés 4:13.

<sup>7</sup> Juan 8:36: *Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.*

<sup>8</sup> Mateo 11:28: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.*

en nuestras actividades, en lo que hacemos? ¿O nuestra confianza se apoya en creer la Palabra de nuestro Señor?

Podemos comprobar que siempre nos ha sido más fácil “trabajar” que “orar” confiando en que él está “en control” y ocupado en nuestros problemas. Esperar con “paciencia” en que el Rey Supremo tiene todo bajo su control y que nada se escapa a su Soberanía, es la tarea más dura y desgastante que puede sucederle al creyente; por eso la mayoría de las veces no solemos esperar y salimos urgidos a “actuar por nosotros mismos”.

El Reposo del alma es una batalla durísima y extenuante, por tal razón Israel nunca logró entrar en el Reposo, aunque el Señor los invitó a descansar en él; sin embargo ellos no quisieron. Israel entró en Canaán, mas nunca en su Reposo; ingresó a la tierra prometida, pero no alcanzó el Reposo. *Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.* Hebreos 4:8-9. Este verdadero “Reposo” que habla el libro de Hebreos, es el propio Cristo. La Palabra dice claramente que este pueblo no transpuso el perímetro del Reposo espiritual, por causa de ausencia de fe y confianza en el Señor; en tanto nosotros que nos decimos “creyentes” podemos estar corriendo el mismo riesgo que ellos en estos días. *Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.* Hebreos 4:2.

---

<sup>9</sup> Santiago 1:2-4: *Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.*

El verdadero descanso del alma es la real dependencia de Cristo en nuestro espíritu. “La urgencia y la prisa destruyen el descanso, la vida acelerada quita la paz”, más esperar con paciencia la conducción del Señor genera en nosotros un efecto ambivalente: por un lado, allí está el comienzo del descanso; pero por otra parte despierta la ansiedad y la agitación del alma que entra en crisis por querer tomar el control. Es aquí donde radica el conflicto y la más encarnizada de las batallas, porque el alma resiste en rendirse a la conducción del espíritu. Para tal efecto se hace indispensable la acción del Espíritu Santo para que nos conduzca al quebrantamiento, a fin de poder aquietarnos.

El Espíritu es quien convence al pecador impío que se halla del lado de afuera, para introducirlo en Cristo<sup>10</sup>; pero también es el mismo Espíritu, quien ahora actuando desde adentro, convence al creyente para conducirlo al descanso.

De todos modos, el creyente solo alcanzará verdadero reposo después de haber llegado al fin de sí mismo.

Amado lector, aquí el Señor le extiende a Usted la tarjeta de invitación a reposar en él: *Llevar mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.* Mateo 11:29.

Amén.

---

<sup>10</sup> 1 Corintios 12:13: *Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.*





